minotauro

RAY BRADBURY

EL SIGNO DEL GATO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Introducción: Vivito y coleando… y escribiendo
Crisálida
La isla
Antes del amanecer
Al jefe, salud
Actuaremos con naturalidad
¡Olé, Orozco! ¡Siqueiros, sí!
La casa
El tren fúnebre de John Wilkes Booth / Warner Brothers / MGM / NBC
Muerte de un hombre precavido
El signo del gato
Triángulo
La Hormigonera para Mafiosos
Los fantasmas
¿Dónde está mi sombrero? ¿Por qué tanta prisa?
La transformación
Sesenta y seis
Cuestión de gustos
Cuando llueve me pongo triste (Recuerdo)
Todos mis enemigos están muertos
El completista
Epílogo: El eterno Orient Express de R. B., G. K. C. y G. B. S.
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:

You
Tube

SINOPSIS

Colección de 21 cuentos que resumen la trayectoria literaria de uno de los grandes genios de la literatura norteamericana del siglo XX. Una recopilación de cuentos del gran maestro norteamericano. Escritos entre 1946 y 2005, son pequeñas joyas cuyo común denominador es la observación del comportamiento humano, a veces lúcido, a veces ruin, a menudo absurdo.

Grandes temas como el racismo, el amor, el poder y la infancia conviven con viajes en el tiempo y alienígenas. Precedidos por un revelador prólogo, estos relatos resumen toda una trayectoria literaria, basada en el descubrimiento de la dimensión fantástica de la realidad y una extraordinaria capacidad creadora que hacen de Bradbury un autor imprescindible e inolvidable.

Una de las más célebres compilaciones de relatos de Ray Bradbury en nuestra colección Bibliotecas de Autor.

21 relatos para disparar la imaginación, que a la vez sirven como recorrido en la trayectoria literaria de Ray Bradbury.

Pet friendly.

Sobre la cubierta: Se ha escogido la representación del relato que da nombre al libro, donde se narra la historia de unos jóvenes desconocidos que se encuentran un gato en una carretera y ambos quieren adoptarlo. Como no es una trama de corte fantástico o de ciencia ficción, se ha utilizado la imagen del gato para ligarla con el título, añadiendo también la imagen de un platillo volante de estilo retro que representaría al relato «Cuestión de gustos» en donde sí aparecen extraterrestres, simbolizando así la típica iconografía ligada a Bradbury.

RAY BRADBURY

EL SIGNO DEL GATO

minotauro

Para Maggie
Porque siempre ha sido y será como tejerle un pijama a un gato.

En memoria de Skip,
que fue un buen hermano y un buen amigo
con el que compartí aquellos primeros y maravillosos años
en Green Town, Illinois.

Gracias a Donn Albright por rebuscar en mi sótano
y dar con unas historias
que había olvidado que había escrito.
Sigues siendo mi mejor perro cobrador.

Introducción:
Vivito y coleando… y escribiendo

¿Qué queda por decir de mi yo secreto, de mi subconsciente, de mi demonio creativo, que es quien escribe estas historias por mí?

Voy a intentar dar con una perspectiva nueva para explicar este proceso que me ha mantenido vivito y coleando y escribiendo durante setenta años.

«Crisálida» y «El completista» son dos buenos ejemplos de la manera en la que he intentado escribir desde la década de los cuarenta hasta ahora. (Nota: La «Crisálida» que aparece en este recopilatorio es diferente del relato con el mismo título que publiqué en la revista *Amazing Stories* en 1946 y que apareció más tarde en el recopilatorio *Cuentos espaciales*. Sencillamente, me gustaba tanto el título que lo utilicé dos veces).

Allá por los largos veranos de la década de los cuarenta, pasaba todo mi tiempo libre en la playa, como mi hermano. A él le encantaba surfear y a mí me gustaba tomar las olas con el cuerpo. Solía acercarme al muelle de Santa Mónica y acabé conociendo a todos los jugadores de voleibol y a los culturistas. Entre los amigos que hice había alguno de color, en aquel tiempo todo el mundo decía «de color», eso de «negro» o «afroamericano» llegó años más tarde.

Me intrigaba muchísimo saber si la gente de color se bronceaba. Hasta conocerlos a ellos nunca se me había pasado siquiera por la cabeza. Así que la historia estaba ahí y decidí escribirla; no obstante, «Crisálida» se publica ahora por primera vez. Escribí la historia y la dejé a un lado muchos años antes de que empezase el movimiento de derechos civiles, así que es un producto de su época, pero, aun así, creo que supera el examen del tiempo.

«Actuaremos con naturalidad» es el resultado de que una sirvienta negra que se llamaba Susan me criara en casa de mi abuela a tiempo parcial. Era una mujer maravillosa y recuerdo esperar con ansiedad su llegada una vez a la semana durante mi infancia. Cuando mi familia se mudó al oeste en 1934, perdí el contacto con la mayoría de mis amigos de Waukegan, incluida Susan. Recuerdo que me escribió una carta en la que me preguntaba si podía ser la sirvienta de mi familia. Por desgracia, nos encontrábamos en mitad de la Gran Depresión y mi

padre estaba sin trabajo y mi hermano tuvo que unirse al Cuerpo de Conservación Civil para no ser una carga para la familia. Éramos muy pobres y apenas conseguíamos mantener la cabeza fuera del agua. Respondí a Susan para darle las gracias por su amabilidad y desearle lo mejor. Aquello me hizo pensar que algún día podría viajar de vuelta a Waukegan para visitar a mis amigos y ver a Susan una vez más. No pudo ser, pero este relato es el resultado de imaginarme ese futuro… sin ser la persona que me gustaría ser. Supe de Susan muchos años después y me alegró saber que había conseguido sobrevivir bien a la última parte de la Gran Depresión.

«El completista» es otro tipo de historia. Hace años, durante un viaje por el Atlántico, Maggie, mi esposa, y yo conocimos a un increíble coleccionista de libros que había fundado una biblioteca. Pasamos horas con él y me intrigaron las historias que nos contó de su fabulosa vida. Al final de este encuentro, tanto Maggie como yo nos quedamos muy sorprendidos por algo que sucedió y que descubrirás en la historia. Recordé el viaje y al caballero durante veinte años y no hice nada con la historia que me ofreció.

Durante las últimas seis semanas ha sucedido algo extraño y sorprendente. Resulta que mi esposa enfermó a principios de noviembre, acabó en el hospital y murió justo antes de Acción de Gracias. Durante su enfermedad y desde entonces, por primera vez en setenta años, mi demonio interior ha permanecido en silencio. Mi musa, mi Maggie, había muerto y mi demonio no sabía qué hacer.

A medida que pasaban los días, las semanas, empecé a preguntarme si volvería a escribir alguna vez. No estaba acostumbrado a despertar por la mañana y que mi teatro privado no se pusiera a representar ideas en mi cabeza.

Sin embargo, una mañana, hace unos pocos días, me desperté y me encontré con «El completista», con ese caballero, sentado a los pies de la cama, esperándome. Me dijo: «Venga, escribe mi historia de una vez». Ansioso por primera vez en más de un mes, llamé a Alexandra, mi hija, y le dicté el relato.

Espero que compares «Crisálida» y «El completista» y descubras que, aunque haya pasado el tiempo, mi habilidad para entender una metáfora en cuanto la veo no ha cambiado. Mi habilidad para escribir, en cualquier caso, era mucho más primitiva cuando escribí «Crisálida», pero la idea es fuerte y merece la pena tenerla en cuenta.

«Cuestión de gustos» es el resultado de encontrarme con arañas durante una buena parte de mi vida, ya fuera en las pilas de leña de Tucson o en la carretera a México D. F., en la que en una ocasión vimos una araña tan grande que hasta bajamos del coche para

examinarla. Era más grande que mi mano y bastante bonita y peluda. Ya de vuelta a California, me di cuenta de que en todos los garajes de Los Ángeles hay varias docenas de viudas negras y, claro, has de andarte con cuidado para que estos bichos no te piquen, porque son muy venenosos. Siempre me he preguntado cómo tiene que ser que tu esqueleto esté en el exterior en vez de en el interior. «Cuestión de gustos» es una ampliación de ese concepto, que es por lo que retrato un mundo de arañas en un planeta lejano que son mucho más inteligentes que los astronautas intrusos que llegan y se las encuentran. Este fue el principio de un guion que se titulaba *Vinieron del espacio* y que escribí para la Universal unos meses después. Así que una historia que tenía mucho que ver con mi imaginación acabó en un estudio y dio pie a una película que no estaba nada mal.

En cuanto a las demás historias de este recopilatorio, la mayoría de ellas se me ocurrieron así, sin más, y las escribí al vuelo.

Hace seis meses, un día, estaba firmando libros junto con un joven amigo y empezamos a hablar de los casinos indios que hay por los Estados Unidos. De improviso, se me ocurrió decirle: «¡A que estaría bien que un montón de senadores borrachos se jugaran los Estados Unidos con el jefe de un casino indio!». Nada más decirlo, grité: «¡Lápiz y papel, por favor!» y me puse con la historia y la acabé unas horas después.

Hace seis meses también, echándole una ojeada a un ejemplar del *The New Yorker*, vi una serie de fotografías de okis supuestamente tomadas en los años treinta mientras se dirigían al oeste por la Ruta 66. Cuando me puse a leer el artículo, descubrí que de okis no tenían nada, sino que eran modelos neoyorquinos vestidos con ropas antiguas de campo y posando en Nueva York hacía cosa de un año. Me quedé de un aire al descubrirlo y me enfurecí: ¡cómo era posible que convirtieran un capítulo tan trágico de nuestra historia en carnaza para una fotografía de moda! Fue entonces cuando decidí escribir «Sesenta y seis».

Este libro también está lleno de mi amor por mis escritores preferidos. Nunca me he sentido celoso de mis grandes amores, como F. Scott Fitzgerald, Melville, Poe, Wilde y demás, ni los he envidiado, lo único que he querido es unirme a ellos en las baldas de las bibliotecas.

Siempre he estado tan preocupado por la salud mental y la creatividad de Fitzgerald que, una y otra vez, he inventado máquinas del tiempo con las que viajar a su época y salvarlo de sí mismo, una tarea imposible, qué duda cabe, pero mi amor por él me lo exigía. En este recopilatorio verás que soy un defensor de la fe que ayuda a

Scotty a acabar el trabajo que debería haber acabado mientras le repito una y otra vez que no adore el dinero y que se aleje de los estudios cinematográficos.

Por la autopista que va a Pasadena, hace varios años, vi las fabulosas pintadas que había en las paredes de cemento y en los puentes, donde artistas anónimos se habían colgado para dar forma a sus milagrosos murales. Aquella idea me intrigó tanto que al final del viaje escribí: «¡Olé, Orozco! ¡Siqueiros, sí!».

El trasfondo de la historia acerca del tren fúnebre de Lincoln, «El tren fúnebre de John Wilkes Booth / Warner Brothers / MGM/NBC», podría parecer bastante obvio, dado que vivimos en una época en la que la publicidad parece un método de vida y en la que se ignoran las realidades de la historia y se homenajea a los villanos en vez de a los héroes.

«Todos mis enemigos están muertos» es una historia bastante evidente. A medida que envejecemos, no solo descubrimos que nuestros amigos van desvaneciéndose en el tiempo, sino que los enemigos que abusaron de nosotros en el colegio se desvanecen también y que, poco a poco, vamos dejando de tener recuerdos hostiles. Decidí llevar este concepto hasta el final.

«El eterno Orient Express de R. B., G. K. C. y G. B. S.» no es una historia como tal, sino una historia-poema, y es la demostración del gran amor que siento por la biblioteca y sus autores desde que tenía ocho años. No fui a la universidad, así que la biblioteca se convirtió en mi punto de reunión con gente como G. K. Chesterton, Shaw y el resto del fabuloso grupo que habitaba las estanterías. Mi sueño era entrar en una biblioteca y ver uno de mis libros entre los suyos. Nunca me sentí celoso de mis héroes, ni los envidié, tan solo quería trotar como un perrito faldero alrededor de su fama. El poema me salió un día, continuo, de golpe, como si yo, cuan silencioso ratón, pudiera escucharlos mantener sus fabulosas conversaciones. Si hay algo que represente mi objetivo en la vida es este poema, y es por lo que decidí incluirlo aquí.

En resumidas cuentas, que la mayoría de estas historias me pillaron en varios momentos de la vida y no quisieron soltarme hasta que no las escribí.

Mi demonio habla. Ahora solamente falta que lo escuches.

Crisálida

Bien pasada la medianoche, se levantaba y miraba las botellitas, recién salidas de sus cajas, y adelantaba la mano para tocarlas y encendía una cerilla para leer aquellas etiquetas blancas mientras su familia dormía en la habitación de al lado sin ser consciente de aquello. En la falda de la colina en la que se encontraba su casa y mientras recitaba para sí los mágicos nombres de las lociones, oía las olas batir las rocas y la arena. Su lengua pronunciaba los nombres con facilidad: Aceite blanco de Menfis, Garantizado, Loción calmante Tennessee… Jabón Blanco Hueso de Higgen… Los nombres eran como el sol que se lleva la oscuridad, como lino en lejía. Les quitaba el corcho y las olía, y se echaba un poco en las manos y se las frotaba, y las ponía a la luz de la cerilla para ver cuánto tardaba en tenerlas como blancos guantes de algodón. Como no sucedía nada, se consolaba pensando que quizás se volvieran así la siguiente noche, o la siguiente. De vuelta en la cama, se quedaba mirando las botellitas en sus estantes, como gigantescos escarabajos verdes de cristal por encima de él, destellando bajo la débil luz de las farolas.

—¿Por qué hago esto? —pensó—. ¿Por qué?

—¿Walter?

Era su madre, que lo llamaba suavemente desde lejos.

—¿Sí, mamá?

—¿Estás despierto?

—Sí, mamá.

—Pues venga, a dormir.

Por la mañana bajó para ver por primera vez de cerca el mar constante. Le maravillaba, porque nunca lo había visto. Provenían de un pueblecito de Alabama, todo polvo y calor, con los riachuelos secos (apenas pozos de barro), sin un río o un lago cerca, a menos que viajases, y aquel era el primer viaje que hacían, llegar a California en un Ford abollado, cantando por lo bajo por el camino. Justo antes de que empezara el viaje, Walter se había gastado un año de ahorros en un pedido de aquellas doce botellitas de lociones mágicas que habían llegado justo el día antes de que partieran. Había tenido que guardarlas en cajas de cartón y transportarlas por las praderas y los

desiertos de los diferentes estados, probando esta o aquella en secreto en las chabolas en las que se habían alojado por el camino o en los cuartos de baño en los que habían parado. Se había sentado delante en el coche, con la cabeza apoyada en el reposacabezas, con los ojos cerrados, tomando el sol, con lociones en la cara, esperando a ser tan blanco como una de esas piedras completamente blancas.

—Ya empieza a notarse —se decía cada noche—. Un poquito.

—Walter, ¿qué es ese olor? —le preguntaba su madre—. ¿Qué te has puesto?

—Nada, mamá. Nada.

¿Nada? Caminaba por la arena, se detuvo junto a las aguas verdes y sacó una botellita del bolsillo, la abrió y dejó caer una hebra de un fluido blanquecino en la palma. Acto seguido, se lo frotó por la cara y por los brazos. Se quedaría como un cuervo, quieto todo el día junto al mar, y dejaría que el sol quemara su oscuridad. Quizás podría internarse en las olas y dejar que lo azotaran, igual que una lavadora golpea una y otra vez un trapo oscuro, y que lo escupieran después sobre la arena y él tomase aire como pudiera mientras se secaba al sol, mientras se asaba, hasta que yaciera allí como el delgado esqueleto de alguna antigua bestia, del color de la tiza, fresco y limpio.

«Garantizado» decían las letras en rojo de la botellita. La palabra se le presentaba como una llama en la cabeza. ¡Garantizado!

—¡Walter, ¿qué te ha pasado?! —le preguntaría su madre estupefacta—. ¿Eres tú, hijo? ¡Pero… si eres blanco como la leche! ¡Eres como la nieve!

Hacía calor. Walter se acercó al entablado y se quitó los zapatos. Por detrás de él, un puesto de perritos calientes le enviaba el rielar del aire frito, un aire con olor a cebolla, a panecillos y a salchichas de Fráncfort. Un hombre con granos en la cara y gesto de pocos amigos miró a Walter y Walter lo saludó asintiendo, tímido, y miró hacia otro lado. Un momento después, oyó cómo se cerraba de golpe una puertecita y unos pasos que se acercaban con decisión. El hombre, que llevaba un sombrero de cocinero de color gris y lleno de grasa, se quedó mirándolo. En la mano llevaba una espátula plateada.

—Será mejor que te vayas —le dijo.

—Disculpe, señor, ¿cómo dice?

—Digo que la playa de los negros está por allí —dijo el hombre señalando con la cabeza pero sin dejar de mirar a Walter—. No quiero verte por aquí, delante de mi puesto.

Walter parpadeó. Estaba muy sorprendido.

—Pero si esto es California… —respondió.

—¿Te vas a poner chulo conmigo?

—No, señor… tan solo decía que esto no es el sur, señor.

—El sur está donde yo esté —le respondió el hombre antes de volver a su puesto de perritos calientes y poner de malos modos unas hamburguesas en la parrilla y aplastarlas con la espátula sin dejar de mirar a Walter.

Walter volvió su largo cuerpo con agilidad y se encaminó hacia el norte. Al observar el subir y el bajar de las olas sobre la arena, recordó lo maravilloso que era aquel lugar y volvió a sentir la curiosidad que le suscitaba. Al final del entablado se detuvo y forzó la vista.

En las blancas arenas había un joven blanco, tumbado, sin hacer nada, quieto.

En los grandes ojos de Walter destelló la luz de la confusión. Los blancos eran raros, pero este tenía todas las rarezas de unos y otros al mismo tiempo. Walter apoyó uno de sus marrones pies encima del otro y siguió mirando al blanco. Daba la sensación de que el chico estuviera esperando a alguien, allí, en la arena.

El chico se miraba los brazos con el ceño fruncido, se los tocaba, miraba por encima del hombro, como intentando verse la espalda, se miraba luego el vientre y las piernas, firmes y limpios.

Walter bajó del entablado, incómodo. Con sumo cuidado, caminó por la arena y se detuvo, nervioso, junto al chico pasándose la lengua por los labios, dándole sombra.

El chico estaba despatarrado, como una marioneta sin cuerdas, relajado. La larga sombra cruzó sus manos y el chico levantó la vista y miró a Walter como si nada y apartó la mirada. Al instante volvió a mirarlo.

Walter se acercó un poco más, sonrió tímidamente y volvió la vista a uno y otro lado, como si el chico estuviera mirando a otra persona.

El chico sonrió y saludó a Walter:

—Hola.

Walter respondió con voz queda:

—Hola.

—¡Un día magnífico, ¿eh?!

—Magnífico, sí —respondió Walter sonriendo, pero no se movió. Se quedó de pie, con sus largos y delicados dedos a los lados, dejando que el viento peinara sus oscuros y económicos mechones de pelo.

De pronto, el chico dijo:

—¡Pero túmbate!

—Gracias —respondió Walter, y obedeció de inmediato.

El chico miró en todas direcciones.

—Hoy no ha venido mucha gente.

—Se acaba la temporada —comentó Walter con cautela.

—Sí, la universidad empezó hace una semana.

Una pausa.

—¿Estás graduado? —le preguntó Walter.

—Sí, me he graduado este junio. Llevo todo el verano trabajando y no he podido venir mucho a la playa.

—E intentas recuperar el tiempo perdido.

—¡Eso es! Aunque no sé si voy a ponerme muy moreno en dos semanas. El 1 de octubre me voy a Chicago.

—¡Ah! —respondió Walter mientras asentía—. Te he visto aquí todos los días y me preguntaba qué hacías.

El chico suspiró y cruzó los brazos por detrás de la cabeza, como si acabara de ponerse un lazo.

—Es que no hay nada como la playa. Por cierto, ¿cómo te llamas? Yo soy Bill.

—Yo soy Walter. Encantado, Bill.

—Encantado, Walt.

Se les acercó una ola, despacio, brillando.

—Así que te gusta la playa —comentó Walter.

—¡Mucho! ¡Deberías haberme visto el verano pasado!

—¡Seguro que te quemaste!

—¡Qué va! Yo nunca me quemo. Lo que hago es ponerme cada vez más negro. ¡Me pongo tan negro como un ne…! —el chico dudó y se quedó callado. Se puso colorado—. Me pongo muy moreno —acabó diciendo sin mirar a Walter, avergonzado.

Para demostrarle que no se había molestado, Walter soltó una risita —un poco tristona quizás— y sacudió la cabeza.

Bill lo miró extrañado.

—¿Qué es lo que te hace gracia?

—Nada —respondió Walter al tiempo que miraba los largos y pálidos brazos del chico, su abdomen y sus piernas blancas—. Nada en absoluto.

Bill se estiró como un gato para captar mejor el sol, para permitir que este lo alcanzara en todos y cada uno de sus relajados huesos.

—Quítate la camisa, Walt. Toma un baño de sol.

—No, no puedo.

—¿Por qué?

—Porque me pondría moreno.

—¡Ja! —exclamó Bill antes de llevarse la mano a la boca a toda prisa para no seguir riendo. Bajó la mirada, pero volvió a subirla—. Perdona… pensaba que estabas de broma.

Walter inclinó la cabeza y parpadeó. Tenía las pestañas

larguísimas y preciosas.

—Tranquilo, ya imagino que es eso lo que has pensado.

De pronto, la expresión de Bill cambió y parecía que viera a Walter por primera vez. Tremendamente cohibido, Walter escondió sus pies desnudos debajo de las nalgas porque, de pronto, había caído en la cuenta de hasta qué punto parecían botas de goma. Unas botas de goma oscuras que llevaba para protegerse de una tormenta que nunca acababa de llegar.

Bill estaba confundido:

—Nunca había pensado en ello. No lo sabía.

—Pues claro. Lo único que tengo que hacer es quitarme la camisa y ¡bum!, empezarán a salirme ampollas. A nosotros también nos quema el sol.

—¡Me cago en…! ¡Me cago en la…! Debería haberlo sabido. Supongo que nunca nos paramos a pensar en ese tipo de cosas.

Walter tomó arena y se la fue pasando de una mano a la otra.

—No, no os paráis a pensarlo —dijo poniéndose en pie—. Bueno, será mejor que vuelva al hotel. Tengo que ayudar a mi madre en la cocina.

—¡Ya nos veremos, Walt!

—Pues claro. Mañana. Y pasado.

—¡Genial! ¡Hasta mañana!

Walter se despidió de Bill con la mano y subió la colina con cierta prisa. Una vez arriba, miró hacia atrás. Bill seguía tumbado en la arena, como esperando algo.

Walter se mordió el labio, sacudió las manos y exclamó en voz alta:

—¡Vaya… ese chico está loco!

Cuando Walter era pequeño, había intentado dar la vuelta a la situación. El profesor, en el colegio, había señalado la fotografía de un pez y les había dicho:

«Fijaos en lo descolorido y blanquecino que es este pez. Se debe a que los suyos llevan generaciones nadando en lo más profundo de la Cueva del Mamut. Es ciego y no necesita órganos de la vista porque…».

Esa misma tarde, hacía años, Walter había vuelto a casa a todo correr y, ansioso, se había escondido en el ático del señor Hampden, el portero. Afuera, el sol de Alabama caía con fuerza. Allí, en aquella oscuridad, como suspendido, Walter permaneció acuclillado, escuchando el tamborileo de su corazón. Un ratón avanzó a toda prisa por entre las tablas polvorientas.

Lo tenía todo pensado. Un blanco que trabajaba al sol se ponía negro. Así, ¡sin duda!, un negro que se escondiera en la oscuridad se volvería blanco. Era lógico, ¿no? Si pasaba lo uno, tenía que pasar también lo otro, ¿no?

Se quedó en el ático hasta que el hambre le hizo bajar.

Era de noche. Brillaban las estrellas.

Se miró las manos.

Seguían siendo marrones.

¡Habría que esperar hasta la mañana! ¡Aquello no contaba! ¡No, señor, por la noche era imposible ver el cambio! ¡Tenía que esperar! ¡Tenía que esperar! Contuvo el aliento y bajó corriendo el resto de las escaleras de la vieja casa. Se apresuró a entrar en la cabaña de su madre, en la arboleda, y se metió a hurtadillas en la cama con las manos en los bolsillos y los ojos cerrados. No dejaba de darle vueltas a la cabeza mientras esperaba el sueño.

Por la mañana, cuando despertó, se dio cuenta de que estaba encerrado en una jaula de luz que entraba por la única ventana de la cabaña.

Tenía los brazos y las manos, oscuros, sobre el harapiento edredón. No habían sufrido cambio alguno.

Dejó escapar un largo suspiro y enterró la cara en la almohada. Walter se acercaba al entablado cada tarde, siempre con cuidado de rodear el puesto de perritos calientes.

El muchacho consideraba que estaba aconteciendo algo grande. Un gran cambio. Una progresión. Observar los detalles de aquel verano moribundo le daba mucho en lo que pensar. Intentaría entender el verano hasta que tocara a su fin, que el otoño llegaba ya como una ola gigantesca detenida justo encima de él, lista para caerle encima.

Bill y Walter hablaban a diario, y las tardes pasaban y el brazo que más cerca tenían el uno del otro empezó a parecerse al del otro de una manera que a Walter le resultaba curiosamente agradable. Porque Walter advertía, fascinado, cómo iba cumpliéndose aquel proceso que Bill había planeado y que había aguardado con paciencia.

Bill trazaba líneas en la arena con una de sus pálidas manos, que, no obstante, cada día que pasaba, estaba más oscura. El sol le iba tiñendo el envés y los dedos.

El sábado y el domingo aparecieron más chicos blancos. Walter se alejó, pero Bill le gritó que se acercara con dos muy seguidos: «¡Pero bueno! ¡Pero bueno!». Y Walter se unió a ellos y jugaron al voleibol.

El verano los había sumergido a todos en llamas de arena y de agua verde hasta que estaban tintados y laqueados de oscuridad. Por

primera vez en la vida, Walter se sentía parte del grupo. Porque aquellos jóvenes habían decidido envolver su piel con su mismo color y bailaban, cada vez más oscuros, a cada lado de la alta red, lanzando tanto la pelota como sus risas a uno y otro lado, compitiendo con Walter, haciéndole partícipe de los chistes y empujándolo a las olas.

Así, un día, Bill asió la muñeca de Walter con su mano y exclamó:

—¡Walter, mira!

Y Walter miró.

—¡Soy más oscuro que tú! —el chico estaba encantado.

—¡Pero bueno…! ¡Pero bueno…! —murmuraba Walter mirando una muñeca y la otra—. Hum… Sí que lo eres, sí… ¡Sí que lo eres!

Bill dejó sus dedos en la muñeca de Walter. De pronto, en su rostro apareció una expresión de sorpresa, como si algo le hubiera molestado. Tenía la boca medio abierta y los pensamientos se le reflejaban en los ojos. Quitó la mano de golpe, se echó a reír y miró al mar.

—¡Esta noche me voy a poner mi polo blanco! ¡Ya verás cómo lo luzco con este bronceado! ¡Ya verás!

—Seguro que te queda muy bien —comentó Walter mientras volvía la vista hacia el mar para ver qué estaba mirando Bill—. Mucha gente de color lleva ropa negra u oscura para que su cara parezca más clara.

—¿En serio? No lo sabía.

Daba la sensación de que Bill estuviera incómodo, como si hubiera encontrado algo con lo que no se sentía capaz de lidiar.

—Toma —le dijo Bill a Walter mientras le entregaba dinero como si fuera una idea brillante—. Ve a comprar un perrito caliente para ti y otro para mí.

Walter sonrió agradecido, pero respondió:

—Al de los perritos no le caigo bien.

—Eso da igual. Tú toma la pasta y ve. ¡Qué le den!

—Vale —respondió Walter, no sin cierta reticencia—. ¿Quieres el tuyo con de todo?

—¡Con de todo, sí!

Walter se dirigió al puesto a zancadas por la arena. Subió al entablado de un salto y no tardó en llegar a la olorosa sombra del puesto, donde se quedó, cuan alto era, digno, con los labios fruncidos.

—Dos perritos calientes con de todo para llevar, por favor.

El hombre que atendía el puesto tenía la espátula en la mano. Examinó a Walter de arriba abajo y, muy despacio, en detalle, sujetando la espátula con los dedos crispados. No dijo nada.

Cuando se cansó de estar allí de pie, dio media vuelta y se

marchó. Haciendo sonar el dinero en su gran palma, Walter se alejó como si lo que acababa de suceder no le importase. Detuvo el tintineo cuando llegó adonde Bill.

—¿Qué ha pasado, Walt?

—El de los perritos se ha quedado mirándome, pero no me ha atendido.

Bill asió a Walter por los hombros y le dio la vuelta.

—¡Ven, que va a vendernos esos perritos o va a tener que decirme en mi cara por qué no!

Walter intentó retenerlo:

—No quiero problemas.

—Vale. Me cago en la… Ya voy yo a por los perritos. Tú espérame aquí.

Bill salió corriendo y, cuando llegó al puesto, se apoyó en el mostrador en sombra.

Walter vio y oyó con claridad lo que sucedió en los siguientes diez segundos.

El de los perritos sacó la cabeza y miró a Bill.

—¡Pero bueno, negrito, ¿ya estás aquí de nuevo?!

Silencio.

Bill siguió apoyado en el mostrador, esperando.

El de los perritos se echó a reír de pronto.

—¡Esta sí que es buena! ¡Hola, Bill! ¡La luz se refleja en el mar y me has parecido ese…! Dime, ¿qué quieres?

Bill asió al hombre por el codo.

—No lo entiendo. Soy más oscuro que él… ¿por qué a mí me lames el trasero?

El de los perritos respondió pensando bien lo que decía.

—Es que… me daba el reflejo y…

—¡Vete a la mierda!

Bill volvió a la brillante luz, pálida sobre su piel morena, regresó adonde Walter, lo asió por el codo y se lo llevó de allí.

—Vamos, Walt, que ya no tengo hambre.

—¡Qué curioso, yo tampoco!

Pasaron las dos semanas. Llegó el otoño. Durante dos días la playa quedó cubierta por una niebla venida del mar y Walter pensó que jamás volvería a ver a Bill. Recorría el entablado solo. Había un gran silencio. No se oían bocinas. La fachada de madera del puesto de perritos estaba cerrada, claveteada, y un solitario y gélido viento recorría la playa gris.

El martes volvió a salir el sol, brevemente, y allí estaba Bill,

tumbado cuan largo era, solo en la vacía playa.

—He querido venir una última vez —comentó mientras Walter se sentaba a su lado—, porque no vamos a volver a vernos.

—¿Te marchas ya a Chicago?

—Sí. Además, aquí tampoco queda sol o, por lo menos, no del que a mí me gusta. Es mejor que vaya tirando para el este.

—Sí, supongo que sí.

—Han sido dos buenas semanas.

Walter asintió y comentó:

—Muy buenas.

—Me he puesto moreno.

—¡Ya te digo!

—Aunque ya se me está empezando a ir —apuntó apenado—. Ojalá hubiera tenido tiempo para que fuera permanente. —Se miró la espalda por encima del hombro e hizo unos gestos con los codos doblados e intentando alcanzarse con los dedos—. ¡Pero, mira, si ya me estoy pelando… y me pica! ¿Te importaría quitarme las pieles?

—No, en absoluto. Date la vuelta.

Bill se volvió y Walter se acercó, adelantó las manos y, con los ojos relucientes, le quitó, con cuidado, una tira de piel.

Poco a poco, tira a tira, fue pelando la piel oscura de Bill de su musculosa espalda, de sus omóplatos, del cuello… y dejando a la vista la rosada piel blanca que había debajo.

Cuando acabó, daba la sensación de que Bill estuviera desnudo y solo, de que fuera pequeño, y Walter se dio cuenta de que le había hecho algo al chico, pero que este lo estaba aceptando con filosofía, sin molestarse, y, de repente, en Walter brilló una luz que tenía que ver con la parte del verano que habían pasado juntos.

Le había hecho a Bill algo que estaba bien y que era natural, y no había manera ni de escapar de ello ni de soslayarlo; así eran las cosas y así tenían que ser. Bill había esperado algo durante aquellos días de verano y pensaba que lo había conseguido, pero, en realidad, no era así. Solo él pensaba que lo había logrado.

El viento se llevó las tiras de piel.

—Has estado todo julio y todo agosto aquí… para esto… —comentó Walter poco a poco, mientras dejaba caer una tira de piel— y ahí se va… Yo llevo toda la vida esperando y se va de la misma forma.

A continuación, le dio la espalda a Bill y, entre triste y contento, pero, desde luego, en paz, dijo:

—¡Venga, pélame tú ahora!

La isla

La noche invernal se deslizaba por delante de las ventanas iluminadas como en fragmentos blancos. La procesión marchaba uniformemente ahora, pero, de repente, giraba y revoloteaba. Había cambios y asentamientos constantes que no dejaban de llenar en todo momento un profundo abismo con silencio.

La casa estaba cerrada a cal y canto: puertas, ventanas y trampillas. Las lámparas florecían con suavidad en cada habitación. La casa contenía el aliento, dormitando, cálida. Los radiadores suspiraban. Un refrigerador zumbaba por lo bajo. En la biblioteca, a la luz del quinqué de color verde lima, una mano blanca se movía, una estilográfica rascaba, una cara se inclinaba sobre la tinta que se secaba bajo aquel falso aire veraniego.

Arriba, en la cama, una anciana leía echada. Al final del pasillo, una de sus hijas ordenaba prendas de lino en una habitación que utilizaban como armario. En el ático, un piso más arriba, el hijo, que hacía meses que había cumplido los treinta y que tecleaba delicadamente en una máquina de escribir, añadió una bola de papel más al creciente montón que había sobre la alfombra.

Abajo del todo, la sirvienta secaba las copas de vino de la cena y las colocaba en sus baldas con un característico sonido campaneante. Una vez acabada su labor, se secó las manos, se arregló el pelo y apagó la luz.

Fue entonces cuando los cinco habitantes de aquella casa sobre la que caía una nocturna nevada invernal oyeron un sonido inusual.

La rotura de una ventana.

Fue como cuando se quiebra el hielo del color de la luna en un estanque de media noche.

La anciana se incorporó. Su hija menor dejó de ordenar el lino. A medio camino de arrugar otra hoja de papel, el hijo se detuvo con ella en el puño. En la biblioteca, la otra hija contuvo el aliento y la oscura tinta se fue secando; de hecho, casi le pareció oír cómo lo hacía, siseando. La sirvienta se quedó quieta. Aún no había apartado la mano del interruptor de la luz.

No se oía nada.

Silencio.

Y el susurro del frío viento entrando por una ventana rota en

algún lugar alejado y recorriendo los pasillos.

Todos se habían vuelto, cada uno en la habitación en la que estaba, para fijarse en cómo el viento movía las pelusas que había cerca de la puerta, puertas que respiraban. Luego, miraron de golpe el pomo de latón de esas mismas puertas.

Toda puerta tenía su protección, toda tenía su pestillo, su cadenita, sus barras y sus cerrojos. La madre, en esa edad en la que sus excentricidades habían empezado a afectar a todos hasta que había perdido el sentido, había supervisado la instalación de las puertas como si se tratara de preciados y maravillosos nuevos años de vida.

Ya en los años anteriores a la enfermedad que la había postrado en cama de la noche a la mañana, la mujer había temido todas aquellas habitaciones que no podían convertirse en una fortaleza en cuestión de segundos. En una casa llena de mujeres, Robert, el hijo, rara vez bajaba de su cofa; necesitaba defensas prestas contra la avaricia ciega, la envidia y las violaciones de un mundo gobernado por la lujuria, si bien no tan febrilmente en invierno.

O esa era la teoría.

—¡Jamás necesitaremos tantos cerrojos y candados! —había protestado Alice en su día.

—Llegará el momento en que darás gracias a Dios por estas sólidas cerraduras Yale —le había respondido la madre.

—Lo único que tiene que hacer el ladrón —había contraatacado Alice— es romper una ventana, descorrer los pestillos y…

—¿Romper una ventana? Y, ¿advertirnos? ¡No digas bobadas!

—Sería tan sencillo que guardáramos el dinero en el banco…

—¡Y sigues con tus bobadas! ¡En el 29 aprendí que no debes dejar dinero contante y sonante en manos blandas! Bajo la almohada guardo un revólver y el dinero está debajo de la cama… ¡Yo soy el Primer Banco Nacional de la isla de Oak Green!

—¿Un banco que vale cuarenta mil dólares?

—Pero… ¡calla! ¿Por qué no sales al amarre y se lo cuentas a todos los pescadores? Además, no es solo a por el dinero a por lo que vendrían esos demonios… Vendrían a por ti, Madeline… ¡A por mí!

—Ay, madre… pero si somos unas viejas ya.

—Somos mujeres, hija, nunca lo olvides. ¡Mujeres! ¿Dónde están las otras pistolas?

—Hay una en cada habitación, madre.

Y, así, la artillería doméstica quedó preparada y las escotillas se abrían, se comprobaban y volvían a cerrarse de temporada en temporada, año tras año. Por toda la casa, con cables que la recorrían

de arriba abajo, había un circuito telefónico interno que funcionaba con pilas. Las hijas habían aceptado estos teléfonos con una sonrisa porque, por lo menos, así se ahorraban los gritos por las escaleras.

—Al hilo de todo esto —había añadido Alice—, ¿por qué no cortamos la línea telefónica exterior? Hace años que nadie nos llama desde el pueblo, desde el otro lado del lago, ni a Madeline ni a mí.

—¡Quitemos el teléfono —había convenido la otra hermana—, que cuesta un Potosí cada mes! ¿A quién íbamos a querer llamar nosotras?

—Al fin y al cabo, no son sino patanes —había comentado Robert, que bajaba del ático—. Todos ellos.

Y ahora, en aquella profunda noche de invierno… aquel ruido único y solitario: la rotura de un cristal. Como el suave estallido de una copa de vino, como la ruptura de un largo y cálido sueño invernal.

Los cinco habitantes de aquella casa de la isla se convirtieron en estatuas.

Mirando por las ventanas de cada una de las habitaciones, se habría imaginado uno que estaban en las diferentes galerías de un museo. Cada animal, aterrado, mostró un último instante de consciencia, de reconocimiento. Había luz en cada ojo de cristal, como la que se encuentra y no se olvida jamás en un claro, cuando un ciervo, sorprendido e inmóvil, vuelve la testa y se topa con el largo y frío cañón de acero de una escopeta.

Los cinco fijaron su atención en la puerta de la habitación en la que se encontraban.

Cada uno de ellos entendió que todo un continente separaba su cama o la silla en la que estaban sentados de dicha puerta, que aguardaba a que alguien la cerrara. Una medida intrascendente para el cuerpo… pero una inmensidad psicológica para el cerebro. Mientras recorrían esa pequeña distancia como disparados por resorte, la larga distancia de cerrar los pasadores, de girar las llaves, pensaban si no habría en el pasillo, a una distancia similar, alguien ansioso por abrir esa puerta que aún no estaba cerrada.

Este pensamiento, contemporáneo de los pelos que se les pusieron como escarpias, se les pasó a todos por la cabeza, los aprisionó… y no tenía intención de liberarlos.

Un segundo pensamiento, reconfortante este, llegó a continuación.

«No es nada. El viento ha roto una ventana. La ha roto una rama. ¡Sí, es eso! O una bola de nieve que haya lanzado uno de esos niños a los que posee el invierno y que, aburrido, sin saber qué otra cosa

hacer, se ha acercado en silencio por la noche…».

Los cinco habitantes de la casa se levantaron a la vez.

En los pasillos sonaba el viento. El miedo cubrió de blanco el rostro de cada uno de los miembros de la casa y nevó en sus ojos, que tenían abiertos como platos. Todos estaban ansiosos por acercarse a su puerta, por abrirla, por asomar la cabeza y exclamar: «¡Sí, sí, ha sido la rama de un árbol!», pero entonces oyeron otro ruido.

Un traqueteo metálico.

Y, a continuación, una ventana, en algún lado, como el cruel filo de una guillotina gigante, que empezaba a subir, que se deslizaba por sus descarnadas ranuras. Una boca enorme que dejó entrar el invierno.

Todas las puertas de la casa empezaron a golpetear su quicio y los goznes empezaron a chillar.

La ráfaga apagó lámparas en todas las habitaciones.

—¡Nada de electricidad! —había proclamado la madre hacía años —. ¡No quiero regalos del pueblo! ¡La autosuficiencia tiene que ser nuestra bandera! ¡Nada de dar y recibir!

Su voz se desvanecía en el pasado.

En cuanto las lámparas de aceite se apagaron, el miedo se convirtió, en cada habitación, en una llama más brillante que la de troncos y fogones, que los carbones durmientes.

Alice sintió que ese miedo ardía en sus mejillas acompañado de un fulgor fantasmagórico. Habría podido leer a la luz de aquel terror que le iluminaba la frente.

Parecía que solo pudiera hacerse una cosa.

Cuatro de los habitantes de la casa, a toda prisa, uno en cada habitación, un duplicado cada una de ellas de la que tenía justo por encima o por debajo, se lanzaron contra su puerta para manotear los cerrojos hasta cerrarlos, correr pestillos, pasar cadenitas y girar llaves.

—¡A salvo! —exclamaron—. ¡Cerrados y a salvo!

Uno de ellos, no obstante, no siguió ese camino: la sirvienta. Ella solo vivía unas horas al día en aquella casa estrafalaria y no era víctima de los miedos y pánicos de la madre. Mujer práctica donde las hubiera después de haber vivido años en el pueblo, al otro lado del amplio foso de césped, setos y paredes, apenas se debatió un instante entre tomar una decisión u otra. Luego, llevó a cabo lo que debería haber sido su salvación, pero que se convirtió en un gesto desesperado.

La mujer abrió de par en par la puerta y fue corriendo al pasillo principal de la planta baja. A lo lejos, en la oscuridad, el viento soplaba como si lo hiciese desde la boca de un dragón de hielo.

—¡Los demás habrán salido! —pensó.

A toda prisa, los llamó por su nombre:

—¡Señorita Madeline! ¡Señorita Alice! ¡Señora Benton! ¡Señorito Robert!

Luego, se internó por el pasillo en dirección a la oscuridad de la ventana abierta, que no dejaba de soplar.

—¡Señorita Madeline!

Madeline, clavada como Jesucristo a la puerta del ropero de lino, comprobó a toda prisa que cerrojos, pestillos y demás estaban bien cerrados.

—¡Señorita Alice!

En la biblioteca, a oscuras, donde sus pálidas cartas revoloteaban como si fueran polillas achispadas, Alice se apartó de su puerta, completamente cerrada, en busca de unas cerillas y, cuando las tuvo, reencendió los quinqués dobles. Le latía la cabeza como un corazón apresurado y sentía como si fueran a salírsele los ojos de las cuencas, con la boca abierta y los oídos taponados, de manera que lo único que oía era un pulso salvaje y el ir y venir vacío de su respiración.

—¡Señora Benton!

La anciana se retorcía en la cama cubriéndose el rostro con las manos para ver si así conseguía reformar aquella carne fundida en una expresión de sorpresa, que era lo que requería aquel momento. Luego, con los dedos extendidos, adelantó el brazo hacia su puerta, que permanecía sin cerrar.

—¡Idiota! ¡Idiota de las narices! ¡Que alguien cierre mi puerta! ¡Alice! ¡Robert! ¡Madeline!

«¡Alice!», «¡Robert!», «¡Madeline!», resonó por los pasillos a oscuras.

—¡Señorito Robert!

La voz de la sirvienta lo invocó desde la planta baja, temblorosa.

Entonces, uno a uno, la oyeron gritar. Un grito corto, consternado, acusador.

Después, la nieve empezó a acariciar el tejado de la casa.

Todos prestaron mucha atención porque sabían lo que significaba aquel silencio. Esperaron algún nuevo sonido.

Alguien, que pisaba suavemente, con la suavidad de las pesadillas, como si fuera descalzo, empezó a avanzar por los pasillos. Todos sintieron cómo la casa iba cambiando bajo aquel peso, ahora aquí, ahora allí, ahora un poco más lejos.

En una de las mesas de la biblioteca había dos teléfonos. Alice descolgó uno de ellos y gritó por el comunicador:

—¡Operadora! ¡Policía!

Fue entonces cuando recordó aquellas palabras: «Nadie nos va a llamar ni a Madeline ni a mí. Diles a los de Compañía Bell que corten el cable. No conocemos a nadie en el pueblo. Pero sé práctica. Deja aquí el teléfono por si alguna vez decidimos reconectarnos».

—¡Operadora!

Tiró el aparato y se quedó mirándolo como si se tratara de una bestia tozuda a la que acabara de pedirle que realizara el más sencillo de los trucos. Volvió la vista hacia la ventana. Podía levantarla, asomarse y pedir ayuda a gritos… pero los vecinos estaban en su casa, cerrados, calentitos y muy lejos, mucho… perdidos… y, además, el viento también gritaba. Y el invierno los rodeaba. Y la noche. Sería como pedir ayuda en un cementerio.

—¡Robert! ¡Alice! ¡Madeline! ¡Robert! ¡Alice! ¡Madeline! —aullaba la madre presa de la mayor de las estupideces—. ¡Cerrad mi puerta! ¡Robert! ¡Alice! ¡Madeline!

—Ya la oigo, madre —pensó Alice—. Todos la oímos… y él también la va a oír.

Descolgó el otro teléfono y pulsó con fuerza el botón en tres ocasiones.

—¡Madeline! ¡Alice! ¡Robert! —soplaba la voz de la madre por los pasillos.

—¡Madre —le gritó Alice por el teléfono—, no grite! ¡No le diga dónde se encuentra! ¡No ponga en su conocimiento lo que no sabe todavía!

Alice pulsó de nuevo el botón, con fuerza.

—¡Robert! ¡Alice! ¡Madeline!

—¡Ay, madre, por favor… coja el teléfono! ¡Coja el…!

Clic.

—¡Hola, operadora! —chillaba su madre—. ¡Sálveme! ¡Las cerraduras!

—¡Madre, soy Alice! ¡Cállese, que la va a oír!

—¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios, Alice, la puerta! ¡No puedo levantarme de la cama! ¡Qué cosas tiene la vida… dispongo de mil y un cerrojos… pero no puedo alcanzarlos!

—¡Apague la lámpara!

—¡Alice, ayúdame!

—¡Ya lo estoy haciendo! ¡Usted escúcheme! Coja la pistola. Apague la luz. Escóndase debajo de la cama. ¡Venga, hágalo!

—¡Ay, Dios, Alice… ven a cerrar mi puerta!

—¡Madre, que me escuche!

—¡Alice! ¡Alice! —exclamó Madeline—. ¿Qué sucede? ¡Tengo miedo!

A continuación se escucharon otras voces:

—¡Alice!

—¡Robert!

Gritaron, chillaron.

—¡Basta! —aulló Alice—. ¡Callaos! ¡De uno en uno! ¡Antes de que sea demasiado tarde! Lo digo para todos. ¿Me oís? Tomad un arma, abrid la puerta y salid al pasillo. Somos nosotros… todos nosotros… contra él. ¿Entendido?

Robert lloriqueaba.

Madeline aullaba.

—¡Alice! ¡Madeline! ¡Hijas, salvad a vuestra madre!

—¡Que se calle, madre! —le espetó Alice—. Abrid las puertas. Todos. Podemos hacerlo. ¡Venga, vamos!

—¡Vendrá a por mí! —gritó Madeline.

—¡No, no! —decía Robert—. ¡No va a servir de nada! ¡De nada!

—¡Mi puerta…! ¡Mi puerta está abierta! —aullaba la madre.

—¡Que me escuchéis!

—¡Mi puerta! —insistía la madre—. ¡Ay, Dios… que se está abriendo!

Se oyó un grito en el pasillo. Era el mismo grito que sonó por el auricular.

Se quedaron mirando el aparato que tenían en la mano, donde solo latía su corazón.

—¡Madre!

Arriba, una puerta se cerró de golpe.

El grito se quedó en silencio de súbito.

—¡Madre!

—Si no hubiera gritado… —pensó Alice— Si no le hubiera enseñado el camino…

—¡Madeline! ¡Robert! ¡Las armas! ¡Voy a contar hasta cinco y salimos a todo correr! Uno… dos… tres…

Robert gimió.

—¡Robert!

Robert cayó al suelo con el auricular en la mano. Su puerta seguía cerrada. Su corazón se detuvo. El auricular que tenía en la mano aulló: «¡Robert!». Él permaneció inmóvil.

—¡Está frente a mi puerta! —exclamó Madeline en voz alta en aquella casa invernal.

—¡Dispara a través de la puerta! ¡Dispara!

—¡A mí no me va a atrapar! ¡Conmigo no lo va a conseguir!

—¡Madeline, escucha: dispara a través de la puerta!

—¡Está toqueteando las cerraduras! ¡Va a entrar!

—¡Madeline!

Un disparo.

Un disparo. Uno solo.

Alice seguía en la biblioteca, sola, mirando el frío auricular que tenía en la mano y que, ahora, estaba en el más completo silencio.

De repente vio a aquel desconocido en la oscuridad, en el piso de arriba, en el pasillo, frente a una puerta, rascándola con suavidad, sonriéndole.

¡El disparo!

El desconocido, en la oscuridad, mirando hacia abajo, y saliendo por debajo de la puerta cerrada, despacio, un reguero de sangre, un riachuelo. Una sangre que fluía en silencio, muy brillante. Alice vio todo aquello. Sí, mientras oía movimientos sombríos en el pasillo del piso de arriba, los de alguien que iba de habitación en habitación, intentando abrir las puertas y encontrando únicamente silencio.

—Madeline… —dijo Alice por el teléfono como aturdida—. ¡Robert!

Los llamó, pero fue estéril.

—¡Madre! —exclamó cerrando los ojos—. ¿Por qué no me habéis hecho caso?

Y volviendo a cerrar los ojos, prosiguió:

—¿Por qué no me habéis escuchado? Si hubiéramos salido todos a la…

Silencio.

La nieve caía en mudos y abundantes remolinos e iba formando ventisqueros majestuosos sobre el césped. Estaba sola.

Fue a trompicones hasta la ventana, descorrió los pestillos, la abrió, desenganchó la contraventana y la empujó. Luego se sentó a horcajadas en el alféizar, una mitad en el silencioso y cálido mundo de su hogar, la otra, en la noche nevosa. Se quedó allí sentada un buen rato, mirando la puerta de la biblioteca, que permanecía cerrada. El pomo de latón giró una vez.

Fascinada, se quedó observando aquel movimiento. Un ojo brillante que la tenía hipnotizada.

Sentía como si quisiera ir hasta la puerta, abrirla de par en par y, con una reverencia, dejar que la noche entrara, la forma del terror, y, así, conocer el rostro de aquel que, apenas con una llamada a la puerta, había arrasado la fortaleza de la isla. Se descubrió con la pistola apuntando a la puerta, pero temblando.

El pomo de latón giró en dirección a las agujas del reloj, en la contraria. Al otro lado seguía estando todo a oscuras, soplando el viento. En dirección a las agujas del reloj, en la contraria. Con una

sonrisa que no alcanzaba a ver.

Con los ojos cerrados, disparó en tres ocasiones.

Cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que todos los disparos se le habían desviado. Uno había dado en la pared, otro en la parte baja de la puerta y el tercero en el dintel. Se quedó mirando unos instantes su mano de cobarde y tiró la pistola.

El pomo giró para este lado, para el otro. Fue lo último que vio: aquel pomo brillante, reluciente como un ojo.

Se inclinó y se dejó caer sobre la nieve.

Al volver con la Policía, horas después, Alice vio sus pisadas en la nieve escapando del silencio.

El *sheriff*, sus agentes y ella estaban debajo de los árboles vacíos, mirando la casa que parecía un lugar cálido y confortable, de nuevo bien iluminado, un mundo de resplandor y alegría en un paisaje lóbrego. La puerta principal estaba abierta de par en par y la nieve entraba por ella.

—Dios —soltó el *sheriff*—. El intruso ha debido de abrir la puerta y marcharse sin más, sin preocuparse porque alguien lo viera. ¡Qué descaro!

Alice se movió. Un millar de polillas blancas aleteaban frente a sus ojos. Parpadeaba, pero tenía la mirada fija. Entonces, despacio, con suavidad, su garganta se agitó. Empezó a reírse, pero la risa acabó en sollozos.

—¡Miren! ¡Ay… miren! —exclamó.

Todos miraron y vieron un segundo camino de pasos que descendía por las escaleras del porche y se internaba por la aterciopelada y blanca nieve. Separados uniformemente los unos de los otros, con aire de serenidad, aquellas huellas se alejaban por el jardín delantero con confianza. Eran profundas y se desvanecían en dirección a la fría noche y al pueblo nevado.

—Sus pasos —murmuró Alice inclinándose y adelantando la mano.

Los midió e intentó cubrirlos con la mano. Tenía los dedos ateridos. Pegó un grito y exclamó:

—¡Sus pasos…! ¡Ay, Dios… pero qué hombre tan pequeño!

Y, mientras permanecía allí, con las rodillas y las manos sobre la nieve, sollozando, el viento y el invierno y la noche le hicieron un amable favor. Según miraba las huellas, la nieve siguió cayendo y, poco a poco, fue suavizándolas, llenándolas y borrándolas hasta que no quedó ni rastro de su pequeñez. Hasta que desaparecieron del todo.

Hasta ese momento, Alice no dejó de llorar.

Antes del amanecer

Primero era el lloro, bien entrada la noche, más tarde la histeria y, luego, unos sollozos violentos. Después de que se hubieran convertido en suspiros, entonces, oía la voz del marido a través de la pared: «Ya está, ya está… —le decía—. Ya está…».

Yo solía yacer de espaldas en la cama y escuchaba y me preguntaba, y el calendario que tenía en la pared decía que estábamos en agosto de 2002. El hombre y su esposa, joven, de unos treinta años, de aspecto fresco, con el pelo claro y los ojos azules, pero con arrugas en la comisura de los labios, acababan de mudarse a la pensión en la que yo vivía, alejada del centro, donde trabajaba de conserje de la biblioteca.

Cada noche, sin excepción, sucedía lo mismo: la esposa lloraba, el esposo la consolaba con su suave voz y yo lo oía todo a través de la pared. Solía esforzarme por descubrir qué era lo que lo empezaba todo, pero nunca lo conseguía. No era por algo que él hubiera dicho ni por algo que hubiera hecho, eso lo tenía claro. Estaba casi seguro, a decir verdad, de que todo empezaba porque sí, bien entrada la noche, a eso de las dos de la madrugada. Según mi teoría, la mujer se despertaba y, al rato, empezaban a oírse los primeros alaridos de puro miedo y, luego, lloraba largo rato. Me ponía triste. Ya soy viejo, pero sigue afectándome oír el llanto de una mujer.

Recuerdo la tarde noche en que llegaron, hace un mes, en agosto, a este pueblecito, en lo más profundo de Illinois, con todas las casas a oscuras y toda la gente en los porches disfrutando de helados de palo. Recuerdo estar en la cocina, abajo, deleitándome con los viejos aromas de comida y oyendo al perro lamer agua de la sartén que había debajo del horno, un sonido nocturno que me recordaba al agua en una cueva. Fui hasta el salón y, a oscuras, vi cómo el señor Fiske, el casero, con aquel astuto rostro rosado por el esfuerzo, se mostraba molesto delante del aire acondicionado porque aquel maldito cacharro se negaba a funcionar. Por fin, un rato después, decidió salir al porche de los mosquitos porque aquel sitio, según decía el señor Fiske, era solo para los mosquitos.

Yo también salí al porche, me senté y desenvolví un puro para alejar a mis propios mosquitos. Allí estaban la abuela Fiske, Alice Fiske, Henry Fiske, Joseph Fiske y Bill Fiske, junto con otros seis

inquilinos, todos ellos desenvolviendo ese helado de vainilla recubierto de chocolate que recibe el nombre de Eskimo Pie.

Fue entonces cuando aquel hombre y su esposa, tan de repente como si acabaran de proyectarlos de entre la húmeda y oscura hierba, aparecieron a los pies de las escaleras mirándonos como si fueran espectadores de un circo de verano de esos que tienen pase nocturno. No llevaban equipaje. Nunca olvidaré aquel detalle. No llevaban equipaje. Y era como si la ropa que vestían no fuera de su talla.

—¿Hay por aquí algún sitio en el que podamos comer algo y pasar la noche? —preguntó el hombre con voz titubeante.

Puede que yo fuera quien los vio primero, pero estábamos todos sorprendidos. El señor Fiske sonrió, se levantó de su silla de mimbre y se adelantó unos pasos.

—Sí, tenemos habitaciones —comentó.

—¿Cuánto cuesta la noche? —preguntó el hombre en aquella oscuridad achicharradora.

—Veinte dólares con pensión completa.

Fue como si no le entendieran. Se miraron el uno al otro.

—Veinte dólares —dijo la abuela.

—Nos quedamos.

—¿No quieren ver la habitación primero? —les preguntó el señor Fiske.

Subieron las escaleras mirando hacia atrás, como si alguien los persiguiera.

Aquella fue la primera noche de los lloros. El desayuno se servía siempre a las siete y media y había comida en gran cantidad: altas torres de tortitas, grandes jarras de sirope, islas de mantequilla, tostadas, varias jarras de café y cereales, si te apetecían. Yo estaba dando buena cuenta de mis cereales cuando la pareja llegó escaleras abajo, despacio. No entraron enseguida al comedor y me dio la sensación de que se estaban fijando en todo. Como la señora Fiske estaba ocupada, me levanté para decirles que entraran y me los encontré, a él y a ella, al lado de la ventana que había junto a la puerta principal mirando la hierba verde, los altos olmos y el cielo azul casi como si no hubieran visto nada de todo aquello en la vida.

—Buenos días —los saludé.

Pasaban la mano por los antimacasares o por las cuencas de la cortina que colgaba en la puerta del comedor. En una ocasión me pareció que sonreían abiertamente, pero solo ellos sabían por qué. Les pregunté cómo se llamaban. Me dio la impresión de que, al principio, se quedaban confundidos, pero respondieron:

—Smith.

Les presenté a todos los que estaban en el comedor y ellos se sentaron, miraron la comida y, al cabo de un momento, empezaron a comer.

Hablaron muy poco y únicamente cuando alguien se dirigía a ellos. Tuve la oportunidad de fijarme en que eran dos personas muy guapas, con una graciosa estructura ósea tanto en los pómulos como en la barbilla y la frente, con la nariz recta y los ojos luminosos. No obstante, no les abandonaba esa sensación de cansancio que transmitía su boca.

A mitad del desayuno sucedió algo que me llamó la atención. El señor Britz, el mecánico del garaje, comentó:

—Pues, al parecer, según dice el periódico, el presidente ha salido también hoy a captar fondos.

El desconocido, él, el señor Smith, resopló como enfadado y exclamó:

—¡Ese horrible Westercott! ¡Siempre he odiado a ese hombre!

Todos nos quedamos mirándolo. Yo incluso dejé de comer.

La señora Smith miró a su esposo con el ceño fruncido. El hombre tosió suavemente y siguió comiendo.

El señor Britz también arrugó el gesto unos instantes, pero, enseguida, continuamos desayunando. Recuerdo bien lo que dijo el señor Smith: «¡Ese horrible Westercott! ¡Siempre he odiado a ese hombre!».

Nunca lo he olvidado.

Esa noche, la mujer volvió a llorar, como si estuviera perdida en el bosque, y yo permanecí una hora entera despierto pensando al respecto.

De repente, quería hacerles mil y una preguntas, pero fue casi imposible verlos porque permanecieron, como quien dice, todo el día encerrados en su habitación.

Al día siguiente, no obstante, era sábado y me acerqué a ellos en el jardín, donde estaban mirando las rosas rosas, de pie, mirándolas, sin tocar nada.

—¡Qué buen día ha salido! —les dije a modo de saludo.

—¡Un día maravilloso! ¡Maravilloso! —exclamaron prácticamente al unísono, tras lo que se rieron como avergonzados.

—Bueno… tampoco sé si es para tanto.

Y sonreí.

—Lo es, lo es. No sabe lo maravilloso que es el día de hoy —comentó ella, si bien, de repente, se le llenaron los ojos de lágrimas.

Me sentía desconcertado.

—Lo siento… —dije—. ¿Está usted bien?

—Sí, sí.

Se sonó y, después, se alejó para tomar unas flores.

Yo me quedé mirando el manzano, a rebosar de manzanas rojas y, un momento después, conseguí armarme de valor y preguntarle al marido:

—Disculpe, señor Smith, pero ¿de dónde son ustedes?

—De los Estados Unidos —respondió muy despacio, como si estuviera montando las palabras.

—Oh, no sé por qué tenía la impresión de que…

—¿De que éramos de otro país?

—Pues sí.

—Pues somos de los Estados Unidos.

—Y ¿a qué se dedica, señor Smith?

—Pienso.

—Entiendo —respondí a la vista de que, una tras otra, sus respuestas eran insatisfactorias—. Ah, por cierto, ¿podría decirme cuál es el nombre de pila del presidente Westercott?

—Lionel.

—¡Por favor…! ¿Por qué me hace estas preguntas?

A continuación, salieron corriendo hasta la casa y ni siquiera me dio tiempo a disculparme. Desde la ventana que había junto a la puerta, me observaron como si fuera yo un espía despreciable. Me sentí avergonzado.

El domingo por la mañana ayudé a limpiar la casa. Llamé a la puerta de los Smith, pero no respondió nadie. Me quedé escuchando y, por primera vez, oí el tictac, los clics y los murmullos calmos de numerosos relojes en la habitación. Permanecí allí, fascinado. ¡Tictac, tictac! Dos relojes… ¡no, tres! Cuando abrí la puerta para vaciar la papelera, vi los relojes dispuestos en el escritorio, en el alféizar y en la mesita de noche, grandes y pequeños, todos ellos en hora, zumbando de manera que parecía que la habitación estuviera llena de insectos.

Cuántos relojes. Ahora bien, ¿para qué? El señor Smith había dicho que era pensador.

Bajé la papelera al incinerador. Dentro, mientras la vaciaba, encontré uno de los pañuelos de ella. Lo toqué durante unos instantes, casi acariciándolo, y olí su fragancia a flores. Luego, lo tiré al fuego. No se quemó. Lo empujé más al fondo. No, el pañuelo no se quemaba. En mi habitación, intenté que prendiera con el mechero para puros. Ni se quemaba, ni fui capaz de romperlo.

Fue entonces cuando me paré a pensar en su ropa. Fue entonces cuando me di cuenta de por qué me había parecido peculiar

realmente. El patrón era normal tanto en el caso de él como en el de ella para aquella estación del año, ¡pero ni en abrigos, ni en camisas, ni en vestidos o zapatos había visto costura alguna!

Por la tarde salieron a pasear por el jardín. Desde mi ventana los vi al uno junto al otro, de la mano, hablando con gesto serio.

Fue entonces cuando sucedió aquello tan aterrador.

En el cielo se oyó un rugido omnipresente. La mujer levantó la vista, pegó un grito, se llevó las manos a la cara y se derrumbó. Él se puso pálido y miró en dirección al sol. Luego se dejó caer de rodillas junto a su esposa, implorándole que se levantara, que se levantara, pero ella no se movía, presa de un ataque de histeria.

Para cuando bajé las escaleras y llegué con ánimo de socorrerlos, habían desaparecido. Sin duda, habían rodeado la casa por un lado mientras yo lo hacía por el otro. En el cielo no se veía nada y el rugido había ido a menos.

Me paré a pensar por qué el sonido de un avión normal y corriente surcando el cielo les causaría tal terror. El avión volvió cosa de un minuto después. En sus alas ponía en letras mayúsculas: «¡Feria del condado! ¡Asista! ¡Carreras! ¡Diversión!». No me pareció que aquello fuera como para asustarse.

Pasé por su habitación a eso de las nueve y media y la puerta estaba abierta. En una pared vi tres calendarios con la fecha 18 de agosto de 2035 redondeada de forma prominente.

—Buenas noches —dije con tono agradable—. Qué calendarios tan bonitos tienen ustedes. Son muy útiles.

—Sí —respondieron ambos.

Fui a mi habitación y permanecí un momento a oscuras antes de encender la luz y preguntarme por qué necesitarían tres calendarios, todos ellos del año 2035. Era una locura, pero ellos no estaban locos. Todo lo que los rodeaba parecía una locura, pero ellos parecían normales: era gente aseada y racional con rasgos bonitos… pero algo empezó a darme vueltas en la cabeza. Los calendarios, los relojes, los relojes de pulsera que llevaban que no costarían menos de mil dólares cada uno, no me cabía duda, y el hecho de que ellos no parasen de consultar la hora. Me vinieron también a la cabeza el pañuelo que no se quemaba y la ropa sin costuras, además de aquella frase: «Siempre he odiado a Westercott».

Siempre he odiado a Westercott.

Lionel Westercott. Era imposible que en el mundo hubiera dos personas con un nombre tan inusual como aquel. Lionel Westercott. Lo dije para mí, allí, en aquella noche de verano. Era una noche cálida y las polillas bailaban con calma, con aquellas alas aterciopeladas suyas,

en el mosquitero de mi ventana. Entre cabezada y cabezada pensaba en aquel empleo tan cómodo que tenía, en aquel pueblecito tan agradable y pacífico donde todo el mundo era feliz… mientras que aquellas dos personas de la habitación contigua eran, por lo que parecía, las dos únicas personas del pueblo, del mundo, que no eran felices. No podía dejar de pensar en aquellas bocas con aspecto de cansancio y en aquellos ojos que, en ocasiones, parecían muy cansados, demasiado para gente tan joven.

Debí de quedarme dormido porque, a las dos de la mañana, como venía siendo usual, me despertó el llanto de ella. En esta ocasión, sin embargo, oí, además, cómo gritaba:

—¿Dónde estamos? ¿Dónde estamos? ¿Cómo hemos llegado aquí? ¿Dónde estamos?

Y la voz de él intentando tranquilizarla:

—¡Chist! ¡Calla, por favor!

—¿Estamos a salvo? ¿Estamos a salvo? ¿Estamos a salvo?

—Sí, querida, sí.

Y siguieron los sollozos.

Aquello podría haberme hecho pensar muchas cosas. La mayoría de las personas habría imaginado enseguida un asesinato; que eran fugitivos de la justicia. Yo, en cambio, no fui por ahí. Yo permanecí a oscuras, escuchando el llorar de ella. Me rompía el corazón, avanzaba por mis venas, se me metía en la cabeza y me transmitía una tristeza tan insoportable, una soledad tal, que me levanté, me vestí y salí de la casa. Seguí la calle y, antes de darme cuenta, estaba en la colina que había junto al lago, frente a la biblioteca, oscura e inmensa, con mi llave de conserje en la mano. Sin planteármelo siquiera, entré en aquel lugar enorme y silencioso a las dos de la mañana, recorrí las salas y los pasillos vacíos y encendí algunas luces. En un momento dado tomé dos libros voluminosos y empecé a buscar una serie de párrafos, una serie de frases, página tras página. Acerqué una silla y me senté. Tomé más libros. Buscaba y buscaba. Acabé por cansarme, pero, entonces, por fin, mi mano se detuvo en un nombre: «William Westercott, político, Nueva York capital. Casado con Aimee Ralph en enero de 1998. Un hijo: Lionel, nacido en febrero de 2000».

Cerré el libro, dejé la biblioteca, que volví a cerrar con llave, y regresé a casa, frío, con las estrellas brillando aún en el cielo oscuro.

Permanecí un rato frente a la casa durmiente, con su porche vacío y las cortinas de cada estancia movidas por la cálida brisa de agosto. Tenía un puro en la mano, pero no lo había encendido. Me quedé escuchando y, por encima de mí, como si fuera el grito de algún ave nocturna, oí el lloro de la solitaria mujer. Habría tenido otra pesadilla

y pensé que las pesadillas son recuerdos, que están basadas en aquello que recordamos, que recordamos vívidamente, situaciones horribles que han quedado prendidas en nuestra mente con demasiado detalle. Ella acababa de tener otra de sus pesadillas y sentía miedo.

Miré el pueblo que me rodeaba, las casitas, casas en las que había gente, y el campo más allá, hectáreas y más hectáreas de pradera, granjas, ríos y lagos, autopistas y colinas, montañas y ciudades de todos los tamaños durmiendo aún en aquel crepúsculo, en silencio, mientras las farolas iban apagándose allí donde ya no eran necesarias. Pensé en toda la gente del país y en la que habría en los años venideros, y la imaginé a toda, incluyéndome a mí, con un buen trabajo y feliz.

Luego subí a mi habitación, dejé atrás la puerta de la pareja y me acosté. Me quedé escuchando una vez más y oí a la mujer, en esta ocasión repitiendo con insistencia: «Tengo miedo. Tengo miedo» y llorando débilmente.

Allí, tumbado, sentí frío por dentro, como si fuera una placa de hielo cubierta con una sábana. Y empecé a temblar porque, aunque no sabía nada, lo sabía todo, dado que ahora era consciente de dónde provenían aquellos viajeros y cuáles eran las pesadillas que tenían y de qué tenía ella miedo y de qué escapaban.

Me di cuenta justo antes de quedarme dormido, acunado por su suave llorar. Lionel Westercott tendría edad suficiente para ser presidente de los Estados Unidos en el año 2035.

No sabía por qué, pero no quería que aquella mañana saliese el sol.

Al jefe, salud

—¿Cómo ha dicho?

Silencio.

—¿Le importaría repetirlo?

Silencio y un murmullo con altibajos al otro lado del teléfono.

—La línea debe de estar mal. ¡No puedo creer lo que acabo de oír! Dígalo de nuevo.

El agente del Gobierno se levantaba poco a poco de la silla con el auricular pegado a la oreja. Miró por la ventana, luego miró el techo y, después, miró las paredes. Muy despacio, volvió a sentarse.

—Repítalo.

El teléfono hacía ruidos.

—¿El senador Hamfritt, ha dicho? Espere un momento, que ya le llamo yo.

El agente colgó, se volvió con su silla giratoria y se quedó mirando el césped de la Casa Blanca. Luego, estiró el brazo y pulsó el botón del intercomunicador.

En cuanto su secretaria abrió la puerta, le dijo:

—Siéntese, que quiero que oiga esto.

Descolgó el teléfono, marcó un número y puso el altavoz.

Nada más oír una voz al otro lado, soltó:

—Soy Elliot. ¿Ha llamado usted hace un instante? Ha llamado. A ver, empiece otra vez con los detalles. ¿El senador Hamfritt, ha dicho? ¿En un casino indio? ¿En Dakota del Norte? Sí. ¿Cuántos senadores? ¿Trece? ¿Que estuvieron allí anoche? ¿Está usted seguro de todo esto? Y ¿no estaba borracho? Estaba borracho. A ver, es tarde, pero voy a llamar al presidente.

El agente colgó el auricular y miró despacio a su secretaria.

—¿Sabe el idiota ese de Hamfritt?

La mujer asintió.

—¿Sabe lo que ha hecho ese tonto de las narices?

—Me tiene usted en ascuas.

—Pues resulta que fue ayer a una reserva india de Dakota del Norte con otros doce senadores y les dijeron a los indios que estaban investigando unos sucesos acaecidos en su territorio.

La secretaria esperaba en silencio.

—Luego se puso a jugar a la ruleta con el jefe de la tribu más

importante, el jefe Nube de Hierro. La cuestión es que apostó la ciudad de Nueva York… y la perdió.

La secretaria se inclinó hacia delante.

—A raíz de aquello, empezaron a apostar diferentes estados… ¡y también los perdieron! Para las dos de la noche, bebiendo mano a mano con el jefe indio, ¡habían perdido todos los Estados Unidos de América!

—¡Santo Dios!

—Estoy pensando en quitarme la vida, pero, claro, ¿quién llamaría entonces a la Casa Blanca y pondría al tanto de la situación al presidente?

—Yo, desde luego, no.

El presidente de los Estados Unidos corría por el asfalto del aeropuerto.

—¡Señor presidente —le gritó uno de sus ayudantes—, que va usted sin vestir!

El presidente bajó la vista y se dio cuenta de que aún llevaba el pijama por debajo del abrigo.

—¡Me cambiaré en el avión! ¿Adónde demonios vamos?

El ayudante se volvió hacia el piloto:

—¿Adónde demonios vamos?

El piloto consultó la hoja de ruta y respondió:

—Al casino The Pocahontas Big Red, en Ojibway, Dakota del Norte.

—¿Y dónde narices está eso? —preguntó el presidente.

—En la frontera con Canadá —respondió el ayudante—. Es seguro. Allí solo votan los caribús. El año pasado hubo un corrimiento de tierras.

—Y ¿ya es el aeropuerto lo bastante grande para el Air Force One?

—Más o menos.

—¿Qué hora es?

—Las tres de la mañana.

—¡Ay, Dios mío!, Lo que hay que hacer para llevar un país.

Ya a bordo, el presidente se sentó mientras le servían una bebida.

—A ver, deme los detalles —pidió.

—Bueno… pues la cuestión es la siguiente, señor presidente: resulta que hubo una reunión de senadores demócratas en Dakota del Norte y trece de ellos acabaron en el casino The Pocahontas Big Red para correrse una juerga.

—Y se la corrieron… ¡se la corrieron!

—Bueno, la cuestión es que una cosa llevó a la otra y… y acabaron entregando el país entero.

—¿En una sola tirada de dados?

—No, por lo que tengo entendido, fueron perdiendo el país estado a estado.

—Ay, Dios mío…

—Para ser exactos, lo primero que perdieron fue la capital de Nueva York. Ahora bien, el primer estado que perdieron fue Florida.

—No me extraña.

—Después de eso perdieron la mayoría de los estados del sur. Al parecer, por no sé qué de la guerra de Secesión.

—¿Cómo dice?

—Es que no lo sé, señor. Aún estoy un poco confundido. Ahora bien, la guerra de Secesión siempre ha estado ahí para muchos y sería de entender que los demócratas del sur quisieran devolvérsela a los rojos.

—Y luego, ¿qué paso?

—Bueno, pues que fueron perdiendo un estado tras otro. Arizona fue el último y, con un funesto lanzamiento de dados, América la Bella, de brillante océano a brillante océano, pasó a pertenecerle a Nube de Hierro.

—¿Ese es el jefe indio?

—Sí. Es quien lleva el casino.

El presidente reflexionó y, al cabo de un rato, comentó:

—Bueno, pues si ellos saben beber, yo también. Sírvame otra copa.

El presidente de los Estados Unidos entró de golpe en el casino The Pocahontas Big Red y miró a su alrededor.

—¿Dónde está la habitación llena de humo?

Su ayudante señaló en una dirección.

—¿Y dónde están los tontos de las narices que apostaron el país?

—En dicha habitación, por supuesto.

El presidente entró en la habitación y cerró la puerta de golpe para sobresaltar a los trece senadores que estaban de pie mirando al suelo.

—¡Siéntense! ¡No, no, permanezcan de pie mientras les canto las cuarenta! ¡Atiendan! ¿Están sobrios?

Todos asintieron.

—En ese caso, necesitamos una copa. Todos.

Smith, el ayudante del presidente, salió apresuradamente de la habitación. En unos momentos regresó con vodka.

—Muy bien, beban ustedes y resolvamos este entuerto.

Los miró con el ceño fruncido y les dijo:

—Por amor de Dios, han hecho ustedes que las fiestas de los Rolling Stones parezcan la Última Cena.

A aquella frase le siguió un largo silencio.

—¿Quién fue el responsable, el senador Hamfat?

—Hamfritt —murmuró uno de los senadores.

—Hamfritt. Un momento. Smith, ¿se han enterado ya los medios de esto?

—Aún no, señor.

—Dios bendito… como se enteren… ¡ya podemos darnos por muertos!

—Hace una hora llamaron de la CNN preguntando qué era lo que estaba pasando…

—Envíeles un sicario.

—No podemos hacer eso, señor presidente.

—Inténtelo.

El presidente se volvió hacia los trece senadores y continuó:

—A ver, cuéntenme qué sucedió para que entregaran ustedes nuestras majestuosas montañas púrpuras y llanuras de frutales.

—No fue todo de golpe, ¡hala, sin más! —comentó uno de los senadores—. Sucedió… a trozos.

—¡A trozos! —gritó el presidente.

—Empezamos poco a poco… pero la cosa fue embalándose. Al principio estuvimos jugando al póker, pero nos emocionamos y pasamos al *blackjack*. Un rato después, la ruleta parecía la mejor opción.

—La ruleta, claro. De esa manera se pierde todo más rápido.

—Sí… más rápido.

Los senadores se mostraron de acuerdo al tiempo que asentían.

—Y, bueno, ya sabe usted lo que pasa cuando uno va perdiendo… dobla las apuestas. Así que empezamos a doblarlas y les ofrecimos a los indios Carolina del Norte y Carolina del Sur… ¡y ay… por Dios… que también las perdimos! Seguimos bebiendo, se nos subió a la cabeza y les ofrecimos Dakota del Norte y Dakota del Sur… ¡y también las perdimos!

—Sigan.

—Entonces apostamos California.

—¿Esa también era una apuesta doble?

—Sí, señor. California, de hecho, cuenta como cuatro estados: el norte, el sur, Hollywood y Los Ángeles.

—Ah, claro.

—Bueno, la cosa es que, en cuestión de horas, lo habíamos perdido todo y alguien comentó que quizás debiéramos llamar a Washington.

—No saben cuánto me alegro de que se les ocurriera. Smith, ¿algo de esta payasada es vinculante legalmente?

—Solo si tiene usted en cuenta las reacciones de Francia, Alemania, Rusia, Japón y China, señor presidente.

—Entendido. Y ¿hay algún abogado en este maldito casino?

—Por supuesto. Solo arriba, jugando al póker, debe de haber un centenar. ¿Voy a buscar alguno?

—¿Es que se ha vuelto loco? ¡En unas pocas horas estaríamos hasta el cuello de mierda!

El presidente se sentó y así estuvo largo rato, con los ojos cerrados, agarrándose las rodillas, con los nudillos blancos, como si estuviera subiendo una montaña a ciegas.

Se humedeció los labios una decena de veces, pero, hasta que no se agarró las rodillas con más fuerza, no empezó a echar humo y a sisear y a balbucear:

—¡Tontos de capirote! ¡Bobos de las narices! ¡Imbéciles…!

—Sí, señor —se mostró de acuerdo uno de los senadores.

—¡No he acabado!

—No, señor.

—¡De todos los patanes, necios…!

El presidente se detuvo.

—Memos —sugirió otro de los senadores.

—¡Borrachines! ¡Gilipollas!

Todos asintieron.

—¡Chalados! ¡Tarados! ¡Locos! ¡Burros! ¡Por Dios! ¡Por Dios bendito!

El presidente abrió los ojos y prosiguió:

—¿Se dan ustedes cuenta de que, en comparación con esto, las Naciones Unidas van a parecer una reunión de angelitos? ¡Un congreso de Einsteins! ¡Una casa llena de padres, hijos y espíritus santos!

Se hizo el silencio.

—Señor presidente… señor… tiene usted la cara muy roja.

—Pensaba que, a estas alturas, la tendría ya de color púrpura. ¿Hay algún artículo en la Constitución que permita al presidente apalear, matar, masacrar, colgar, electrocutar o cortar en pedacitos a los idiotas de sus senadores?

—No, señor presidente, en la Constitución no hay nada así —respondió Smith.

—Pues quiero que sea un punto que tratar en la próxima sesión del Congreso. Apúntelo.

Por fin se quedó callado y dejó caer las manos a los lados. Se las miró como si en ellas fuera a encontrar alguna solución. Empezó a llorar.

—¿Qué vamos a hacer? —se lamentó—. ¿Qué vamos a hacer?

—Señor presidente…

—¿Qué vamos a hacer? —insistía el presidente.

—Señor.

El presidente levantó la cabeza. En la estancia acababa de entrar un nativo americano vestido elegante y con chistera. Era bajito y le recordaba a un pato.

Aquel nativo americano tan elegante y bajito dijo:

—¿Me permite, señor? El jefe del Consejo Iroqués Waukesha Chippewa y dueño de este casino, y ahora propietario de los Estados Unidos de América, se pregunta si querría usted reunirse con él.

El presidente de los Estados Unidos hizo el ademán de ponerse de pie.

—No se levante.

El nativo americano bajito de la chistera dio media vuelta y abrió la puerta. Al instante, una sombra solemne con la mirada dura entró en la estancia como si se deslizase.

El hombre caminaba con los pies enfundados en unos mocasines de piel de gato montés y parecía una sombra alta que tuviera su propia sombra. Debía de rondar los dos metros diez y la expresión de su cara, serena, hacía que el hombre pareciera la encarnación de la eternidad. El rostro de presidentes muertos y valientes indios caídos cobraron vida en la cara del recién llegado, que parecía un precipicio.

Alguien, puede que el sirviente de corta estatura, estaba canturreando una tonada de celebración por lo bajo, una canción que hablaba de un jefe y de saludarlo.

Una voz potente que parecía una tormenta apagada salió de las alturas en las que se encontraba la boca de aquel dueño de casinos.

El sirviente bajito traducía sus palabras:

—Se pregunta que cuál es el problema.

Al oír aquello, los senadores tuvieron el impulso colectivo de echar a correr hacia la puerta, pero el ruido que hicieron las venas de la frente del presidente de los Estados Unidos al hincharse hizo que se quedaran plantados donde estaban.

El presidente se masajeó las sienes para ver si así relajaba aquellas venas y susurró:

—Nos ha robado usted el país.

La voz profunda habló desde las alturas y la tradujeron a ras de suelo:

—Uno por uno, todos los estados.

Desde aquella gran altura, un murmullo descendió hasta el indio bajito, que asintió en varias ocasiones.

—Propone que jueguen una última partida. El jefe está dispuesto a darles otra oportunidad… en la que incluso podría perder el país.

Un temblor, como si se tratase de un gran terremoto, sacudió a los senadores. Todos ellos esbozaron sonrisas nerviosas. El presidente a punto estuvo de desmayarse, pero se contuvo.

—¿Una última partida? —gimió—. Pero ¿y si perdemos de nuevo? De hecho, ¿qué podemos ofrecerle ahora mismo?

El indio pequeño levantó la cabeza para parlamentar con el gran jefe del color de la madera roja y, un rato después, por fin, respondió:

—Nos dan ustedes Francia y Alemania.

—¡Eso no podemos hacerlo! —gritó el presidente.

—¿Ah, no? —dijo la voz, que era como una tormenta.

El presidente menguó dos tallas en su traje.

—Pues…

La sombra, en las alturas, se movía como el invierno.

—¡…Pues! —exclamó el que había sido presidente de los Estados Unidos hasta hacía unas horas.

—Las reglas —empezó a decir el intérprete bajito—: si pierden ustedes, nos quedamos los Estados Unidos y construyen casinos en los cincuenta estados, además de colegios, institutos y universidades por todos los territorios indios. ¿Estamos de acuerdo?

El presidente de los Estados Unidos asintió.

—Y, si ganan ustedes —continuó el indio del sombrero de copa—, recuperan los estados, pero lo demás se queda igual: tienen que construir centros de enseñanza y casinos en todos los territorios por mucho que hayan ganado.

—¡Es increíble! —exclamó el presidente—. ¡No pueden aplicar ustedes las mismas reglas ganen o pierdan!

La sombra susurró:

—Es lo que hay.

El presidente tragó saliva y respondió:

—Empecemos.

El dueño de los cincuenta estados movió la mano, que con aquellos dedos tan grandes parecía una pala excavadora, y enseguida vieron todos que llevaba una baraja en ella.

—Trato hecho —dijo con aquella voz de tierra adentro.

El presidente notó que tenía inertes brazos y piernas.

—Al *blackjack* —susurró el indio pequeño—. Dos cartas cada uno.

Poco a poco, el presidente de los Estados Unidos tomó dos cartas y las dejó bocabajo frente a él.

Una voz retumbó desde lo alto.

El pequeño tradujo:

—Usted primero.

El presidente echó un vistazo a las cartas y esbozó una amplia sonrisa. Intentó controlarla, pero fue en vano. Entonces, levantó la vista para mirar al enorme jefe indio y dijo:

—Le toca.

Truenos en lo alto.

—Primero, veamos su mano —dijo el intérprete.

El presidente de los Estados Unidos les dio la vuelta a sus cartas. Sumaban diecinueve.

—Le toca —insistió el presidente.

De nuevo truenos, y el diminuto indio dijo:

—Gana usted.

—Y eso, ¿cómo lo sabe? No les ha dado la vuelta a sus cartas. Puede que tenga usted veinte, ¡o incluso veintiuno!

El tiempo cambió en la zona alta de la estancia y el pequeño indio insistió:

—Gana usted, el país es suyo. Ahora bien, falta una cosa.

Y le tendió un papel al presidente. En el papel ponía: «Veintiséis dólares y noventa centavos».

—Eso es lo que se pagó por Manhattan hace muchas lunas.

El presidente sacó la cartera.

Una voz retumbó en lo alto.

—Dice que solo billetes pequeños.

El presidente tendió el dinero y el descomunal indio adelantó aquella mano del color de la madera roja y lo tomó.

Allí arriba, muy cerca del techo, la voz atronó de nuevo.

—Y ahora, ¿qué quiere?

El intérprete le tradujo:

—Dice que espera que construyan ustedes muchos barcos y que irá al muelle a desearles buen viaje de vuelta allá de donde ustedes provengan.

—Así que eso ha dicho, ¿eh?

El presidente de los Estados Unidos se quedó mirando las cartas del jefe, que ni siquiera las había tocado.

—¿No tengo ni siquiera la opción de verlas para quedarme tranquilo y que no piense que los he estafado?

El indio de corta estatura negó con la cabeza.

El presidente se puso de pie, fue a la puerta y preguntó:

—Y ¿a qué ha venido eso de los barcos? No vamos a ir a ninguna parte.

En las alturas, una voz susurró:

—Ah, ¿no?

Y el presidente de los Estados Unidos salió de allí con las orejas gachas, seguido por sus senadores.

Actuaremos con naturalidad

Eran eso de las siete de la tarde. Susan no dejaba de levantarse y de mirar por la ventana del porche, colina abajo, a las vías, por donde pasaban trenes que iban dejando un rastro de humo ascendente. Las luces verdes y rojas se reflejaban en sus ojos marrones. En la oscuridad, su mano rechoncha era una oscuridad aún mayor. No dejaba de fruncir los labios y de mirar el reloj.

—Ese reloj debe de ir adelantado —dijo—. Ese viejo reloj de hojalata está loco.

—No, no lo está —lo defendió Linda, que se encontraba en una esquina con un montón de discos para el fonógrafo en sus negras manos.

Parecía que estuviera barajándolos. Eligió uno, lo miró, lo puso en la grafonola y dio cuerda al aparato.

—Mamá, ¿por qué no te sientas y dejas de preocuparte?

—Aún tengo bien los pies. No soy tan vieja.

—Si viene, ya vendrá, y, si no viene… pues tal día hará un año. No puedes hacer nada para que el tren vaya más rápido ni puedes acercarte a agitar las señales arriba y abajo. ¿A qué hora dijo que venía?

—A las siete y cuarto dijo que llegaba el tren y que estaría en la estación media hora, de camino a Nueva York, que bajaría y que tomaría un taxi para venir aquí, que no fuera a esperarlo a la estación.

—Se avergüenza de ti, esa es la cuestión —soltó Linda desdeñosa.

—¡O te callas o te enteras! Es un buen hombre. Trabajé para su familia cuando él no era mucho más grande que mi mano. Solía llevarlo al centro en el hombro. ¡Qué va a avergonzarse de mí!

—Eso fue hace quince años. Ha pasado mucho tiempo. Ahora es mayor.

—Me envió su libro, ¿no? —dijo Susan indignada.

Echó mano a la ajada silla, tomó el libro y lo abrió para leer la dedicatoria de la primera página:

—«Para mi querida Mami Susan, con todo mi amor» —y cerró el libro de golpe—. ¡Ahí lo tienes!

—Eso no quiere decir nada. Solo son unas palabras escritas. Cualquiera podría escribir eso.

—Ya me has oído.

—Gana cien mil dólares al año, ¿por qué iba a invertir su tiempo en venir a verte?

—Porque le recuerdo a su madre y a su padre, y a su abuela y a su abuelo, porque yo trabajé para ellos. Treinta años estuve trabajando para esa familia. Por eso va a venir a verme. Además, teniendo en cuenta que es escritor, ¿por qué no iba a querer verme y hablar de aquella época?

—¡Yo qué sé! A mí que me registren.

—Va a llegar en el tren de las siete y cuarto, ya lo verás.

La grafonola empezó a tocar el *Pretty Baby* del Knickerbocker Quartette.

—¡Apaga ese cacharro!

—No le hace mal a nadie.

—¡No me deja oír!

—No necesitas los oídos, que para eso tienes los ojos. Lo verás llegar, ¿no?

Susan se acercó al aparato y bajó la palanca. De inmediato, las voces murieron. El silencio era agudo y opresivo.

—Hala, ahora ya puedo pensar de nuevo —soltó mientras miraba a su hija.

—Y ¿qué vas a hacer cuando venga? —le preguntó esta con los ojos entornados y el gesto pícaro.

—¿A qué te refieres? —preguntó Susan cautelosa.

—¿Vas a darle un beso? ¿Vas a abrazarlo?

—Pues no lo sé… No lo había pensado.

Linda se echó a reír.

—Pues será mejor que empieces a pensarlo. Ahora es un chico crecidito; ya no es ningún niño. Puede que ya no le guste que le den besos y lo abracen.

—Ya veré qué hago cuando sea el momento —respondió volviéndose y arrugando la frente ligeramente, pues tenía ganas de darle una bofetada a su hija—, así que deja de meterme ideas en la cabeza. Actuaremos con naturalidad, como siempre.

—Ya verás como se limita a darte la mano y se queda sentado en el borde de la silla.

—Lo dudo mucho. Siempre me reí mucho con él.

—Seguro que no te llama «mami». Te llamará «señora Jones».

—Solía llamarme «tía Jemima» porque decía que me parecía mucho a ella y siempre quería que fuera yo quien le preparara las tortitas. Era el niño más mono que te puedas imaginar.

—Por las fotos que he visto, ahora tampoco está nada mal.

Susan cerró los ojos unos instantes, pero no dijo nada. Al rato,

respondió:

—Tendrían que lavarte la boca con lejía.

Luego, apartó la cortina de la ventana y volvió a mirar hacia la estación, a buscar humo en el horizonte. De repente, pegó un grito:

—¡Allí está! ¡Por allí viene! ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —exclamó mirando el reloj como loca—. ¡Justo a tiempo! ¡Mira! ¡Mira!

—Ya sé cómo es un tren.

—¡Allí viene! ¡Mira el humo!

—¡He visto humo para toda la vida!

El tren entró rugiendo en la estación rodeado de estruendo y campanas y el fuerte sonido de una especie de combustión.

—Ya no va a tardar —comentó Susan al tiempo que sonreía y su diente de oro quedaba a la vista.

—Por si acaso, no contengas el aliento.

—Me siento tan bien que puedes burlarte cuanto quieras. ¡Me siento bien!

El tren se había detenido y los pasajeros habían empezado a bajar de él. Susan los veía, pequeños, muy pequeños, al pie de la colina, en la estación de cemento, moviéndose de un lado para el otro, apiñándose. Pensó en él y en el aspecto que tenía ahora y en el que había tenido en su día. Recordó aquella vez en que había vuelto del colegio, con siete años, y se había olvidado de despedirse de ella. Ella vivía en una casa de los arrabales del pueblo. Cada tarde tomaba el trolebús a las cuatro en punto y a él se le había olvidado acompañarla hasta la parada. El niño había corrido calle abajo, llorando, tras ella y la había alcanzado a tiempo de abrazarla, sollozando contra sus piernas mientras ella lo acariciaba y lo arrullaba.

—Tú nunca lo has hecho —comentó Susan molesta.

—¿El qué? —le preguntó Linda sorprendida.

—Da lo mismo —respondió la madre antes de sumirse una vez más en sus recuerdos.

También recordó aquella vez en que, cuando el niño tenía trece años y volvía de haber pasado dos en California, la había encontrado en la cocina de su abuela y la había alcanzado y le había dado vueltas, riendo, y la había abrazado. Sonrió al pensarlo. Era un buen recuerdo. Y, ahora, quince años después, aquel niño era un gran guionista de Hollywood que iba de camino al estreno de una de sus obras en Nueva York. En el buzón, hacía seis meses, había encontrado el primer libro que publicaba y, ayer, la carta en la que ponía que bajaría del tren para ir a verla. Esa noche no había dormido bien.

—Ningún hombre blanco se merece todo esto —comentó Linda—. Me voy a casa.

—Siéntate —le ordenó su madre.

—No quiero estar aquí cuando no aparezca. Luego te llamo.

Fue hasta la puerta y la abrió.

—Vuelve aquí y siéntate, que llegará de un momento a otro.

Linda permaneció en la puerta, sin abrirla del todo. La cerró y esperó un minuto, apoyada en silencio contra ella, sacudiendo la cabeza.

—¡Un taxi amarillo sube por la colina! —exclamó Susan pegada al cristal—. ¡Seguro que es él!

—Qué mal vas a sentirte por la mañana.

Esperaron.

—¡Ay! —Susan parpadeaba.

—¿Qué sucede?

—Que el taxi de las narices ha girado y ha tomado otra dirección…

—Seguro que está allí abajo, sentado en el vagón reservado, tomando algo. Seguro que está con otros hombres y que no puede escapar de ellos por miedo a contarles lo que pretende hacer en un pueblecito como este… eso de tomar un taxi para ir a ver a una mujer negra que era amiga suya.

—Él no es así. Seguro que ya está en el taxi. Estoy convencida.

Pasaron diez minutos. Quince.

—Ya debería haber llegado… —dijo Susan.

—Pues aquí no está.

—Quizás no sea ese el tren. Puede que el reloj esté mal.

—¿Quieres que llame a los del Boletín Horario?

—¡Ni te acerques al teléfono!

—Vale, vale… era una idea.

—¡Ay, tus ideas… tus ideas! ¡Apártate de él! —dijo Susan levantando una mano y con el gesto torcido.

Siguieron esperando. El reloj seguía su curso.

—¿Sabes qué haría yo en tu lugar? Iría a la estación, subiría al tren y preguntaría dónde está el señor Borden. Lo buscaría hasta que diera con él. Y seguro que lo encontraría con sus amigotes en el vagón reservado, bebiendo algo. Me acercaría a él y le diría: «Mira, Richard Borden, te conozco desde que te hacías pis en los pantalones ¡y dijiste que ibas a venir a verme! ¿Por qué no lo has hecho?», eso es lo que le diría, en su cara, ¡delante de todos esos amigos suyos!

Susan no dijo nada. Eran las ocho menos veinticinco. En diez minutos el tren abandonaría la estación. «Se retrasa», pensó. «Seguro que viene. Él no es así».

—Bueno, mamá, me voy a casa. Luego te llamo.

Esta vez, Susan no hizo nada por retener a Linda. Oyó cómo su hija cerraba la puerta y sus pasos escaleras abajo.

Cuando Linda se fue, Susan se sintió mejor. Sintió que, ahora, sin la influencia negativa de su hija, Richard no tardaría en llegar. Richard había estado esperando a que Linda se fuera ¡para estar a solas con ella!

«Está allí abajo… en algún lado —pensó —. En ese tren».

Sintió como si se le arrugara el corazón. ¿Y si estaba en el bar del tren bebiendo una copa, tal y como había asegurado Linda? ¡No! Puede que se hubiera olvidado. ¡Puede que ni siquiera recordara que aquel era el pueblo en el que había nacido! Tenía que haber algún error. El revisor debía de haberse olvidado de avisar. Algo había pasado. Se frotó las manos. Allí sentado, en el cálido vagón reservado, bebiendo. Allí sentado, después de quince años. Todas aquellas luces amarillas y resplandecientes del tren, el humo, que empezaba a ascender de nuevo.

«¡Vamos, Richard! ¡Si no vienes, se lo contaré a tu mamá!». Le costaba respirar. Se sintió muy vieja. «Si no vienes enseguida, haré lo que me ha propuesto Linda, ¡bajaré y te pondré en tu sitio!».

No, no iba a hacerlo. No iba a avergonzarlo delante de sus amigos. No, así no se hacían las cosas. Pues que se quedara allí sentado. Tenía que haber un error. Aquel reloj estaba loco.

El tren pegó un chillido de advertencia.

«No… no pueden estar preparándose para irse…».

Vio cómo los pasajeros subían al tren. «Seguro que está enfermo». Seguro que ni siquiera había subido al tren. Era muy probable que siguiera en Chicago. Seguro. «Porque, si está en ese tren, ahí sentado, y no ha bajado e intentado tomar un taxi…». Quizás no hubiera habido taxis suficientes. ¿Habría estado dando vueltas por la estación, por el pueblo? ¿Habría mirado colina arriba, a la casa en la que vivía ella? ¿Se pondría en contacto con ella al día siguiente desde Nueva York? ¿Volvería a ponerse en contacto con ella alguna vez? No, jamás. Bueno, claro… siempre que estuviera en aquel tren. Nunca iba a volver a escribirla.

El silbato del tren sonó de nuevo. Una gran nube de humo se elevó por el cielo nocturno.

Instantes después, con una sacudida, el tren se movió, fue saliendo de la estación, tomando velocidad… hasta que desapareció de la vista.

Susan siguió junto a la ventana. La casa estaba en silencio. Miró el horizonte, hacia el oeste. Seguro que aquel no era el tren. Llegaría otro en cualquier momento. Tomó el reloj despertador, que soltó un

chasquidito metálico.

—¡Ay, reloj de las narices, mira que darme mal la hora!

Se levantó, lo tiró a la basura y volvió a la ventana.

Al cabo de un rato sonó el teléfono. Susan no se giró. Volvió a sonar, insistente. Susan seguía mirando el horizonte. El teléfono sonó seis veces más. No callaba.

Por fin, Susan se volvió y descolgó el auricular. Lo tuvo en la mano unos instantes antes de llevárselo a la oreja.

—¿Mamá?

Era Linda.

—Mamá, ven a pasar la noche a mi casa. Sé cómo te sientes.

—¿A qué te refieres? —le gritó al micrófono—. ¡Acaba de estar aquí!

—¿Qué?

—Pues sí… y es alto y atractivo. Ha llegado en un taxi amarillo y ha estado un ratito. Y ¿sabes qué he hecho? ¡Le he dado un abrazo y un beso y hemos bailado!

—¡Ay, mamá!

—Ha hablado mucho conmigo y nos hemos reído y me ha dado un billete de diez dólares y hemos estado recordando los viejos tiempos, a la gente y todo eso… y, luego, ha vuelto al taxi amarillo y ha regresado al tren. ¡Es todo un caballero!

—¡Mamá, cuánto me alegro!

—Pues sí —comentó Susan sin dejar de mirar por la ventana. Le temblaba la mano con la que sujetaba el teléfono—. ¡Es todo un caballero!

¡Olé, Orozco! ¡Siqueiros, sí!

Sam Walter entró de golpe en mi oficina, se quedó mirando los pósteres de coleccionista que tenía colgados en las paredes y me preguntó:

—¿Qué sabes de los principales artistas mexicanos?

—Rivera. Martínez. Delgado. ¿Qué te parece?

Sam tiró un folleto de color brillante en mi mesa:

—¡Lee!

Leí lo que vi en grandes letras rojas:

—«¡Siqueiros, sí! ¡Orozco, olé!» —y seguí leyendo—: «Galería Gambit, Boyle Heights». ¿Van a hacer una exposición de Orozco y de Siqueiros al otro lado del río?

—Lee la letra pequeña.

Sam dio unos golpecitos con el dedo en el folleto.

—Una exposición conmemorativa con las mejores obras de Sebastián Rodríguez, heredero al trono de Siqueiros y Orozco.

—Vamos a ir. Fíjate en la fecha.

—El 20 de abril… ¡Pero si es hoy! ¡A las dos! ¡Dentro de una hora! ¡No puedo…!

—Claro que puedes. Eres experto en arte, ¿no? No es una inauguración… es un cierre. Es un funeral.

—¿Un funeral?

—El pintor, Sebastián Rodríguez, va a asistir, pero muerto.

—¿Cómo dices?

—Es un velatorio. Su madre y su padre van a asistir. Sus hermanos van a asistir. El cardenal Mahoney se va a dejar caer.

—¡Dios mío! ¿Tan bueno era? ¡Cuánta gente!

—Se suponía que iba a ser una fiesta, pero murió en una caída. La cuestión es que, en vez de cancelarlo todo, van a traer su cadáver. Va a ser como una especie de misa, con velas, un coro vestido con encaje…

—¡Por Dios!

—Ya te digo.

—¡Por Dios! Una misa funeral para un pintor desconocido en una galería de cuarta fila en Boyle Heights… un barrio lleno de mexicanos y judíos…

—Dale la vuelta al folleto. Los fantasmas de Orozco y de Siqueiros

van a asistir.

Le di la vuelta al folleto y contuve el aliento.

—¡Ay la leche!

—Ya te digo.

En la autopista, camino de Boyle Heights, un barrio lleno de hispanos y judíos, farfullé:

—¡Este tipo es un genio! ¿Cómo has dado con él?

—Por la Policía —respondió Sam, que conducía.

—¿Cómo dices?

—Por la Policía. Era un criminal. Pasó unas horas en la cárcel.

—¡Unas horas! ¿Qué hizo?

—Algo gordo. No te lo podrías creer. Ahora bien, tampoco era para que lo metieran en la trena. Gordo por un lado… poca cosa por el otro. ¡Mira!

Miré.

—¿Ves eso de ahí arriba?

—¿El puente? ¡Ya ha quedado atrás! ¿Por qué?

—De ahí es de donde se cayó.

—¿Saltó?

—No, se cayó.

Sam aceleró.

—¿Te has fijado en algo más?

—¿En qué?

—En lo de arriba. En el puente.

—¿En qué tenía que fijarme? Es que vas muy deprisa.

—Ya volveremos, y lo verás.

—¿Donde murió?

—Donde pasó sus mejores horas y luego… murió.

—¿Cuando era el fantasma de Orozco y de Siqueiros?

—¡Acertaste!

Sam dejó la autopista.

—¡Ya hemos llegado!

Aquello no era una galería de arte, era una iglesia.

En todas las paredes había cuadros de colores luminosos, todos ellos de un brillo tan sorprendente que parecía que saltaran en el aire envueltos en llamas. También había otras llamas. Entre doscientas y trescientas velas relucían en aquel gran circo de la vasta galería. Llevaban horas encendidas y su llama te llevaba al verano, por lo que olvidabas que corría el mes de abril.

El pintor estaba allí, pero preocupado por su nueva ocupación, una eternidad de silencio que rellenar.

No estaba en un ataúd, sino tumbado en un dique nuboso de tela blanca como la nieve que parecía que lo trasladase por entre las constelaciones de velas, cuya luz retembló de repente debido a la corriente que se produjo cuando un clérigo entró por una puerta lateral.

Reconocí al clérigo de inmediato: Carlos Jesús Montoya, guardián de un enorme rebaño de latinos que vivían a ambos lados del cauce seco del río de Los Ángeles. Carlos Jesús, sacerdote, poeta, aventurero en bosques pluviales, asesino del amor de diez mil mujeres, protagonista, místico y, ahora, crítico para la Art News Quarterly, se encontraba en la proa de un oficio que se hundía en llamas y sondeaba las paredes en las que estaban suspendidos los sueños perdidos de Sebastián Rodríguez.

Miré hacia donde miraba él y respiré hondo.

—¿Qué pasa? —susurró Sam.

—Que estas pinturas —dije elevando la voz— no son pinturas. ¡Son fotografías en color!

—¡Chist!

Alguien pidió mi silencio.

—Habla más bajo —me susurró Sam.

—Pero…

—Estaba todo planeado —dijo Sam mirando a su alrededor nervioso—. Primero las fotografías para picar la curiosidad de la gente; luego, las verdaderas pinturas. Una doble inauguración.

—En cualquier caso, para ser fotos… —añadí— ¡son brillantes!

—¡Chist! —me dijo alguien aún más alto.

El gran Montoya me miraba desde el otro lado del mar de fuego estival.

—Unas fotografías brillantes —susurré.

Montoya me leyó los labios y asintió con majestuosidad, como un torero en una tarde sevillana.

—¡Espera un momento! —exclamé como si acabara de comprender algo—. Estas fotografías… ¡ya las he visto en alguna parte!

Carlos Jesus Montoya volvió a concentrar su mirada en las paredes.

—Ven —me dijo Sam mientras tiraba de mí hacia la puerta.

—¡Espera! ¡No rompas mi cadena de pensamiento!

—¡Idiota —me gritó Sam—, al final vas a conseguir que te maten!

Montoya también le leyó los labios a él y asintió ligeramente, casi

imperceptiblemente.

—¿Por qué iban a querer matarme?

—¡Porque sabes demasiado!

—¡Pero si no sé nada!

—¡Claro que sí! ¡Ándale! ¡Vámonos!

Y salimos de allí, del cálido verano al frío abril. Una nube de llorosas seguidoras, una masa oscura de mujeres tapadas de negro y convertidas en verdaderos manantiales, nos hizo a un lado.

—La familia no te llora con tanta intensidad —me apuntó Sam—. Son las amantes.

Me quedé escuchándolas.

—No cabe duda.

Oímos más llantos. Más mujeres, más grandes y rechonchas, seguidas por un caballero solemne, elegante y silencioso como un banderín.

—La familia —me explicó Sam.

—Pero… nos vamos muy pronto, ¿no?

—Hay una crisis. Quería que lo vieras todo para que lo apreciaras como un observador virgen, para que no juzgases antes de aferrarte a la realidad.

—¿Cuánto pides por esa bolsa de estiércol que acabas de recolectar?

—De estiércol nada. Es la sangre del artista, sus sueños y los juicios tanto buenos como malos de los críticos.

—Dame la bolsa, que ya la lleno yo.

—No. Vuelve a entrar y vuelve a mirar esa genialidad, esa verdad que pronto empezará a corromperse.

—Tú solo hablas así a última hora del sábado, con la ropa puesta y la botella vacía.

—Pues no es sábado. Y esta es mi botella. Bebe. Echa un trago más. Una última mirada.

Bebí y me quedé frente a la puerta, donde el tiempo de la cosecha olía a cera caliente.

Lejos de allí, el calmado Sebastián iba a la deriva en su barco de tela blanca. Algo más lejos un coro de niños piaba.

En la autopista, a toda velocidad, exclamé:

—¡Ya sé adónde vamos!

—Chist.

—Vamos al sitio del que saltó Sebastián Rodríguez.

—¡Del que se cayó!

—Se cayó y murió.

—Tú presta atención, que ya casi hemos llegado.

—¡Ya estamos! Reduce la velocidad. Ay, Dios mío… ¡ahí están!

Sam redujo la velocidad.

—¡Aparca! ¡Ay, Dios… no me lo puedo creer! ¡Mira!

—¡Sí, sí!

Y es que allí estaban, en el paso elevado que cruzaba la autopista.

—¡Las pinturas de Sebastián que colgaban en las paredes de la galería!

—Eso eran fotos. Estas son las pinturas.

Y, en efecto, lo eran: más brillantes, de mayor tamaño, fenomenales, extraordinarias, cataclísmicas.

—Grafitis… —dije por fin.

—¡Pero menudos grafitis! —comentó Sam mientras los admiraba como si fueran las vidrieras de una catedral.

—¿Por qué no me has enseñado esto primero?

—Lo he hecho, pero las has visto de reojo y a cien kilómetros por hora. En estos momentos las estás viendo normal.

—Pero ¿por qué ahora?

—No quería que la realidad interfiriera con ese misterio de locos. Quería darte respuestas para que imaginaras todas las preguntas demenciales.

—Las fotografías de la galería, todos los grafitis que hay aquí… ¿qué fue primero, el huevo o la gallina?

—Mitad y mitad. El sacerdote Montoya pasó a toda velocidad por debajo de estos milagros hace un mes, volvió la cabeza para ver si había visto bien… y a punto estuvo de estrellarse contra una serie de vehículos que se habían alcanzado por detrás unos a otros.

—Así que él fue el primer coleccionista de arte de las anunciaciones y revelaciones sagradas que Sebastián hizo en la autopista.

—¡Eso es! Después de admirar estas bellezas latinoamericanas, salió corriendo a por una cámara. Las ampliaciones que hizo eran tan impresionantes, tan cautivadoras tanto para el ojo como para el alma, que Montoya concibió un plan maestro. Como la mayoría de las personas desdeñarían unos grafitis hechos en una autopista, ¿por qué no clavaba aquellos ramos candentes de Sebastián en las paredes de una galería para quemarle los ojos a la gente e inflamar su cartera? Luego, cuando fuera demasiado tarde para renegar, para cambiar de idea y para que le pidieran que les devolviera el dinero, escenificaría la gran revelación: «¡Si consideráis que estas obras son regalos de Dios que no podéis dejar de mirar —les gritaría Montoya— id a ver la Autopista 101, en el paso elevado 89!». Para eso colgó Montoya esas ventanas de vida ardorosa y se preparó para revelar la verdad a los

críticos cuando los tuviera a todos comiendo de la mano. El problema ha sido…

—Que Sebastián se cayó a la autopista antes de la inauguración.

—Se cayó… lo que puso en peligro su reputación.

—Creía que la muerte aumentaba las posibilidades de hacerse famoso que tiene un artista.

—En algunos casos sí y en otros… no. El caso de Sebastián era especial. Complicado. Cuando se cayó…

—¿Cómo es que se cayó?

—Estaba colgando bocabajo sobre la autopista, pintando, con un compañero sujetándolo por las piernas… y resulta que este compañero estornudó. Sí, amigo mío, estornudó… ¡y lo soltó!

—¡Por Dios!

—No querían contarle la verdad ni a su familia ni a nadie. ¡Joder, estaba pintando grafitis, que es ilegal, estaba bocabajo, y se cayó en mitad del tráfico! Lo hicieron pasar por un accidente de bicicleta… solo que, como imaginarás, nadie encontró la bicicleta. También le limpiaron la pintura incriminatoria de las manos antes de que llegara el forense. Y, claro, eso ha dejado a Montoya…

—Con una galería llena de fotografías artísticas, pero inútiles.

—¡No! ¡Con una galería llena de reliquias de valor incalculable de un artista que le hacía trampas a la vida y que ha muerto antes de tiempo, pero, gracias a Dios, dejando tras de sí una serie de fotografías inspiradoras ¡que van a alcanzar precios estratosféricos en la subasta! El cardenal Mahoney dio su visto bueno y ya no hay quien la detenga.

—Porque nadie ha contado dónde se encuentran las obras de arte originales, ¿no?

—Ni lo van a contar. Sus familiares lo habían advertido de que no anduviera por la autopista… ¡y mira lo que ha pasado! Podrían haber asistido a un festival en el que se celebrara el arte de Sebastián, con las fotografías de la galería y todo eso, pero… ¡ay!… ahora está todo en el paso elevado 89 de la Autopista 101… solo que él está muerto… y todo resulta muy melancólico y comercial. Fue a Montoya a quien se le ocurrió encender un millar de velas para dar forma a la iglesia de San Sebastián.

—¿Cuánta gente conoce esta historia?

—Montoya, el dueño de la galería… y puede que un par de sus tíos. Y ahora, tú y yo. Nadie se va a ir de la lengua con lo de la autopista. ¡Ni una palabra! Echa mano al asiento de atrás. ¿Qué tocas? ¿Qué sientes?

Eché mano al asiento de atrás, sin mirar.

—Parecen tres cubos.

—Y ¿qué más?

Seguí palpando.

—¡Un pincel grande!

—¿Entonces, los cubos…?

—¡Tres cubos de pintura!

—¡Eso es!

—Pero ¿para qué?

—Para tapar las obras maestras que Sebastián Rodríguez pintó en la autopista.

—¿Cubrir esos murales de valor incalculable!? ¿Para qué?

—Si los dejamos ahí, antes o después alguien dará con ellos, se dará cuenta de que son los de las fotografías de la galería ¡y se descubrirá el pastel!

—¿Y el mundo descubrirá que no era sino alguien que se jugaba la vida pintando grafitis en la autopista?

—O querrá admirar su genio y la gente que se quede mirando boquiabierta provocará accidentes de tráfico. De una u otra forma, no se pueden dejar ahí.

Levanté la vista y me quedé mirando los colores brillantes.

—Y… ¿quién va a cubrir los murales?

—¡Pues yo! —respondió Sam.

—Y ¿cómo lo vas a hacer?

—Vas a sujetarme bocabajo, por las rodillas. Eso sí, suénate bien antes, que no quiero nada de estornudos.

—¿Siqueiros, nada, Orozco, no?

—No, nada de nada.

Lo repetí tres veces para mí.

La casa

Era una casa vieja, increíble, sorprendente, que observaba muy atentamente la ciudad desde lo alto con los ojos bien abiertos. Los pájaros habían anidado en sus elevadas cúpulas, por lo que el sitio recordaba a una anciana despeinada, delgada y temerosa de la noche.

Maggie y William habían ascendido colina arriba en aquella ventosa noche de otoño y, en cuanto ella vio la casa, dejó en el suelo su maletín de Saks Fifth Avenue y comentó:

—Oh, no…

—¡Oh, sí!

Él llevaba su antigua y golpeada maleta con alegría.

—¡No me digas que no es una maravilla! ¡Mírala, es de un valor incalculable!

—¿Has pagado dos mil dólares por eso?

—Bueno, hace cincuenta años costó treinta mil. ¡Y ahora es nuestra! ¡No me lo puedo creer!

Maggie se quedó esperando a que el corazón le latiera de nuevo. Estaba mareada. Lo miró a él, miró la casa y dijo:

—Es… es como esas casas de Charles Addams, ¿no te parece? Ya sabes, ese que dibuja la viñeta de los vampiros en la The New Yorker.

Pero William ya había empezado a subir las escaleras. Ella se acercó a él con cuidado y subió también aquellos peldaños que no dejaron de quejarse bajo sus pies. La casa se elevaba ante ellos, con sus tres mansardas, con sus columnas acanaladas y pisos rococó, con sus torres y picos, con sus ventanas en voladizo preñadas de cristales rotos, con la fina capa de nicotina dejada por el paso de los años. Dentro se encontraron con el silencio de las polillas y las persianas y el mobiliario cubierto con sábanas, que hacían que el sitio pareciera un cementerio de tumbas blancas.

De nuevo, Maggie sintió como si todo se hiciera pequeño en ella. Cuando has vivido toda tu vida en una casa grande y limpia en una buena calle, con sirvientes que, sin que tú lo vieras, mantenían el orden, con un teléfono allí donde adelantaras la mano, con una bañera tan grande como una piscina y cuando el único ejercicio que hacías era levantar un pesadísimo martini seco, ¿qué vas a pensar cuando te enfrentas a una montaña de óxido, a una catacumba llena de fantasmas, a una casa gris sumida en el caos? «Ay, Dios —pensó ella

—, si la vida de los estadounidenses se está convirtiendo en esto, en menos casas y en precios de escándalo… ¿por qué se casa la gente?»

Le costaba no poner mala cara mientras William gritaba escaleras arriba y escaleras abajo, a toda prisa, contento, por las habitaciones, orgulloso como si hubiera sido él quien hubiera construido la casa.

—¡Soy el fantasma del padre de Hamlet! —exclamó mientras descendía por las escaleras en penumbra.

«…de Hamlet», se oyó que decía el eco desde lo alto de las escaleras, desde lo más alto de la casa.

William sonrió y señaló hacia arriba.

—¿Has oído eso? ¡Es el Escuchador, que vive en lo alto de la casa! ¡Es un viejo amigo mío! Oye todo lo que dices. Ayer mismo le comenté: ¡cuánto quiero a Maggie!

«Cuánto quiero a Maggie» comentó el Escuchador desde lo más alto de la casa.

—Tiene buen gusto el Escuchador, ¿eh? —comentó William mientras se acercaba a Maggie y la asía por los hombros—. ¡No me digas que no es perfecta!

—Grande es, desde luego, eso lo reconozco… y, desde luego, vieja también.

Maggie se quedó mirando a William, que la miraba a ella y, por la manera despaciosa en la que cambió su cara, la joven se dio cuenta de que no estaba consiguiendo transmitirle que le gustara aquella casa tan grande. Se había hecho una carrera en las medias de nailon con un clavo al entrar, se había manchado la carísima falda de tweed con la que había viajado desde San Francisco y…

William le asió las manos. La miró a la boca.

—No te gusta, ¿verdad?

—¡Oh, no es eso!

—Tendríamos que haber comprado aquella caravana…

—¡Ay, no digas tonterías! Es solo que… que tengo que acostumbrarme. ¿Quién iba a querer vivir en una caja de zapatos? ¡Aquí hay mucho más espacio!

—O quizás deberíamos haber esperado un año más para casarnos y haber comprado algo cuando tuviéramos más dinero.

—Puede que no vayamos a tener que pasar mucho tiempo aquí —comentó ella intentando mostrarse alegre.

No obstante, no era aquello lo que quería oír él. Él no quería irse de allí en la vida. William adoraba aquel sitio y quería arreglarlo de arriba abajo; miraba la casa de forma que transmitía permanencia.

—Aquí está el dormitorio.

William abrió la puerta de una estancia de la primera planta en la

que ardía una débil bombilla y en la que había una cama con dosel. El joven había barrido y fregado el suelo y había arreglado la cama para darle una sorpresa a su enamorada. En las paredes, cubiertas con un papel nuevo de tonos amarillos, había pinturas coloridas.

—Es bonita —comentó ella sin que se lo pareciera realmente.

William no la miró mientras le respondía:

—Me alegro de que te guste.

A la mañana siguiente, William iba de un lado para el otro de la casa, escaleras arriba, escaleras abajo, silbando, cantando, lleno del vigor que proporcionan el desayuno y las ideas. Maggie lo oía rasgando las viejas sombras, barriendo el salón, rompiendo lo poco que quedaba del cristal roto de una ventana de la cocina. Ella se quedó en la cama. El cálido y amarillo sol entraba por la ventana del sur y tocaba su mano, inerte sobre la colcha. Y allí permaneció, sin querer moverse, incrédula al oír a su resistente marido rebotando de estancia en estancia con el impulso de la inspiración. Sí, resistente. Lo herías o lo decepcionabas un día y, al siguiente, lo había olvidado por completo. Rebotaba de aquí para allí. Ella, desde luego, no tenía ganas de hacerlo. William era como una ristra de petardos explotando y resonando por toda la casa.

Se deslizó por la cama hasta abandonarla. «Venga, vamos a hacer algo» pensó. «Vamos a poner buena cara». Se miró en el espejo. «¿Habrá alguna manera de que me pinte una sonrisa?»

William le dio un trapo de polvo y un beso después del desayuno instantáneo y quemado.

—¡Adelante! ¡Arriba! ¡Vamos a ello! —gritaba—. ¿Te das cuenta de que la mayor preocupación del ser humano no es ni el amor, ni el sexo, ni tener lo que tienen sus vecinos? ¡No se preocupa ni por la fama ni por la fortuna! ¡No, señora, la más larga batalla del ser humano es contra el polvo, que se mete en toda esquina y resquicio de una casa! ¡Si nos sentáramos en una mecedora y nos meciéramos durante un año, acabaríamos cubiertos de polvo, las ciudades que nos rodean desaparecerían, los jardines serían desiertos y las habitaciones, cubos de basura! ¡Dios, ojalá pudiéramos agarrar la casa y sacudirla!

Trabajaron.

Ella acabó por cansarse. Primero empezó a dolerle la espalda y, entonces, dijo:

—Me duele la cabeza.

William le trajo una aspirina. Luego se apoderó de ella el agotamiento, porque allí había estancias para aburrir; de hecho, había perdido la cuenta. Y lo de las partículas de polvo en las habitaciones…

¡Dios, había miles de millones de ellas! La joven iba estornudando de un lado para el otro, sonándose, confundida y amargada.

—Será mejor que te sientes —le dijo él.

—No, estoy bien.

—De verdad, ve a descansar.

No lo decía sonriendo.

—No te preocupes por mí. Todavía no es ni la hora de comer.

Ese era el problema, que aquella era la primera mañana y Maggie ya estaba cansada. La joven notó que el sentimiento de culpabilidad hacía que se pusiera roja; porque aquel era un cansancio extraño provocado por esfuerzos innecesarios y acciones y tensiones superfluas. Uno solo puede engañarse hasta cierto punto. Estaba cansada, sí, pero no de trabajar, sino de aquella casa. No llevaba ni veinticuatro horas allí y ya estaba harta de ella. Y la cuestión es que él se había dado cuenta. Una parte de su cara, por sutil que fuera el gesto, lo dejaba bien claro; ahora bien, no tenía claro cuál. Era como un pinchazo en un tubo, que no podías saber dónde estaba hasta que no sumergías el tubo en agua y empezaban a ascender las burbujas. Maggie no quería que William fuera consciente de su enfermedad, pero, cada vez que pensaba en sus amigos viniendo a visitarla y en lo que opinarían de ella en las tardes de té a las que no la invitaran: «Pero ¿qué le ha pasado a Maggie Clinton?», «¡Oh!, ¿es que no te has enterado? Pues se casó con ese escritorcillo y viven en Bunker Hill. ¡En Bunker Hill!, ¿te lo puedes creer? En una vieja casa encantada… o algo así». «Tenemos que ir a verla», «¡Oh, sí, no tiene precio! ¡La casa se cae a cachos! ¡A cachos! Pobre Mag».

—¡Pero si eres capaz de jugar ni se sabe cuántos sets de tenis mañana y tarde y aderezarlos con un partidito de golf! —le comentó él.

—Enseguida estaré bien.

No sabía qué otra cosa decirle.

Estaban en el descansillo. El sol de la mañana entraba por los cristales tintados del alto ventanal. Había cristalitos de color rosa y los había azules, y también los había rojos y amarillos y púrpuras y naranjas. Los muchos colores brillaban en los brazos de ella y en la barandilla. William se quedó un momento mirando aquellos cristalitos de colores. Luego, la miró a ella.

—Siento mucho el melodrama, pero aprendí una cosa cuando era niño, muy pequeño. Mi abuela tenía un pasillo y en lo alto de las escaleras había una ventana con cristalitos de colores, como esta. A mí me gustaba mirar por ella y… —tiró el trapo de polvo al suelo—. ¡Da igual, no lo entenderías!

Y se alejó escaleras abajo.

Ella se quedó observándolo. Miró los cristalitos de colores. ¿Qué era eso que había querido decirle, por obvio y ridículo que fuera a ser, pero que, finalmente, había decidido no decirle? Se acercó a la ventana.

Al otro lado de ella, el mundo, a través de uno de los cristales rosas, era rosado y cálido. El vecindario, que parecía una avalancha mugrienta al borde de un precipicio, quedaba teñido de rosa, como un atardecer. Miró a través de uno de los cristalitos amarillos y el mundo era el sol, brillante, luminoso y fresco. Miró por uno de los cristalitos de color púrpura. El mundo estaba cubierto de nubes, estaba infectado y enfermo, y las personas que se movían en él eran leprosos, individuos abandonados. Las casas eran negras y monstruosas. Parecía que todo estuviera magullado.

Volvió a mirar por el cristalito amarillo. El sol había vuelto. El perro más pequeño parecía inteligente, brillante. El niño más sucio parecía limpio. Las casas parecían recién pintadas.

Buscó a William con la mirada escaleras abajo y vio que estaba marcando un número de teléfono con el rostro carente de expresión por completo. Maggie volvió a mirar por la ventana de colores y se dio cuenta de a qué se refería él: a que tenías una amplia gama de opciones con las que ver el mundo, las oscuras o las claras.

Se sintió muy perdida. Sintió que era demasiado tarde. Incluso cuando no lo es, hay veces en las que a ti te lo parece. Tenía que decir algo. Una palabra. Pero es que no estaba preparada. La mera idea le resultaba novedosa. Le resultaría imposible decir algo en aquel momento y sentirlo realmente. La idea tenía que calarle. Era capaz de sentir las primeras acometidas de la emoción, pero las acallaban el miedo que se daba a sí misma y el odio que sentía hacia su persona. Y entonces odió también la casa de William, porque aquel lugar había hecho que se odiara. Finalmente, todo quedó en una sensación de irritación debida a lo ciega que había estado.

William hablaba por teléfono. Su voz le llegaba clara escaleras arriba. Hablaba con un agente inmobiliario.

—¿Señor Woolf? Le llamo en relación con la casa que me vendió la semana pasada. Esto… ¿cree que podría venderla… y con un poco de beneficio a poder ser?

Silencio. Maggie oyó cómo le latía el corazón a toda velocidad.

William colgó y, sin mirarla, le dijo:

—Puede venderla. Con un poco de beneficio.

—Con un poco de beneficio… —repitió el Escuchador desde lo alto de la casa.

Estaban teniendo un almuerzo silencioso cuando, de súbito, alguien llamó a golpes a la puerta principal. William, presa de un silencio inusual en él, fue a ver quién era. A Maggie le llegó el grito de una mujer desde el pasillo:

—¡El puñetero timbre no funciona!

—¡Bess! —se alegró William.

—¡Bill, hijo de…! ¡Oooye… pero qué sitio tan maravilloso!

—¿Te gusta?

—¿Que si me gusta? ¡Deja que me ponga un pañuelo en la cabeza y dame un trapo para el polvo!

Empezaron a parlotear. Maggie, en la cocina, dejó el cuchillo para la mantequilla y se quedó escuchando, fría y aprensiva.

—¡Dios, lo que daría yo por vivir en un sitio así! —exclamó Bess Alderdice, que recorría la casa pisando con fuerza—. ¡Pero mira esta barandilla tallada a mano! ¡Jeeesús!, que dicen los españoles. ¡Pero mira qué araña de cristal! ¿Cómo la has conseguido, Bill?

—Hemos tenido suerte de que estuviera a la venta.

Seguían en el vestíbulo.

—¡Hace años que le tenía echado el ojo a esta casa… y, tú, hijo de la gran… me la has quitado de mis sucias garras!

—Venga, trae esas sucias garras a la cocina y almuerza algo con nosotros.

—¿Almorzar? ¡Leches!, pero aquí ¿cuándo se trabaja? ¡Yo lo que quiero es ayudar!

Maggie se llegó al vestíbulo.

—¡Maggie! —le gritó Bess Alderdice con su gabardina a medida, sus zapatos sin tacón y aquel pelo negro y salvaje que tenía—. ¡Ay, chica, cómo te envidio!

—Hola, Bess.

—Vaya, parece que estés cansada o algo. Mira, tú siéntate, que ya ayudo yo a Bill, ¡que he desayunado cereales y tengo mucha energía!

—No nos la vamos a quedar —comentó William por lo bajo.

—¿Cómo has dicho? —Bess lo miró como si estuviera loco—. Sí, claro, seguro. Oye, pues véndemela a mí, ¡que la quiero!

—Vamos a ver si encontramos una cabañita en el campo —dijo William fingiendo la sonrisa.

—Ya sabes por dónde puedes meterte las cabañas —soltó Bess resoplando—. Bueno, pues mira, como soy yo quien te va a comprar la casa, lo menos que podrías hacer es ¡ayudarme a limpiarla! ¡Venga, vamos, échame una mano con las persianas!

La joven se acercó a las ventanas del vestíbulo y empezó a limpiar las persianas comidas de polillas.

Bess y William se tiraron toda la tarde trabajando.

—Tú acuéstate, cariño —le dijo Bess a Maggie—, ¡que tengo ayuda gratis!

La casa era un clamor de ecos y raspaduras. Sonaban carcajadas como explosiones. Por los pasillos se levantaban monstruosas tormentas de polvo y, en una ocasión, Bess estuvo a punto de caer escaleras abajo presa de un ataque de risa. Se oían martilleos, el rechinar de clavos al salir de la pared, el tintineo musical de las arañas cuando las sacudían, rasguidos cuando arrancaban el papel de pared. «¡Aquí pondremos una salita de té y eso de allí… esa pared la vamos a tirar!», disfrutaba Bess envuelta en polvo. «¡De acuerdo!», respondía entre risas William. «Pues he visto unas sillas antiguas muy bien de precio que irían aquí de maravilla», añadía Bess. «¡Buena idea!», convenía William. Hablaban atropelladamente mientras iban de un lado para el otro, tocándolo todo. Él hacía marcas con una tiza azul y tiraba por la ventana el mobiliario que ya no servía para nada y comprobaba el estado de las cañerías dándoles golpes. «Ese es mi chico —exclamaba Bess. Y añadía—: Bill, ¿qué te parecería poner aquí un aparador con porcelana bávara?». A lo que él respondía: «¡Genial! ¡Maravilloso!». Maggie no participaba en todo aquello. En un primer momento tuvo la estéril idea de subir al dormitorio. Más tarde bajó y salió a que le diera el sol. Estuviera donde estuviera, era incapaz de escapar de la felicidad de William. El joven no dejaba de hacer planes, de aporrear esto o aquello y de reír… y todo ello con otra mujer. Se había olvidado de lo de vender la casa. ¿Qué haría más tarde, cuando recordara que había llamado al agente de la inmobiliaria? Dejaría de reír, claro está.

Maggie apretó las manos. ¿Qué tenía aquella Bess Alderdice? Desde luego, no sería aquel cuerpo desmañado y carente de pecho, ni esos rizos largos e intratables ¡o aquellas cejas sin depilar! Era por aquel entusiasmo y aquella frescura, por aquella energía de los que Maggie carecía por completo. Ahora bien, ¿llegaría a tenerlos algún día? En cualquier caso, ¿qué derecho tenía Bess a pasarse por allí? Aquella no era su casa, ¿no? Al menos, no todavía.

Oía la voz de la otra joven que salía por una ventana abierta: «¿Te das cuenta de la historia que tiene esta casa? La construyó en 1899 el abogado aquel. Por aquella época este era el barrio de moda. Esta casa tenía, y aún tiene, dignidad. La gente se enorgullecía de vivir aquí y sigue siendo un orgullo vivir aquí».

Maggie se acercó al vestíbulo. ¿Cómo se arreglan las cosas? Todo había ido mal hasta que Bess había llegado… y lo había enmendado. ¿Cómo? Con palabras no había podido ser. Las palabras no sirven para

que algo sea mejor o peor. Era otra cosa. Acciones. Acciones continuadas, sin descanso. En ese momento, William estaba disfrutando de Bess más de lo que disfrutaría de ella el resto del día. ¿Por qué? Porque Bess hacía cosas sin dejar de mover las manos y con una sonrisa que le iluminaba la cara, las acababa y pasaba a lo siguiente.

Pero, sobre todo, se debía a William. ¿Había trabajado alguna vez? ¿Había clavado un clavo? ¿Había transportado una alfombra? No. William era escritor, así que había estado sentado toda su vida, hasta el día de hoy. No estaba más preparado para aquella Casa de los Horrores, «¡Pasen y vean! ¡Baratísimo! ¡Entren por diez centavos!», que ella. ¿Cómo era posible, entonces, que hubiera cambiado de la noche a la mañana y se hubiera remangado y estuviera entregado? La respuesta era tremendamente sencilla: amaba a Maggie. Esta iba a ser la casa en la que ella viviera. El joven habría hecho lo mismo si se tratara de una gruta. Cualquier sitio en el que Maggie estuviera le parecería bien.

La joven cerró los ojos. Todo giraba en torno a ella. Ella era el catalizador. Sin ella, él permanecería sentado y no trabajaría en nada de esto en la vida… y ella llevaba medio ida gran parte del día. El secreto no era ni Bess ni William, sino el amor. El amor era siempre la razón para trabajar, para dejarse abrazar por el entusiasmo. Y si William trabajaba en pos de la felicidad de ella, ¿acaso no podía ella hacer lo mismo por él? El amor siempre había consistido en construir algo en algún sitio. Eso… o decaía. Toda vida de casado construye, ya sean egos, casas o niños. Si uno se detiene, el otro sigue adelante por el impulso, pero, entonces, se trata de una estructura a medias y, al final, acaba cayendo, acompañada de un rugido, como un castillo de naipes.

Maggie se miró las manos. Disculparse ahora con William sería inútil, solo serviría para sentirse avergonzada. Entonces, ¿cómo podía arreglar aquella situación? De la misma manera en que la había estropeado. Era el mismo proceso, pero a la inversa. Estaba mal romper un jarrón en pedazos, rasgar una cortina o dejar un libro bajo la lluvia. La manera de enmendarlo era pegar los pedazos del jarrón, coser la cortina y comprar un libro nuevo. Así se hacían las cosas. El fallo que había tenido con aquella casa era un historial de cosas que había dejado sin hacer, la mano lenta, la mirada reacia, la voz sin vida.

Maggie tomó un trapo de polvo, subió a la escalera, abrillantó la araña, barrió los pasillos y notó que una idea se apoderaba de ella: veía la casa terminada. Antigüedades limpias, lujosas y de colores

cálidos. Cobre nuevo, carpintería brillante, arañas limpias, alfombras de rosas recién cortadas, el piano de arriba encerado, las lámparas de aceite de nuevo con luz, el barandal tallado a mano teñido nuevamente y el sol entrando por las coloridas ventanas. Sería como de otra época. Sus amigos bailarían en el amplio salón de baile del tercer piso, debajo de las ocho gigantescas arañas. Habría cajas de música antiguas, vino añejo y una suave calidez lo envolvería todo como el dulce aroma del jerez. Les llevaría tiempo, tenían poco dinero, pero quizás en cuestión de un año…

La gente diría: «La casa de Bill y de Mag es maravillosa. ¡Es como de otra época! Es cálida y confortable. Nunca lo dirías desde fuera. ¡Ojalá viviéramos nosotros también en Bunker Hill, en una de esas fabulosas mansiones antiguas!».

Arrancó un enorme pedazo de papel de pared descolorido. Fue entonces cuando William la oyó y se acercó a la puerta del vestíbulo, sorprendido:

—Me ha parecido oír un ruido. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando?

—La última media hora.

En esta ocasión, su sonrisa era genuina.

El tren fúnebre de John Wilkes Booth / Warner Brothers / MGM / NBC

Me estaba preparando para echar una larga siesta cuando Marty Felber entró de sopetón en mi despacho.

—¡Dios mío, tienes que venir a ver esto! —me dijo entre gritos.

Me recosté, me puse cómodo.

—¿Qué es lo que quieres que vea?

Me dio la impresión de que Marty bien podría empezar a mesarse el pelo de un momento a otro.

—¿Es que no te has enterado? ¡A la estación está llegando un tren especial que viene de Washington capital! ¡Es una máquina de vapor, caray, de esas que utilizan agua hirviendo para mover las ruedas! ¡Hace cincuenta años que no pasaba por aquí una máquina de vapor!

—Sé cómo son los trenes de vapor.

—¡No, no, no… este es extraño! Este tren es negro y está cubierto de crepé.

—¿Cubierto de crepé? ¡Joder, eso hay que verlo!

Y joder, allí fuimos.

En la estación nos quedamos mirando la vía, aún vacía. A lo lejos oímos un melancólico lamento y en el horizonte vimos aparecer una nube de vapor que se alzaba acompañada de lo que parecían unos ruidos como de lloros.

El oscuro tren surgió deslizándose por entre las sombras del crepúsculo y envuelto por una neblina fría.

—¿Llevará pasajeros? —pregunté.

—Gente que llora. ¿No lo oyes?

—¡Dios mío… sí! Échate para atrás.

El tren negro avanzaba como una nube oscura, seguido por la lluvia y vestido por el fantasmagórico vapor.

La máquina siguió exhalando fantasmas de humo mientras tiraba de una melancólica procesión de vagones, todos ellos del color del carbón quemado, negros como la media noche, con jardines de crepé en el techo por donde susurraba el pálido vapor y con los lloros persistentes saliendo de los vagones.

En el lateral del primero de los vagones ponía «MGM». En el del segundo, «Warner Brothers». En el del tercero y en el del cuarto,

«Paramount» y «RKO», respectivamente. En el del quinto, «NBC».

Un frío terrible se apoderó de mi cuerpo. Allí, de pie, sentía como si me hubieran desgarrado. No obstante, al cabo de un rato, acompañado por Marty, empecé a avanzar con los vagones.

Los techos de crepé negro se revolvían y daba la sensación de que la lluvia hubiera limpiado las ventanillas de los vagones. Los apenados chillidos de la máquina sonaban una y otra vez a medida que íbamos caminando más rápido y mientras las ventanillas lloraban incesantemente.

Por fin llegamos al último vagón, el más melancólico de todos, y allí nos quedamos mirando por un ventanal por el que corría la lluvia. Dentro había un largo ataúd de media noche sobre una cama de flores blancas.

Me quedé pasmado, como si me hubiera alcanzado un rayo, con el corazón atenazado por un puño horripilante.

—¡Dios mío! ¡Qué pesadilla! ¡En el libro de fotografías de mi abuela había un tren como este, pero sin nada escrito en los laterales, como eso de MGM o Paramount!

Me detuve porque casi no podía respirar.

—Señor… —resollé—. En ese ventanal… el féretro… Está ahí. ¡Ay, Dios, que es él!

Cerré los ojos.

—¡Este es el tren fúnebre de Abraham Lincoln!

De algún punto de aquel tren de media noche salió un grito grave. El crepé negro ondeó. Entonces, por el andén apareció un hombre que corría y se sacudía. Se trataba de Elmer Green, un viejo amigo, un agente de prensa. Se tropezó conmigo y me gritó a la cara:

—¡Menuda pesca!, ¿eh? ¡Vamos, que os lo enseño!

Pero yo permanecí allí plantado, como si tuviera los pies hundidos en cemento.

—¿Qué sucede? —me preguntó Green.

—¿A ti qué te parece?

—¿No estarás llorando? ¡Corta el rollo! ¡Venga, vamos!

Se acercó a los vagones de media noche y Marty y yo lo seguimos. Me tambaleé con los ojos tan llenos de lágrimas que me costaba ver.

Por fin se detuvo y empezó a hablar:

—¿Veis ese tranvía rojo de Pacific Electric? No encaja con el resto del tren, ¿verdad? Mirad. En la ventanilla de en medio.

—Veo cuatro tipos vestidos de traje, jugando a las cartas y fumando puros. El regordete… espera… el regordete es…

—¿Quién?

—Es Louis B. Mayer, el jefazo de la MGM. ¡Louie el León! ¿Qué

hace ahí? ¡Pero si está muerto!

—Pues parece que no. La cuestión es que, por 1930, Louis B. y su séquito se subieron a este gran tranvía rojo, salieron de los estudios de la MGM por su propia vía y se dirigieron a Glendale para realizar unas proyecciones sorpresa. Luego volvieron a subirse a este tren eléctrico, a este súper Lionel, y volvieron rugiendo a casa, leyendo a gritos cartas de presentación o tirándolas como si fueran confeti en caso de que las considerasen malas.

—¿Y? —pregunté desolado.

—Pues que, cuando has tenido trenes como ese y alguien llega con trenes como este, prestas atención. Subamos, que os voy a presentar a Louis B., el cristiano judío árabe renacido que hay atrapado en esta gran máquina del tiempo mariposa.

Me miré las piernas, pero casi no me las veía.

—¡Dios! —exclamó Green—. Ayúdame a subirlo.

Marty me asió por un codo y Green por el otro y me subieron al tren. Avanzamos atónitos por los vagones. Estaban llenos de humo y había decenas de hombres barajando cartas.

—¡Dios! —exclamé—, ¿no es ese Darryl Zanuck, el gran jefe de la 20th Century Fox? Y aquel de allí… ¡es Harry Cohn, la Bestia de la calle Gower! ¡Por todos los demonios!, pero ¿cómo han acabado en este infierno?

—Tal y como te he dicho, están atrapados en la recuperación temporal de una Red de Mariposa. La mayor red de la historia los ha sacado de su tumba con una oferta que no podían rechazar: seguir dos metros bajo tierra o aceptar un billete en el Expreso Eterno de John Wilkes Booth.

—¡Dios mío!

—¡No… Elmo Wills! —gritó Green—. En un sótano que la MGM tenía en Las Vegas, manipuló unos ordenadores digitales para que tuvieran ataques de ira y les añadió un guante de receptor viajero.

Me quedé mirando aquella casa de apuestas llena de humo.

—¿Así es como se toma un tren hoy en día?

—¡Pues sí! —me respondió Green.

—Hay nombres de estudios en cada vagón y, dentro, jefazos del mundo del cine ya muertos… pero vivos.

—Invirtieron en la red virtual y en Elmo, que dijo: «¿Cuál es la locomotora más famosa de la historia, la que tiraba del tren que llevó a casa a Bobby Kennedy o la que llevó a Roosevelt? ¿Qué tren recorrió el país hace un siglo, con todos llorando dentro?»

Sentí que se me humedecían las mejillas.

—Un tren funerario —respondí en voz baja—. El de Abraham

Lincoln.

—Dale un puro.

El tren se sacudió.

—¡Se marcha! —exclamé—. ¡No quiero que me vean en esta abominación!

—Quédate —me dijo Green—. ¿Cuánto pides?

Casi le atizo en aquella sonrisa suya.

—¡Maldito seas!

—Sí, estoy maldito —y se echó a reír—, pero saldré de esta.

El tren volvió a sacudirse, esta vez acompañado de chirridos.

Mi amigo Marty llegó corriendo.

—¡Tienes que verlo! ¡El siguiente vagón está abarrotado de abogados!

—¿Abogados? —dije mirando a Green.

—Están poniendo pleitos. Tienen problemas de horarios: que si qué sitios visitamos, que en qué emisiones salimos, que qué contratos para libros firmamos, que si vamos a la NBC o a la CNN. Ese tipo de cosas.

—¡Ese tipo de cosas! —respondí, y salí corriendo con Marty pisándome los talones.

Pasamos por entre muchedumbres de lunáticos que gritaban, señalaban y maldecían sin descanso.

En el cuarto vagón abrí la puerta de par en par y vi ante mí una pradera a media noche iluminada por luciérnagas, toda ella bailarinas chispas de máquinas ciegas. Por todos lados veía bancos cósmicos de fuego y formas espectrales de iluminación digital.

Aquella sombría cueva estaba iluminada por lo que parecía el panel de control de un cohete. Un hombre bajito, casi enano, movía las manos por el susodicho panel como si fueran arañas describiendo diferentes patrones. Él era el inventor del increíble y blasfemo Cosechador de Mariposas.

Levanté los puños y el enano exclamó:

—¿De verdad vas a pegarme? ¿De verdad?

—¡A pegarte no, a matarte! Pero ¿qué has hecho?

—¿Hacer? Esto es historia viva. ¡Podría lanzar mi red para atrapar la cuadriga de Ben Hur o la barcaza de Cleopatra y sembrar el caos y dejar sueltos los perros del tiempo!

Miró hacia abajo y pasó sus manos con suavidad por las brillantes configuraciones, contemplando los años perdidos, hablando como para sí.

—Siempre he pensado que, si hubiera habido un incendio en el Teatro Ford un poco antes, aquella noche de 1865, este tren funerario

no habría existido y la historia de los Estados Unidos habría cambiado para siempre.

—¿Cómo has dicho?

—Un incendio —repitió Elmo—. En el Teatro Ford.

—Un incendio… —susurré, tras lo que pensé que nunca se grita «¡Fuego!» en un teatro lleno de gente, pero me pregunté qué sucedería si lo gritabas en un tren-teatro.

De repente, me puse a chillar.

—¡Hijos de puta!

Me llegué a la puerta de atrás y la abrí de golpe:

—¡Cabrones!

Los casi cuarenta abogados que había allí se pusieron en pie de un salto al oír mi alarido, que parecía el pitido de una locomotora.

—¡Fuego! —añadí—. ¡El Teatro Ford se quema! ¡Fuego!

Todos los que viajaban en aquel tren maldito y terrible me oyeron.

Las puertas antiguas y pasadas de moda se abrieron de par en par. Las ventanas antiguas y pasadas de moda se abrieron de par en par. Solo se oían gritos.

—¡Pero cállate! —me soltó Green.

—¡No! —y persistí—: ¡Fuego! ¡Fuego!

Eché a correr, gritando, vagón tras vagón, extendiendo el incendio.

—¡Fuego!

Y el pánico succionó a todo el mundo y lo bajó del tren. El andén estaba lleno de víctimas y abogados enfurecidos que no dejaban de garabatear nombres y de balbucear.

—Fuego… —susurré una última vez.

El tren estaba tan vacío como la sala de espera de un dentista en un mal día. Green se me acercó trastabillando. En esta ocasión, parecía que fuera él quien tenía los pies hundidos en cemento. Tenía el rostro ceniciento y no parecía que fuera capaz de respirar.

—Haz que el tren dé la vuelta —le dije.

—¿Qué?

Marty me llevó por entre un vertedero de puros cubanos y naipes.

—¡Que dé la vuelta! —insistí sollozando—. Lleváoslo de vuelta a la Estación Washington, a abril de 1865.

—No es posible.

—Acabáis de venir de allí. ¡Regresad, por Dios, regresad!

—No hay billete de vuelta. Solo podemos ir hacia delante.

—¿Hacia delante? ¿Sigue teniendo la MGM un desvío que no esté cubierto de asfalto? Id hasta allí, como en 1932, y que Louis B. Mayer

se baje. Decidle que Thalberg está vivo en el cuarto vagón y le dará un infarto.

—¿A Louie B.?

—Y a Harry Cohn.

—Él no es de la MGM.

—Que pida un taxi o que haga autostop, pero nadie va a volver a subir a este tren de las narices.

—¿Nadie?

—A menos que quieran quedar enterrados en el Teatro Ford cuando le prenda fuego con una cerilla.

La muchedumbre de abogados empezó a quejarse.

—Se están preparando para pleitear —comentó Green.

—Tranquilo, que les envío mi seguro de vida. Que el tren dé la vuelta.

El tren se sacudió como un enorme perro de hierro.

—Es demasiado tarde. Tengo que irme.

—Ay, por Dios, sí. Mira.

Todas las víctimas y los abogados se amontonaban para subir al tren y se habían olvidado ya del idiota que había gritado «¡Fuego!». El tren se sacudió una vez más y a la sacudida la acompañó un traqueteo atronador.

—Hasta la vista —susurró Green.

—Márchate, sí —le dije—, pero ¿quién es el siguiente?

—¿El siguiente?

—El siguiente que se suba a tu terrible Disformidad Mortuoria. ¿El siguiente a quien atrapen, gaseen y prendan?

Green sacó un papel arrugado.

—Un tal Lafayette.

—¿«Un tal»? ¡Serás alcornoque! ¿Es que no sabes que Lafayette salvó nuestra revolución? ¿Que, con veintiún años, nos trajo armas, barcos, uniformes, soldados…?

—Aquí no pone nada de eso —respondió Green mientras consultaba sus notas.

—Lafayette era el hijo adoptivo de Washington. Cuando regresó a casa, le puso George Washington Lafayette a su primogénito.

—Eso se lo han dejado.

—Regresó con setenta años y desfiló por ochenta ciudades en las que le habían puesto su nombre a calles y parques… ¡incluso a pueblos enteros! «¡Lafayette! ¡Lafayette! ¡Lafayette!».

—Eh… sí… ¡la Segunda Vuelta de Despedida de Lafayette! — parece que a Green ya iba sonándole todo aquello.

El tren soltó el aullido de un asesino y las ruedas clavaron sus

dientes en los raíles.

—¡Nos vemos en Springfield en abril! —dijo Green saltando a la plataforma trasera del último vagón.

—¿Quién es ese que está contigo? —le grité.

Green se giró y me respondió:

—¡Booth! ¡John Wilkes Booth! ¡Da una conferencia en este vagón observatorio!

—Pobre tonto de los cojones —susurré.

Green me leyó los labios y repitió:

—Pobre tonto de los cojones.

Y el tren siguió su camino.

Muerte de un hombre precavido

Solo duermes cuatro horas. Te acuestas a las once y te despiertas a las tres y todo está claro como el cristal. Ahí empieza tu día. Tomas un café, lees un libro durante una hora, escuchas las débiles, lejanas e irreales conversaciones y canciones de las cadenas de radio previas al amanecer y, a veces, sales a dar un paseo, siempre con tu permiso especial de la Policía encima, eso sí. Ya te han detenido en alguna ocasión por andar por la calle a horas intempestivas y es una molestia que no quieres que se repita, así que conseguiste ese permiso especial. Ahora puedes caminar y silbar por donde quieras, con las manos en los bolsillos y haciendo sonar los tacones por el pavimento con ese tempo lento, cómodo.

Y esto lleva siendo así desde que tenías dieciséis años. Ahora tienes veinticinco y con dormir cuatro horas sigue resultándote suficiente.

Tienes pocos objetos de cristal en casa. Te afeitas con una maquinilla eléctrica porque con la normal había veces en las que te cortabas y no puedes permitirte sangrar.

Eres hemofílico. Empiezas a sangrar y no paras. Tu padre también lo era… solo que el suyo es un ejemplo que da miedo. En una ocasión se cortó el dedo, un corte bastante profundo, y murió de camino al hospital por la pérdida de sangre. También había hemofilia en la rama materna de tu familia, que es de donde te viene a ti.

En el bolsillo interior derecho de la americana llevas siempre un botecito de pastillas coagulantes. Si te cortas, te las tomas de inmediato y su fórmula se extiende por tu sistema suministrando el material coagulante necesario para detener el escape de sangre.

Y así es tu vida. Tan solo necesitas cuatro horas de sueño y te mantienes alejado de los objetos cortantes. Cada uno de tus días es, como quien dice, el doble de largo que el de una persona normal y corriente, pero tus expectativas de vida son cortas, por lo que, aunque no sin cierta ironía, existe cierto equilibrio.

Faltan largas horas hasta que llegue el correo de la mañana, por lo que te sientas frente a la máquina y escribes cuatro mil palabras. A las nueve en punto, en cuanto oyes el buzón, cuadras las hojas que has escrito, les pones un clip, compruebas el duplicado y las archivas con el título de «Novela en curso». Luego, fumando un cigarrillo, vas a por

el correo.

Lo sacas del buzón. Un cheque por trescientos dólares de una revista nacional, dos rechazos de editoriales menores y una cajita de cartón atada con una cuerdecita verde.

Después de ojear las cartas te concentras en la caja, la desatas, la abres y metes la mano para sacar lo que sea que hay dentro.

—¡Me cago en…!

Dejas caer la caja. Una rápida salpicadura de color rojo se extiende por tus dedos. Algo brillante ha resplandecido en el aire mientras realizaba un movimiento de corte y se ha oído el zumbido de un muelle de metal acompañado de un chirrido.

La sangre empieza a correr con suavidad pero rápidamente por tu mano herida. Te quedas mirando un momento, miras el objeto cortante que hay en el suelo, el pequeño artilugio bestial con la cuchilla en un muelle-trampa que se ha cerrado de golpe en cuanto lo has tocado… y que te ha pillado desprevenido.

Titubeando, temblando, echas mano al bolsillo y te manchas de sangre, pero sacas el botecito de pastillas y tomas varias.

Luego, mientras esperas a que la sangre empiece a coagularse, te envuelves los dedos con un pañuelo y, con cuidado, agarras el aparato, entras en casa y lo dejas sobre la mesa.

Después de mirarlo durante unos diez minutos, te sientas y fumas un cigarro torpemente, tus párpados suben y bajan, se sacuden, tu visión se emborrona y se endurece, y funde unos objetos de la estancia con otros… hasta que por fin obtienes tu respuesta.

«A alguien no le caigo bien… A alguien no le caigo nada bien».

Suena el teléfono. Lo descuelgas.

—Douglas al habla.

—Hola, Rob. Soy Jerry.

—Ah, Jerry.

—¿Qué tal estás, Rob?

—Pálido y alterado.

—¿Y eso?

—Alguien me ha enviado una cuchilla en una caja.

—¡Venga, déjate de bromas!

—No, lo digo en serio, pero no hablemos de eso.

—¿Qué tal va la novela, Rob?

—No la terminaré nunca como la gente no deje de enviarme objetos cortantes. La próxima vez voy a recibir un jarrón sueco de cristal tallado… o la caja de un mago con un enorme espejo plegable.

—Tu voz suena rara.

—Normal. En cuanto a la novela, Gerald, va a ser un bombazo.

Acabo de escribir otras cuatro mil palabras. En esta escena muestro el gran amor de Anne J. Anthony por el señor Michael M. Horn.

—Estás pidiendo guerra, Rob.

—Hace diez minutos que acabo de darme cuenta.

Jerry musita algo.

Tú dices:

—Mike no me haría nada directamente, Jerry. Y tampoco Anne. Al fin y al cabo, Anne y yo estuvimos prometidos en su día. Hasta que descubrí qué es lo que estaban haciendo, claro. Lo de las fiestas que daban, las jeringuillas que le proporcionaban a la gente… llenas de morfina.

—No obstante, cabe la posibilidad de que intenten parar el libro.

—Te creo. De hecho, ya lo han intentado. Con la cajita esta que acabo de recibir. A ver, quizás no hayan sido ellos, sino alguno de los otros. Ya sabes, de los otros que menciono en la novela. Puede que hayan empezado a interesarse.

—¿Has hablado con Anne recientemente?

—Sí.

—Y ¿sigue prefiriendo ese tipo de vida?

—Es muy salvaje. Llegas a ver cosas magníficas cuando tomas algunos tipos de narcóticos.

—Me cuesta creer viniendo de ella. No parece de ese tipo de mujeres.

—Eso es por tu complejo de Edipo, Jerry. A ti nunca te parece que las mujeres se comporten como mujeres. A ti siempre te parecen estatuas de mármol recién bañadas, perfumadas y asexuadas en lo alto de pedestales rococó. Amabas demasiado a tu madre. Por suerte, yo soy más ambivalente. Anne me engañó durante un tiempo, pero aquella noche se lo estaba pasando tan bien que me hizo pensar que estaba borracha y, de repente, me estaba besando y me clavaba una aguja en la palma de la mano mientras me decía: «Venga, Rob, por favor… que te va a gustar». Y la jeringuilla estaba tan llena de morfina como Anne.

—Y eso fue todo —dice Jerry al otro lado de la línea.

—Y eso fue todo. Y hablé con la Policía y con el Departamento Estatal de Narcóticos, pero algo debe de pasar, porque les da miedo actuar. Eso o alguien les está untando de maravilla. Sospecho que hay un poco de lo uno y de lo otro. Siempre hay alguien en el sistema que hace que se atore la tubería. En el Departamento de Policía siempre hay alguien que tomará un poco de dinero y estropeará el buen nombre de toda la fuerza. Es un hecho. No se puede evitar. Es la naturaleza humana. Yo también la padezco. Ahora bien, si no puedo

limpiar la tubería en una dirección, lo haré en la otra. ¡Y no hace falta que te diga que será esta novela que estoy escribiendo la que lo haga!

—Sí, Rob, pero podrías acabar yéndote por el desagüe con ella. ¿De verdad crees que tu novela avergonzará a los de narcóticos hasta el punto de empujarlos a actuar?

—Es la idea.

—¿No te da miedo que te demanden?

—Ya me he encargado de eso. Voy a firmar un documento con la editorial en el que la absuelva de toda culpa y en el que pondrá que los personajes de esta novela son ficticios. Así, si resulta que he mentido a la editorial, ella no será responsable de nada. Si me demandan, utilizaré los derechos de autor de la novela para defenderme. Y tengo muchas pruebas. Además, ¡es una novela magnífica!

—Ahora en serio, Rob… ¿de verdad te han enviado una cuchilla en una caja?

—Sí, y ese es el mayor peligro que corro. Resulta emocionante. No se atreverían a matarme a la vista de todos, pero, si muriera por mi propia torpeza y por culpa de una enfermedad hereditaria, ¿quién iba a culparlos? No van a rajarme la garganta. Eso resultaría obvio. Ahora bien, una cuchilla, un clavo o poner una hoja cortante en el volante de mi coche… eso resulta de lo más melodramático. Y tu novela, Jerry, ¿qué tal va?

—Lenta. ¿Te parece que comamos juntos hoy?

—Me parece. ¿En el Brown Derby?

—Ay, amigo, sí que estás pidiendo guerra. Sabes perfectamente que Anne y Mike comen ahí ¡a diario!

—Estimula mi apetito, Gerald. Nos vemos allí.

Cuelgas. Ya tienes bien la mano. Silbas mientras te la vendas en el cuarto de baño. A continuación, inspeccionas el artilugio de la caja. Rudimentario. Dirías que había un cincuenta por ciento de probabilidades de que no hubiera funcionado.

Te sientas y escribes tres mil palabras más acicateado por lo que acaba de suceder.

El tirador de la puerta de tu coche lo han afilado hasta el punto de que resulte cortante. Han debido de hacerlo por la noche. Sangrando, vuelves a casa en busca de más vendas. Tomas más pastillas. Dejas de sangrar.

Después de guardar dos capítulos más de la novela en la caja de seguridad del banco, subes al coche y vas al Brown Derby, donde has quedado con Jerry Walters. Tu amigo tiene ese aspecto eléctrico y diminuto de siempre, con los carrillos oscuros y los ojos saltones por

detrás de esas gafas de cristal grueso que lleva.

—Anne está dentro —te dice con una sonrisa— y Mike está con ella. ¿Por qué queremos comer aquí?

La sonrisa se le congela en los labios cuando te mira la mano.

—¡Tienes que beber algo! Ven por aquí. Anne está en aquella mesa de allí. Salúdala con la cabeza.

—En ello estoy.

Ves a Anne en una mesa del fondo. Lleva un vestido deportivo de lino entretejido con hilos de oro y plata y un collar de eslabones de bronce de estilo azteca. Su pelo tiene el mismo color bronce. A su lado, detrás de un puro y una nube de humo, está la alta y sobria figura de Michael Horn, que parece exactamente lo que es, un especialista en narcóticos al que le encanta apostar, hedonista por naturaleza, amante de mujeres, director de hombres y portador de diamantes que se pone calzoncillos de seda. No te gustaría estrecharle la mano. Da la sensación de que lleve las uñas demasiado afiladas.

Te sientas y pides una ensalada. Te la estás comiendo cuando Anne y Mike se acercan a tu mesa, después de tomar su cóctel.

—Hola, afilador —le sueltas a Mike Horn con cierto énfasis en la segunda palabra.

Detrás de Horn está su guardaespaldas, un chaval de veintiún años de Chicago que se apellida Berntz y que lleva un clavel en la solapa de su chaqueta negra, el pelo engominado hacia atrás y los ojos estirados por los músculos de las comisuras, lo que le da un aspecto tristón.

—Hola, Rob, cariño —dice Anne—. ¿Qué tal va la novela?

—Bien, bien. Tengo un nuevo y maravilloso capítulo que habla de ti.

—¡Ah, pues gracias, cariño!

—Oye, ¿cuándo vas a abandonar a este duendecillo con cara de pie? —le preguntas sin mirar a Mike.

—Cuando lo mate.

Mike se echa a reír.

—Muy buena, nena. Venga, vámonos, que estoy cansado de este gilipollas.

Siembras el malestar entre la cubertería y, no sabes cómo, pero se caen unos platos. Haces ademán de pegarle un puñetazo a Mike, pero Berntz y Anne y Jerry se alían contigo y te quedas sentado, con la sangre latiendo con fuerza en tus sienes. Alguien toma tu tenedor y te lo da.

—Adiós —dice Mike.

Anne sale por la puerta como un péndulo en un reloj y apuntas la

hora. Mike y Berntz salen por detrás de ella.

Miras la ensalada. Tomas el tenedor. Pinchas la comida. Te la llevas a la boca.

Jerry te mira.

—Por amor de Dios, Rob, ¿qué sucede?

No dices nada. Sacas el tenedor de entre tus labios.

—Rob, ¿qué sucede? ¡Escupe!

Escupes.

Jerry maldice por lo bajo.

Sangre.

Jerry y tú salís del edificio Taft y, ahora, hablas mediante el lenguaje de signos. Tienes la boca llena. Te huele a antiséptico.

—Pero no veo la manera —dice Jerry.

Haces un gesto con las manos.

—Sí, lo sé, la pelea del Derby —dice—. El tenedor se ha caído al suelo.

Vuelves a hacer otro gesto. Jerry lleva a cabo la explicación de la pantomima:

—Mike… o Berntz… lo toma, te lo devuelve, pero, en realidad, lo ha cambiado por uno afilado.

Asientes con fuerza, te pones rojo.

—O quizás haya sido Anne —añade Jerry.

«No», niegas con la cabeza. Con gestos y expresiones intentas explicar que, si Anne hubiera sabido aquello, habría dejado a Mike de inmediato. Jerry no lo pilla y te mira a través de esas gafas gruesas suyas. Sudas.

La lengua es un mal sitio en el que hacerse un corte. Una vez conociste a un tipo que tenía un corte en la lengua y la herida no acababa de curar nunca, aunque sí que dejaba de sangrar. ¡Pues imagina con un hemofílico!

Haces un gesto y fuerzas una sonrisa mientras subes al coche. Jerry entrecierra los ojos, piensa, lo pilla.

—¡Ah! —se ríe—, vale, que ya solo te falta una puñalada por la espalda, ¿no?

Asientes, os dais la mano y te marchas.

De pronto, la vida ya no te parece tan divertida. La vida es real. La vida es eso que se te escapa por las venas a la menor invitación. Inconscientemente, echas mano al bolsillo interior de la chaqueta, donde llevas el botecito de pastillas. Qué bien que esté ahí.

No tardas en darte cuenta de que te están siguiendo.

Giras a la izquierda en la esquina y piensas a toda prisa. Un accidente. Te ves desmayado y sangrando. Estando inconsciente, serás

incapaz de tomarte las preciadas pastillas que guardas en el bolsillo interior de la chaqueta.

Aceleras. Tu coche sale rugiendo hacia delante. Miras hacia atrás. El otro coche sigue detrás. Se acerca. Un golpecito en la cabeza, un corte, aunque sea poca cosa, y estás muerto.

Giras a la derecha en Wilcox, a la izquierda de nuevo cuando llegas a Melrose, pero el otro coche sigue detrás de ti. Solo puedes hacer una cosa.

Te detienes junto a la acera, tomas las llaves, sales del coche lentamente y te sientas en el césped de una casa.

Mientras el coche que te seguía pasa, le sonríes y lo saludas con la mano.

Te parece oír que alguien maldice mientras el coche va desapareciendo.

Vuelves a casa andando. De camino llamas al garaje y pides que recojan tu coche.

Aunque siempre has estado vivo, nunca te habías sentido tan vivo como ahora… como si fueras a vivir para siempre. Eres más inteligente que todos ellos juntos. Estás atento. No van a poder hacer nada que no vayas a ver venir y de lo que no vayas a poder librarte de una u otra manera. Tienes muchísima fe en ti. No puedes morir. Hay gente que muere, pero tú no. Crees plenamente en tu habilidad para vivir. Jamás habrá una persona lo bastante lista como para matarte.

Podrías comer llamas, atrapar balas de cañón, besar a mujeres que tuvieran antorchas por labios, noquear a gánsteres de un puñetazo en la barbilla. Siendo como tú eres, con esa sangre que corre por tus venas y que te ha convertido en un… ¿jugador? ¿En alguien que aprovecha las oportunidades? Tiene que haber alguna manera de explicar la mórbida ansia que sientes por encontrarte en peligro o cerca de él. Explícalo así: sientes una terrible explosión de ego cada vez que escapas con bien de una de esas experiencias. Admítelo, eres una persona presuntuosa con ideas mórbidas de autodestrucción. Ideas ocultas, claro está. Nadie admite abiertamente que quiere morir, pero la idea está por ahí, rondando, en alguna parte. La supervivencia y la voluntad de morir, tirando de ti cada una para un lado. La necesidad de morir metiéndote una y otra vez en problemas… y la supervivencia sacándote de ellos una vez más. Y odias a estas personas y te ríes de ellas cuando ves esas muecas y cómo se retuercen, incómodas, al comprobar que sales airoso, entero, intacto. Te sientes superior, un dios, inmortal. Ellos en cambio, son inferiores, cobardes, comunes. Así, te irrita pensar que Anne prefiere los narcóticos a ti. La aguja le resulta más estimulante. ¡Muy bien! Tú, en cambio, encuentras

estimulante el peligro que ella supone para ti… Peligro, sí… pero te arriesgarías con ella cuando fuera.

Vuelven a ser las cuatro de la mañana. La máquina de escribir está debajo de tus dedos cuando suena el timbre de la puerta. Te levantas y vas a ver quién llama en ese calmo momento que precede al amanecer.

Lejos, en la otra punta del universo, una voz dice:

—Hola, Rob. Soy Anne. ¿Te he despertado?

—Vaya, Anne, hace tiempo que no venías.

Abres la puerta y ella entra, te deja atrás. Qué bien huele.

—Estoy cansada de Mike. Me asquea. Necesito una buena dosis de Robert Douglas. De verdad, Rob, estoy cansada.

—Se te nota. No sabes cuánto lo siento.

—Rob…

Hace una pausa.

—Dime.

Hace otra.

—Rob… ¿podríamos escaparnos mañana? Bueno, hoy, quiero decir. Esta tarde. A la costa, a algún lugar de la costa. Nos tumbaremos al sol y dejaremos que nos queme la piel. Lo necesito, Rob… y no sabes cuánto.

—Sí, ¿por qué no? Claro. Sí. ¡Sí, joder!

—Me gustas, Rob. Ojalá no estuvieras escribiendo esa maldita novela.

—Si te alejaras de esos mafiosos, es probable que la abandonara, pero es que no me gusta lo que han hecho contigo. ¿Te ha contado Mike lo que me está haciendo?

—¿Es que te está haciendo algo, cariño?

—Está intentando desangrarme. Literalmente. Tu conoces al verdadero Mike, ¿no es así, Anne? Un cobarde que vive asustado. ¡Y Berntz, igual! Ya he conocido a gente como ellos, que van de duros para esconder que son completos gallinas. Mike no quiere matarme. Le da miedo matar. Cree que puede asustarme para que lo deje, pero le llevo mucha ventaja porque estoy convencido de que no tiene lo que hay que tener para matarme. Prefiere caer en una redada de narcóticos a ser culpable de un asesinato. Conozco a Mike.

—Pero, cariño, ¿a mí me conoces?

—Creo que sí.

—Pero ¿bien?

—Lo suficiente.

—Yo podría matarte.

—No te atreverías. Te gusto.

—También me gusto yo —ronronea.

—Siempre has sido rara. Nunca supe qué es lo que te mueve… y sigo sin saberlo.

—La supervivencia.

Le ofreces un cigarrillo. Está muy cerca de ti. Asientes, pensativo.

—En una ocasión vi cómo le arrancabas las alas a una mosca.

—Me pareció interesante.

—¿Diseccionabas gatitos conservados en frascos en la universidad?

—Me deleitaba.

—¿Sabes qué te hace la droga?

—Eso también me deleita.

—¿Y esto?

Estáis lo bastante cerca el uno del otro, por lo que es suficiente con un movimiento para que vuestras caras se rocen. Sus labios son tan buenos como parecen. Son cálidos. Son conmovedores y suaves.

Te aparta ligeramente.

—Con esto también me deleito.

Te la acercas, sus labios vuelven a encontrar los tuyos y cierras los ojos…

—¡Me cago en…! —exclamas apartándote de golpe.

Te ha clavado una uña en el cuello.

—Lo siento, cariño, ¿te he hecho daño?

—Parece que todos queráis un papelito…

Sacas tu botecito preferido y tomas un par de pastillas.

—Dios, mujer, qué descuido. Trátame mejor a partir de ahora, que soy delicado.

—Perdóname, se me había olvidado.

—Me siento halagado, pero, si esto es lo que sucede cuando te beso, en cuanto vayamos un poco más allá… ¡lo nuestro va a ser una sangría! Espera.

Te vendas el cuello. Venga, de vuelta a los besos.

—Tú con calma, nena. Vamos a la playa y te doy una charla sobre lo malo que es embarcarse con Michael Horn.

—Rob, ¿vas a seguir con la novela diga yo lo que diga?

—Voy a seguir. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí.

De nuevo los labios.

Aparcas en lo alto de un acantilado en el que resplandece el sol cuando empieza a caer la tarde. Anne se te adelanta, corriendo, baja las escaleras de madera, sesenta metros acantilado abajo. El viento

levanta su cabello del color del bronce. Tiene un cuerpo esbelto con ese traje de baño azul. La sigues, pensativo. Estás lejos de todo. No hay ningún pueblo cerca, la autopista está vacía, la playa, con el mar plegándose una y otra vez sobre ella, es amplia y está tan vacía como la autopista, con sus enormes losas de granito caídas y azotadas por las olas. Los pájaros chillan. Ves cómo Anne llega a la playa. «Qué pobre tonta», piensas.

Paseáis del brazo, os detenéis y dejáis que el sol os ponga morenos. Piensas que todo es limpio, que es bueno. Al menos, durante un tiempo. La vida es limpia y fresca. Incluso Anne es vida. Quieres hablar, pero te suena rara tu propia voz en este silencio de salitre. Además, aún te duele la lengua tras el corte con el tenedor afilado.

Camináis por el agua y Anne encuentra algo.

—¡Un percebe! —comenta—. ¿recuerdas cuando salías a bucear con la máscara y con el tridente… en los viejos tiempos?

—Ay… los viejos tiempos.

Piensas en ellos, en Anne y en ti, y en todo aquello que os gustaba hacer juntos. Viajar por la costa. Pescar. Bucear. Incluso por aquel entonces ya te parecía una criatura extraña. No le importaba lo más mínimo matar langostas. Se deleitaba limpiándolas.

—Eras tan temerario… Aunque, a decir verdad, sigues siéndolo. Te arriesgabas a bucear en busca de orejas de mar… cuando estos percebes mismos podrían haberte hecho cortes terribles. Mira, son afilados como cuchillas.

—Lo sé.

Tira el percebe a lo lejos y aterriza cerca de donde habéis dejado los zapatos. Cuando volvéis, lo esquivas, no vaya a ser que lo pises.

—Podríamos haber sido felices —te dice.

—Es bonito pensarlo, ¿verdad?

—Ojalá cambiaras de opinión.

—Demasiado tarde.

Suspira.

Se os acerca una ola.

No te da miedo estar aquí con Anne. No puede hacerte nada. Sabes cómo encargarte de ella. Lo crees a pies juntillas. No, esta va a ser una tarde tranquila, sin contratiempos. Estás alerta, listo para cualquier contingencia.

Te tumbas al sol, que te alcanza los huesos y te libera por dentro, y te amoldas a los contornos de la arena. Anne está a tu lado y el sol ilumina la punta de su nariz y resplandece en las gotas de sudor que hay en su frente. Habla de todo y de nada, y te tiene fascinado el hecho de que sea tan bonita, como una serpentina tirada en tu

camino, y que, al mismo tiempo, sea tan ruin, tan pequeña, escondida allí donde te resulta imposible dar con ella.

Te tumbas bocabajo. La arena está cálida. El sol es cálido.

—¡Te vas a quemar! —te dice en un momento dado entre risas.

—Supongo —respondes.

Te sientes muy inteligente. Muy inmortal.

—Espera, deja que te ponga un poco de aceite en la espalda —se ofrece mientras abre su bolso chino de charol y saca una botellita de aceite completamente amarillo—. Esto se interpondrá entre el sol y tú, ¿vale?

—Vale.

Te sientes muy bien. Muy superior.

Te unta de tal manera que te imaginas como un cerdo en un espeto. Tiene la botellita por encima de ti y el aceite cae como un hilo líquido, amarillo, brillante y frío, entre los vacíos de tu columna. Su mano extiende el aceite y te masajea la espalda. Permaneces allí tumbado, ronroneando, con los ojos cerrados, observando las pompas de color azul y amarillo bailar en tus párpados. Ella deja caer un poco más del líquido, se ríe y sigue con su masaje.

—Ya me siento más fresquito.

Anne te masajea cosa de un minuto más, tras lo que se detiene y se sienta a tu lado poco a poco. Pasa un rato largo y tú sigues allí, asándote en un horno de arena, sin ganas de moverte. De repente, el sol ya no calienta.

—¿Sientes un cosquilleo? —te pregunta mientras permaneces bocabajo.

—No —respondes con una sonrisa.

—Tienes una espalda preciosa. Me encantaría hacerte cosquillas.

—Pues házmelas.

—¿Sientes un cosquilleo aquí?

Sientes un movimiento distante, aletargado, en la espalda.

—No.

—Y, ¿aquí?

No sientes nada.

—¡Pero si ni siquiera me estás tocando!

—En una ocasión leí un libro que decía que los receptores sensoriales de la espalda están tan poco desarrollados que la mayoría de las personas sería incapaz de saber exactamente dónde la están tocando.

—¡Sí, seguro! Venga, tócame, que verás cómo lo sé.

Sientes tres movimientos largos en la espalda.

—¿Y bien?

—Me has hecho cosquillas por debajo de uno de los omóplatos, como a unos diez… doce… centímetros. Y a la misma altura en el otro omóplato. Y, luego, por la columna vertebral, hacia abajo. Ahí lo tienes.

—Eres un chico listo. Me rindo. Eres demasiado bueno. Me apetece fumar un cigarrillo. A ver… ¡Mierda, se me han acabado! ¿Te importa si voy al coche a por un paquete?

—Ya voy yo.

—¡No, no te preocupes!

Se pone de pie y sale apresurada por la arena. Te quedas mirando cómo corre. Te sientes como cansado, como somnoliento, como si la atmósfera se estuviera caldeando. Te parece raro que se lleve el bolso y el líquido embotellado. Mujeres. Aun así, no puedes evitar pensar lo bonita que es, incluso corriendo. Sube las escaleras de madera, se gira, te saluda y sonríe. Le devuelves la sonrisa y mueves la mano un poco; es un saludo relajado.

—¿Tienes calor? —te grita.

—¡Estoy sudando a mares! —respondes a voz en cuello, pero relajado.

Sientes el sudor gateando por tu cuerpo. Empiezas a notar el calor y dejas que te rodee, como el agua cuando te das un baño. Sientes torrentes de sudor por la espalda, leves, distantes, como hormigas subidas por tu cuerpo. «Suda», piensas. «Súdalo todo». Gotas de sudor te caen por las costillas y te llegan al estómago; te hacen cosquillas. Te ríes. ¡Dios, cómo sudas! Nunca en la vida habías sudado así. El olor de ese aceite que te ha puesto Anne es dulzón en el aire cálido. Tienes sueño. Mucho sueño.

Te sobresaltas. Levantas la cabeza de golpe.

Oyes el motor del coche en lo alto del acantilado y, mientras miras el vehículo, ves que Anne se despide de ti con la mano. El coche brilla bajo el sol, da media vuelta y se aleja por la autopista.

Así, sin más.

—¡Serás zorra! —gritas irritado.

Haces ademán de levantarte. No puedes ponerte de pie. El sol te ha debilitado. Notas la cabeza embotada. Maldita sea. Has estado sudando. Sudando.

Hueles algo nuevo en el aire caliente. Algo que te resulta muy familiar, que es tan atemporal como el olor a sal del mar. Un olor cálido, dulce, empalagoso. Un olor que es el mayor de los terrores para ti y para los que son como tú. Te pones de pie tambaleándote.

Te das cuenta de que vistes una capa, una prenda de color escarlata. Se te pega a los muslos y, mientras la observas, reviste tus

lumbares y se extiende y crece por tus piernas y por tus tobillos. Es roja. Del rojo más rojo que hay en la carta de colores. El rojo más puro, adorable y terrible que has visto jamás, creciendo, latente, por tu cuerpo.

Te agarras la espalda. Pronuncias palabras sin sentido alguno. ¡Tu mano toca tres heridas largas, abiertas, por debajo de los omóplatos!

¡Sudor! ¡Pensabas que estabas sudando… pero era sangre! Piensas en cómo has estado tumbado, pensando que era sudor, riéndote… ¡pasándolo bien incluso!

No sientes nada. Tus dedos rascan con torpeza, sin fuerza. No sientes nada en la espalda. Está insensible.

«¡Te vas a quemar! Espera, deja que te ponga un poco de aceite en la espalda». Oyes la voz de Anne a lo lejos, como una pesadilla titilante en tu memoria.

Una ola golpea la orilla con fuerza. En tu cabeza se presenta la imagen del hilo de líquido amarillo cayendo en tu espalda, suspendido de los magníficos dedos de Anne. Sientes su masaje.

Un narcótico diluido. Novocaína o cocaína o alguna otra sustancia diluida en la solución amarilla y que, después de estar un rato en tu espalda, ha dormido todos los nervios. Anne lo sabe todo sobre los narcóticos.

Ay, la dulce Anne…

«¿Sientes un cosquilleo?», te pregunta Anne nuevamente, pero esta vez en tu memoria.

Te dan arcadas. Un eco en tu cabeza, que nada en un mar del color de la sangre, da una respuesta: «No». Hazme cosquillas. Hazme cosquillas. Hazme cosquillas… Hazme cosquillas, Anne J. Anthony, encantadora dama. Hazme cosquillas.

Con la preciosa y afilada uña de un percebe.

Has estado buceando en busca de orejas de mar y te has rascado la espalda con una roca, grandes rayas, desiguales, que te ha dejado una comunidad de percebes. Eso es. Buceando. Un accidente. Qué bien lo tenía planeado todo.

Ay, la dulce Anne…

¿O te has afilado las uñas con una piedra de agua, querida?

El sol te golpea el cerebro. La arena empieza a fundirse a tus pies. Con la esperanza de quitarte esta prenda roja, intentas dar con los botones que la desabrochen. Sin sentir nada, a ciegas, a tientas, los buscas. No los hay. No hay manera de quitarse la prenda. Piensas en que te encontrarán con tus calzoncillos de lana roja y te sientes idiota. Muy idiota.

Tiene que haber una cremallera. Esos tres cortes largos se pueden

cerrar con una cremallera y, entonces, esa cosa roja que resbala por tu cuerpo dejará de resbalar. Tú, el inmortal.

Los cortes no son muy profundos. Si consigues que te vea un médico… Si consigues tomar tus pastillas…

¡Las pastillas!

Te tiras de bruces sobre la chaqueta y buscas en un bolsillo primero y en otro después, y en otro, y les das la vuelta, y arrancas el forro, y gritas, y lloras, y cuatro olas se estrellan contra la orilla muy seguidas por detrás de ti, como trenes que pasan, bramando. Vuelves a mirar en todos los bolsillos por mucho que sepas que están vacíos, pero albergas la esperanza de no haber mirado bien en alguno. Solo hay pelusas, una cajita de cerillas y el resguardo de dos entradas para el teatro. Dejas caer la americana.

—¡Anne, vuelve! ¡Vuelve! ¡Hay casi cincuenta kilómetros hasta la ciudad… hasta un médico! ¡No puedo caminar tanto… no tengo tiempo!

Estás al pie del acantilado. Levantas la vista. Ciento catorce escalones. El acantilado es escarpado y está bañado rabiosamente por el sol.

Tienes que subir las escaleras.

Cincuenta kilómetros para llegar a la ciudad… Bueno, ¿qué son cincuenta kilómetros? Hace un día espléndido para dar un paseo.

El signo del gato

No todas las noches que pasa uno por Millpass, en la Ruta 9 de California, se encuentra con un gato en mitad de la carretera. De hecho, dudo mucho que se pudiera encontrar un gato así en una carretera sin tráfico, un gato que, más o menos, podríamos considerar un gatito abandonado.

Sea como fuere, allí estaba la criaturita, atareada en asearse y, entonces, sucedieron dos cosas: un coche que viajaba en dirección este a gran velocidad frenó de golpe hasta detenerse y, al mismo tiempo, un descapotable que viajaba aún más rápido, solo que en dirección oeste, a punto estuvo de dejarse las ruedas en el asfalto para conseguir frenar a tiempo.

La puerta de ambos coches se abrió de golpe al unísono.

La pequeña bestia permaneció calmada mientras unos tacones de aguja repiqueteaban en una dirección y unos zapatos de golf golpeteaban en la otra.

A punto de chocar justo por encima de la criatura, que seguía cuidando de su aseo, un joven atractivo y una joven aún más atractiva se agacharon e hicieron ademán de tomar al gato.

Las manos tocaron el gato casi al mismo tiempo.

El animal era una bolita cálida de terciopelo negro con bigotones y dos ojos amarillos que los escrutaban. Tenía la lengüita rosada y medio fuera.

El gato puso una expresión tardía de sorpresa cuando ambos conductores se quedaron mirando la mano del otro, aún sobre el animal.

—¡Oh, no, ni mucho menos! —exclamó la joven.

—«Oh, no, ni mucho menos», ¿qué?

—¡Suelta mi gato!

—¿Desde cuándo es tu gato?

—Yo he llegado primero.

—Hemos llegado al mismo tiempo.

—Ni mucho menos.

—Claro que sí.

Él tiró de los cuartos traseros y ella de los delanteros y, de repente, el gato maulló.

Ambos lo soltaron.

De inmediato, volvieron a tomar aquella criatura preciosa, solo que esta vez fue la joven la que la tomó por detrás y él quien la tomó por delante.

Se miraron el uno al otro durante un buen rato intentando decidir qué decir.

—Me encantan los gatos —explicó por fin ella, incapaz de seguir manteniéndole la mirada a él.

—¡A mí también!

—¡No levantes la voz!

—¿Quién me va a oír?

Miraron a ambos lados de la carretera. No venía ningún vehículo.

La joven miró al gato y parpadeó, como si pretendiera que este le hiciera alguna revelación.

—Mi gato murió… —dijo.

—El mío también.

Esto hizo que ambos sujetaran más suavemente al animal.

—¿Cuándo? —le preguntó ella.

—El lunes.

—El viernes pasado el mío.

Cambiaron la forma de sujetar a aquella criaturita, menos interesados ahora en sujetarla y más interesados en acariciarla.

Se hizo un silencio embarazoso.

—Vaya —dijo él finalmente.

—Sí…

—Lo siento —comentó como sin convicción.

—Lo mismo digo.

—Y… ¿qué hacemos? No vamos a quedarnos a vivir aquí.

—Pues… parece que ambos lo necesitamos.

Sin que viniera a cuento, él dejó caer:

—Escribí un artículo para *Amigos de los Gatos*.

Ella lo miró con intensidad.

—Yo fui la directora de un concurso de gatos en Kenosha —contraatacó ella.

Se pusieron de pie. De nuevo silencio. Un silencio agónico.

Un coche se acercó rugiendo. Se echaron a un lado y, cuando el coche desapareció, se fijaron en que ambos seguían sujetando aquella maravillosa criatura y se dieron cuenta de que ambos se habían esforzado por alejarla del peligro.

Él miró la carretera y dijo:

—Un poco más adelante hay una cafetería. Mira, se ven sus luces desde aquí. ¿Por qué no nos tomamos un café y hablamos del futuro?

—No hay futuro sin mi gato.

—Ni para mí. Venga, acompáñame.

El joven le quitó el gato de las manos.

Ella pegó un chillido e intentó hacerse con el animal.

—Tranquila. Tú, sígueme.

La joven retrocedió, subió a su coche y siguió al joven por la carretera.

Entraron en la cafetería, que estaba vacía, se sentaron a una mesa y dejaron el gatito encima de esta.

La camarera los miró a ambos y miró también el gato, se marchó y volvió con un platillo de crema que dejó en la mesa acompañado de una sonrisa que parecía que se le fuera a salir del rostro. Ambos jóvenes se dieron cuenta de que estaban en presencia de otra amante de los gatos.

El animal empezó a lamer la crema y la camarera les trajo café.

—Bueno, pues aquí estamos —comentó el joven—. ¿Cuánto vamos a seguir con esto? ¿Nos vamos a tirar toda la noche hablando de ello?

La camarera se había quedado junto a la mesa.

—Pues me temo que estamos a punto de cerrar —les advirtió.

El joven se dirigió a la camarera y, como un resorte, le dijo:

—¡Mírenos bien!

La camarera los miró.

—Si tuviera que darle usted el gato a alguno de los dos… ¿a quién se lo daría?

La camarera los estudió y exclamó:

—¡Menos mal que no soy el rey Salomón!

Escribió la cuenta en un papel y la dejó en la mesa.

—Hay personas, por si no lo sabían, que aún leemos la Biblia.

—¿Hay por aquí algún otro sitio al que podamos ir a hablar? —preguntó el joven.

La camarera señaló con la cabeza a través de la ventana.

—Hay un hotel un poco más adelante. Y aceptan mascotas.

La respuesta provocó que los dos jóvenes se levantaran de un salto.

Diez minutos después, entraban en el hotel.

Miraron a uno y otro lado, y se dieron cuenta de que el bar ya estaba a oscuras.

—Esto es una tontería —observó ella—. Mira que dejar que me traigas aquí… ¡para hablar de a quién le pertenece mi gato!

—A ver, todavía no es tu gato.

—Pronto lo será —respondió ella antes de mirar la recepción.

—Vale —dijo el joven levantando el gato—. Este gatito te protegerá. Se va a interponer entre tú y yo.

El joven llevó el gatito hasta el mostrador de recepción y, allí, el recepcionista los miró, tomó una llave, la puso en el libro de registro y se lo tendió junto con un bolígrafo.

Cinco minutos después, veían cómo el gatito corría, feliz, por el cuarto de baño de la suite.

—Alguna vez… —empezó a decir él musitando— cuando has subido en un ascensor y no has querido limitarte a hablar del tiempo, sino que has aprovechado para contar una historia acerca de tu gato preferido… ¿te has dado cuenta de que, para cuando llegáis al último piso, estáis manteniendo una charla animada?

El gatito entró corriendo en la habitación, subió a la cama de un salto y se hizo una bolita en mitad de una almohada que había en el centro de la cama. El joven comentó:

—Justo lo que iba a sugerir yo. Si tenemos la necesidad de descansar mientras hablamos, podemos dejar que el gatito se quede en el centro de la cama, y tú y yo podríamos tumbarnos, vestidos, por supuesto, a los lados y seguir hablando del problema que nos ocupa. Y si el gato se mueve hacia alguno de nosotros y lo elige, pues ese se lo queda. ¿Qué te parece?

—Me parece que algún as debes de guardar en la manga.

—Ni mucho menos. El dueño será aquella persona a la que el gato elija.

El gato, que seguía en la almohada, casi se había dormido.

El joven pensó en algo que decir sobre el hecho de que aquella enorme cama siguiera desocupada excepto por la bestia adormilada. De pronto se le ocurrió hablar desde el otro lado de la cama.

—Y ¿cómo te llamas?

—¿Perdona?

—Si vamos a seguir discutiendo hasta el amanecer acerca de mi gato…

—¡Hasta el amanecer dice! Hasta medianoche puede. Y habrás querido decir mi gato. Catherine.

—¿Disculpa?

—Sí, parece una bobada, pero me llamo Catherine.

—Tu apodo no me lo digas —comentó él casi echándose a reír.

—No pensaba hacerlo. Y tú, ¿cómo te llamas?

—No te lo vas a creer: Tom —dijo sacudiendo la cabeza.

—He conocido decenas de gatos con ese nombre.

—No dejo que me influya.

El joven probó lo mullido que era el colchón como si estuviera

metiendo la mano para comprobar lo caliente que estaba la temperatura del agua de una bañera.

—Quédate de pie si quieres, pero yo…

El joven se tumbó en la cama.

El gatito ya dormía.

Con los ojos cerrados, el joven soltó:

—¿Y bien?

Ella se sentó en el otro lado, tan en la punta que en cualquier momento podría caerse.

—Mucho mejor. ¿Por dónde íbamos?

—Estábamos intentando demostrar quién merece volver a casa con Electra.

—¿Le has puesto nombre al gato?

—Un nombre que no compromete a nada, basado en la personalidad, no en el sexo.

—Entonces, ¿no lo has comprobado?

—Ni lo voy a hacer. Electra. Sigue.

—¿Con mi alegato para quedármelo? Muy bien.

El joven cerró los ojos y rebuscó por detrás de los párpados. Luego miró al techo y, en un momento dado, dijo:

—Es curiosa la manera en que funcionan las cosas con los gatos. Cuando era niño, mis abuelos nos dijeron a mis hermanos y a mí que ahogáramos a unos gatitos. Éramos unos niños… así que les hicimos caso. No obstante, en el último momento me marché corriendo porque no podía soportarlo.

Se hizo el silencio durante un buen rato.

Ella también miró al techo.

—Gracias a Dios —comentó.

Silencio de nuevo.

—Hace unos años me sucedió algo aún más peculiar, pero bueno —siguió el joven—. Entré en una tienda de animales de Santa Mónica en busca de un gato. Yo diría que tenían entre veinte y treinta gatitos de todas las razas. Estaba mirándolos cuando se me acercó la vendedora, señaló uno de los animales y dijo: «Este necesita ayuda de verdad». Miré al gato y me pareció que acababa de pasar por la lavadora… con centrifugado y todo. «¿Qué le ha sucedido?», le pregunté a la vendedora. «Su anterior dueño lo pegaba y, ahora, todo el mundo le da miedo». Miré al gato a los ojos y comenté: «Sí, me llevo este». Así que me llevé aquel gato a casa. Estaba aterrorizado. Bajó corriendo las escaleras que daban al sótano y no quería salir de allí. Pasé más de un mes bajando al sótano a dejar comida y leche hasta que, por fin, conseguí atraerlo al piso de arriba, escalón a

escalón. Así fue como se hizo mi amigo. Qué historias tan diferentes, ¿eh?

—¡Vaya… pues sí!

La habitación había ido quedándose a oscuras y, ahora, también se quedó en silencio. El gatito seguía en la almohada, entre ambos jóvenes, y los dos lo miraron para ver qué tal estaba.

Profundamente dormido.

Volvieron a quedarse mirando el techo.

—Voy a contarte una cosa… —dijo ella al cabo de un rato—. Si no lo he hecho antes es porque va a sonar como una súplica.

—¿Una súplica?

—La cosa es que… en casa tengo, ahora mismo, una prenda cuya tela he cortado y cosido yo misma… para mi gatito… el que murió hace una semana.

—Y ¿de qué se trata?

—Pues… de un pijamita.

—¡Ay, por Dios! Tú ganas. La bestezuela es tuya.

—¡Oh, no! ¡No es justo!

—Cualquiera que le haga un pijama a un gato tiene que ser quien gane la competición. El pequeño es tuyo.

—No, no, así no.

—Por favor, insisto.

Volvieron a quedarse en silencio un buen rato. Por fin, ella dijo:

—A decir verdad… no eres tan malo.

—¿Tan?

—Tanto como me has parecido en un primer momento.

—¿Qué es ese ruido?

—Creo que estoy llorando.

—Durmamos un rato.

La luna alcanzó lo más alto del cielo.

Salió el sol.

Él yacía tumbado en su lado de la cama, sonriendo.

Ella yacía tumbada en su lado de la cama, sonriendo.

El gatito seguía en la almohada, entre ambos.

Al cabo de un buen rato, tras observar cómo el sol empezaba a entrar por la ventana, ella preguntó:

—¿Se ha movido el gato en alguna dirección a lo largo de la noche para decantarse por alguno de nosotros?

—No —respondió él sonriendo—. El gato no se ha movido… pero tú sí.

Triángulo

Se probó tres vestidos, pero ninguno de ellos le quedaba bien. En aquel momento… le pertenecían a otra persona. La emoción le hizo cambiar de color, de forma que ahora, al menos, uno de los vestidos conjuntaba con su piel. El resplandor expandía su esbelta figura de manera que todo parecía encorsetado. Entonces los polvos cayeron al suelo como si fueran nieve y la mujer se pintó los labios bocabajo y parpadeó frente al espejo como si acabara de ver un fantasma.

—Mi tierra, Lydia —Helen estaba en la puerta—. Solo es un hombre.

—No, es John Larsen.

—Peor me lo pones. Ese pelo que tiene no le va con la cabeza, tiene los brazos demasiado largos, los labios finos, los ojos pequeños como los de una ardilla y es así de bajito.

Lydia estaba llorando. Se quedó observando sus propias lágrimas en el espejo.

—Lo siento —dijo Helen—, pero es que es idiota.

—¡Helen!

—Eres mi hermana pequeña.

—Es un dios.

—Deja de llorar. La gente solo es un dios si tú la consideras como tal. Desde que murieron papá y mamá… yo soy la madre… y quiero que todo te vaya bien. He tenido suficientes experiencias con hombres como para saber que son unos puñeteros mentirosos. Todos ellos. Recién salidos del circo: monos, payasos y borrachines que se creen poetas.

Lydia era incapaz de verlo:

—Yo creo que es amable, atractivo y bueno. Se toca el sombrero cuando nos cruzamos con él por la calle. Nunca ha venido a casa, ¿verdad? Nunca ha dicho una palabra más alta que otra… y, de repente, me llama hoy por teléfono y me suelta que le gustaría pasarse a verme. Me he tirado la tarde llorando… ¡estaba tan feliz! Llevaba años deseando que me llamara. Llevo fijándome en él, ahí, delante del estanco de United Cigar, desde que cumplí los dieciséis… ¡hace veinte años!, y siempre he querido pararme con él y decirle: «John, te amo. Rescátame de esta vida corriente. Sé mío…», pero siempre paso de largo. De vez en cuando, en los últimos años, cuando pasamos juntas

por delante de él, tú y yo, me da la impresión de que hay algo en su mirada… como si él también se fijara en mí. Y siempre sonríe y se toca el sombrero.

—Los hombres se enseñan trucos así unos a otros. La fachada es un palacio, pero por dentro están recubiertos de estuco. Venga, anima esa cara y ponte algo verde para que conjunte con tu complexión roja.

—No quería llorar y ponerme roja.

Se fijó en la boca vieja que había en el pañuelo que tenía arrugado en la mano.

—Ay, Helen, Helen… ¿fue así para ti hace diez años, cuando amabas a Jamie Josephs?

—Mis sábanas eran cenizas cada mañana.

—¡Ay, Helen!

—Pero entonces me di cuenta de que estaba jugando a eso de los trileros; lo de la bolita. Me pidió que lo apostara todo a una corazonada y yo, que era joven… lo hice. Aposté a que, si me entregaba por completo, siempre sabría dónde encontrarlo. La cuestión es que llegó la hora y levanté una de las tres cáscaras de nuez… y Jamie no estaba allí. Y no se había llevado el instalache unas calles más arriba, no, sino fuera de la ciudad, a Skokie. Me pregunto si alguna mujer llegó a dar con él alguna vez.

—No sigas por ahí… ¡estemos alegres esta noche!

—Sé tú feliz siendo feliz. Yo soy feliz siendo cínica. A la larga, ya veremos quién lo es más.

Lydia se pintó una boca nueva y lo obligó a sonreír.

Era una agradable noche de septiembre y el primer y humoso fuego empezaba alrededor de los arces que rodeaban la vieja y tenue casa. Lydia flotaba en la cavernosa sala de estar, con la luz apagada, con el rostro como única lámpara, una lámpara de luz rosada, de manera que lo vio llegar, calle abajo, como una figura en un melodrama, antes de que girara para seguir el camino de entrada, pisando las hojas, haciéndolas crujir. Oyó cómo silbaba una canción otoñal. La mujer se apresuró a través de sus discursos y, de pronto, las palabras se convirtieron en un barullo de cartas comenzadas y nunca terminadas a su propio espíritu, a su propia carne, apiladas y revoloteando después por su mente. Empezó a llorar de nuevo, lo que hizo que las preciosas palabras corrieran y se emborronaran, y las educadas instrucciones que contenían para sus manos y sus pies a punto estuvieron de perderse para siempre. Detuvo aquel proceso pegándose una bofetada, una sola, en la mejilla. El hombre subió las escaleras de la casa silenciosa, tocó el timbre plateado, se quitó el sombrero de paja,

quizás poco adecuado ya para el momento de la estación en el que estaban, y se aclaró la garganta en tres ocasiones, como un cliente que quiere llamar la atención de un dependiente despistado. Algo musitó para el cuello de la camisa, como si, aunque terriblemente, él también estuviera repasando las frases de su papel.

—¡Buenas noches!

Como si acabaran de dispararlo en la cara a quemarropa, John Larsen se apartó de la puerta. Sorprendida por el sonido de su propia voz, que pareció una explosión que hubiera tenido lugar en su boca, Lydia se quedó balanceándose en la puerta, sin saber qué más hacer, hasta que el hombre encontró su sonrisa y decidió utilizarla. Entonces, de alguna forma, ella consiguió abrir la puerta y salir al porche.

—Qué buena noche ha quedado —exclamó ella—. Venga, sentémonos en el banco colgante.

—De acuerdo —respondió John Larsen, y se sentaron en el balancín que había en el porche en sombras, emparrado y secreto, lejos de las miradas de los del pueblo.

Él la ayudó a sentarse en el banco colgante y allí donde la había tocado dejó una marca que humeaba y que dolía y que prometía dejar cicatriz de por vida. Lydia, como aturdida, se sentó bien y el mundo se movió hacia aquí y hacia allí. Pensó que estaba mareada y entonces se dio cuenta de que era el balancín, que la subía y la bajaba mientras el hombre, en silencio, daba vueltas al sombrero de manera infame, leía la etiqueta de la talla con aquellos ojos pequeños, leía la vieja etiqueta del precio. En su regazo, el sombrero sonaba como un mueble de mimbre. El hombre no dejaba de recurrir a él para encontrar su voz y, entonces, puso cara de confusión y dio la sensación de que fuera a ponerse de pie y echar a correr. El hombre había perdido sus notas en algún punto entre el camino de entrada y el balancín.

Salidas de una cara que era una tea rugiente, con la piel como quemada por el sol debido a su propia sangre, con los huesos doliéndole con calidez, Lydia sintió que su boca hinchada pronunciaba las siguientes palabras:

—Me alegro de verlo, señor Larsen.

—¡Oh, llámeme John!

El hombre propulsaba el banco colgante con los pies y sus zapatos chirriaban con cada movimiento, como si de voces demoníacas se tratase.

—Teníamos la esperanza de que se pasase por aquí algún día.

Nada más decir aquello, Lydia se dio cuenta de que acababa de hablar de más.

—¿En… en serio lo dice?

Él se volvió y la miró con el deleite de un niño y a ella le quedó claro que no importaba que acabara de hablar de más.

—Sí, a menudo hemos comentado que nos gustaría que se pasara.

—Me alegro —respondió él al borde del balancín—. Lo cierto es que he venido a hablar de algo importante.

—Me hago cargo.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Lo ha supuesto?

—Yo diría que sí.

—Las conozco a usted y a su hermana desde hace muchos años, aunque solo sea de pasada. Las he visto caminando juntas en muchas ocasiones, pero nunca he tenido el valor para…

—Para preguntarnos si podía venir.

—…Eso es. Hasta hoy. Hoy he reunido valor… y ¿sabe por qué? Hoy cumplo treinta y cuatro años… y me he dicho: «John Larsen, te haces viejo. Llevas mucho tiempo siendo batería. Has viajado mucho. La vida de fiestas se ha acabado para ti. Es hora de que sientes la cabeza. Y ¿qué mejor sitio para sentar la cabeza que Green Town, tu pueblo natal? Además, allí hay una mujer… una mujer muy guapa… aunque puede que no se haya fijado en ti…».

—Se ha fijado, se ha fijado.

Él se quedó pasmado, pero feliz.

—¡Jamás lo habría dicho! —dijo recostándose en el balancín, sonriente—. La cuestión es que me he dicho que tenía que venir. «Ve y que lo sepa. ¡Suéltaselo!». No me he atrevido hasta ahora. Es que… las mujeres pueden ser tan preciosas… y tan inalcanzables, tan intocables. Ya sabe, me refiero al tipo adecuado de mujeres. Y yo soy un cobarde. Sí, soy un cobarde con las mujeres. Con las adecuadas. Así que, dígame, ¿qué me sugiere? He venido a verla a usted primero, para hablar, para planearlo todo, para ver si podría ayudarme.

—¿Primero? ¿Ayudarlo? ¿Planearlo todo?

—Oh… es que su hermana es encantadora. Alta… pálida… Cuando la veo, pienso en un lirio blanco; ya sabe, de esos que tienen el tallo tan largo. Tan majestuosa, solemne y bella. Llevo años observándola, enamorado de ella… ¡Hala, ya lo he dicho! Diez años viéndola pasar, pero con miedo a hablar con ella.

—¿Qué?

La tea del rostro de Lydia titiló y se apagó.

—Y ¿dice usted que yo también le gusto? ¡Y pensar que hemos perdido tantos años! ¡Tendría que haber venido antes! ¿Me ayudará usted? ¿Se lo dirá usted? ¿Romperá el hielo? ¿Preparará, por favor, una cita, para que venga a verla lo antes posible?

—Está usted enamorado de mi hermana.

Era la constatación de un hecho.

—¡Con todo mi corazón!

Lydia se sentía como una estufa en una mañana de invierno, cuando las cenizas están muertas, las maderas heladas y el frío lo ha congelado todo.

—¿Qué sucede? —preguntó él.

La mujer notó que, esta vez, era el mundo el que se movía y que sí, en efecto, era ella la que se encontraba mal. El mundo cayó en picado.

—¡Diga algo! —le imploró él.

—Ama usted a mi hermana.

—Lo dice usted de una manera…

—Es que yo lo amo a usted.

—¿Qué?

—Que lo amo.

—Espere un momento…

—¿Es que no me ha oído?

—No lo entiendo.

—Yo tampoco —dijo ella mientras se sentaba recta. Había dejado de temblar y el frío estaba empezando a marchársele de los ojos.

—Está usted llorando…

—Es que no me diga… Piensa usted de mí lo mismo que piensa ella de usted.

—¡Oh, no! —protestó él.

—¡Claro que sí! —exclamó mientras las lágrimas le corrían por el rostro.

—¡No puede ser! —dijo casi dando un grito.

—Pues lo es.

—Pero si yo la amo a ella.

—Y yo lo amo a usted.

—¿No cree usted que haya ni siquiera una chispita de amor por mí en ella?

El hombre estaba ansioso por saberlo.

—Y ¿no cree usted que haya una chispita de amor por mí en usted?

—Algo tiene que haber que yo pueda hacer…

—Ninguno de los dos podemos hacer nada. Todo el mundo ama a la persona equivocada y todo el mundo odia a la persona equivocada —dijo echándose a reír.

—No se ría.

—No me estoy riendo —sentenció tirando la cabeza hacia atrás.

—¡Pare!

—¡Claro que sí! —respondió ella a gritos entre risotada y risotada. Tenía los ojos llenos de lágrimas y él la zarandeaba.

—¡Que pare! —dijo gritándole en la cara antes de ponerse de pie —. ¡Entre y dígale a su hermana que salga! ¡Dígale que quiero hablar con ella!

—¡Dígaselo usted! ¡Usted!

Lydia siguió riéndose.

Él se puso el sombrero y se quedó allí, desconcertado, observando cómo la mujer se balanceaba histérica, como un pedazo de hierro frío, mirando la casa.

—¡Pare! —insistió.

Acababa de empezar a sacudir a Lydia cuando una voz le ordenó:

—¡Pare usted!

El hombre se dio la vuelta y allí estaba Helen, por detrás de la mosquitera, una sombra fresca, apenas una palidez, una tenue silueta de tiza.

—Apártese de ella, señor Larsen. Déjela en paz. Quítele las manos de encima.

—¡Pero Helen…! —protestó él mientras corría hacia la mosquitera.

La puerta tenía el gancho puesto, pero ella sacó la mano y golpeó la mosquitera como para sacudir los últimos insectos del viejo verano.

—Baje del porche, por favor.

—¡Helen, déjeme entrar!

«¡John, vuelva!», pensó Lydia.

—Voy a contar hasta diez. Espero que se haya marchado con viento fresco antes de que acabe.

El hombre permaneció entre las dos frías damas, en aquel porche oscuro. Tanto el verano como el otoño se habían marchado ya. Una nieve invisible cayó sobre los hombros del hombre y del interior de la casa le llegó una ráfaga de viento.

—¿Cómo ha sucedido esto? —preguntó él en alto antes de volverle la espalda al mundo poco a poco.

Por alguna razón, a Helen aquel hombre le parecía una persona en una orilla mientras ella iba en una barca, la casa, claro, que la arrastraba a un mar otoñal sin que nadie se despidiera de ella con la mano por mucho que la separación fuera para siempre. Era incapaz de decidir si aquel hombre le parecía atractivo o ridículo. El gran cuerno del mar soplaba y la nave se alejaba aún más rápido, dejándolo a él varado en el césped, de nuevo con el sombrero en la mano, mirando en su interior, como si en él fuera a ver la vida que le quedaba por vivir, pero era un sombrero pequeño y la etiqueta con el precio

asomaba. Le temblaban las manos. Estaba borracho de conmoción. Se tambaleaba. Se le bamboleaban los ojos en aquella cara tan pálida que se le había quedado.

—Buenas noches, señor Larsen —dijo Helen escondida en la oscuridad.

Lydia seguía balanceándose en el banco colgante, en silencio ahora, sin aliento. Ya ni reía ni lloraba; se limitaba a dejar que el oscuro mundo le enseñara las estrellas cuando subía y la blanca luna cuando bajaba. Un cuerpo en un torbellino, con las manos a los lados y las lágrimas secándosele en la cara, rodeada por el viento que su propia navegación estaba levantando.

—Adiós.

El señor Larsen tropezó y cayó al suelo en mitad del césped. Se quedó allí un momento, como si se estuviera ahogando, con las manos en alto. Luego se puso de pie y salió huyendo calle abajo.

Cuando ya no lo veían, Helen abrió la puerta, salió despacio y se sentó en el banco colgante.

Las hermanas se balancearon juntas durante cosa de diez minutos, en silencio. Entonces, Helen dijo:

—Supongo que es imposible que dejes de amarlo, ¿verdad?

Se balancearon en la noche.

—Verdad.

Un minuto después, Lydia preguntó:

—Supongo que no hay ninguna manera de que llegues a amarlo tú, ¿no?

Helen negó con la cabeza.

La siguiente idea que se les ocurrió era compartida. Una la comenzó y la otra le puso punto final:

—Supongo que no hay ninguna manera…

—…de que él deje de amarte, ¿verdad, Helen?

—¿…y te ame a ti, Lydia?

Impulsaron el banco colgante en aquel porche emparrado y, después de que fueran y vinieran cuatro veces, ambas respondieron:

—No.

—Nos veo… —empezó a decir Helen—. ¡Ay, Dios! Dentro de veinte, treinta años. Tú y yo dando un paseo vespertino por el centro del pueblo. Por la calle Mayor, las dos. Hablando. Solas. Entrando en el estanco. Y allí está él. Allí está John Larsen, solo, a la luz del estanco, desenvolviendo un puro. Y nosotras como que bajamos el paso y él se olvida del puro en cuanto nos ve. Y lo miro como lo he mirado hace un rato. Y tú lo miras como lo has mirado hace un rato. Y él te mira a ti de la única manera que puede mirarte. Y a mí de esa

manera en la que me ha mirado esta noche el idiota ese. Y entonces nos quedamos allí, paradas, y las dos asentimos… y él se levanta el sombrero… y está calvo. Nosotras tenemos el pelo gris. Y seguimos caminando. Del brazo. Y hacemos la compra y pasamos la tarde por el pueblo. Y, cuando volvemos, dos horas después, de camino a casa, él sigue allí, solo, mirando a la nada.

Dejaron de impulsarse y se quedaron allí sentadas, sin moverse, pensando en los próximos treinta años.

La Hormigonera para Mafiosos

Burnham Wood, nunca supe su verdadero nombre, me llevó a aquel espléndido garaje que había convertido en una especie de despacho y biblioteca. En aquellas baldas estaban las obras completas de F. Scott Fitzgerald, encuadernadas en un buen cuero y con nervios y detalles de oro. Sentía como un picor en las manos mientras estudiaba aquella increíble colección que era parte de un experimento literario que Wood estaba planeando. Burnham Wood se apartó de su fascinante biblioteca, parpadeó y señaló la parte más alejada de su vasto garaje.

—¡Allí! —exclamó—. Mi irónica máquina con un nombre peculiar. ¿Eh?

Sin ninguna emoción en particular, dije:

—Parece uno de esos camiones que dan vueltas sobre su eje cada diez segundos para remover el cemento mientras van de camino a trazar nuevas carreteras.

—*Touché*! Es la Hormigonera para Mafiosos. Mire a su alrededor. Hay una relación entre ella y esta biblioteca.

Miré los libros, pero no encontré la relación de la que estaba hablando. Burnham Wood le dio unas palmaditas en el lateral a su máquina, que permanecía allí, como un gran elefante gris. La Hormigonera para Mafiosos se estremeció y se detuvo.

—La idea me vino a la cabeza en una noche desierta en la que una hormigonera pasó por delante de mí a toda velocidad. Me pregunté si iba de camino a hacer zapatos de cemento para gánsteres italianos. Me reí… pero la idea me atormentó y me desperté en mitad de la noche meses después. Tenía que fusionar mi biblioteca con aquel gran monstruo, dar con la manera, pensé, de hacer que aquel gran paquidermo de cemento viajara en el tiempo.

Rodeé la gran bestia gris mientras esta daba vueltas y susurraba, rotando, lista para viajar.

—La Hormigonera para Mafiosos, ¿eh? A ver, explíquese.

Burnham Wood tocó casi todos los libros de F. Scott Fitzgerald, tomó uno y me lo entregó.

Lo abrí.

—El último magnate. Su último libro. De hecho, murió antes de acabarlo.

—Eso es —dijo Burnham Wood acariciando su gran máquina—.

¿Es necesario que le diga lo que hay dentro? Todos los segundos, minutos, horas, días, semanas, meses y años de tiempo contenidos en los cincuenta años que hay que retroceder. Vamos a hacer que esas horas y días corran para que Scotty tenga algo más de tiempo y pueda acabar esta novela. Iba a ser la mejor de todas las que había escrito, pero acabó siendo un disco medio roto que pones a última hora de la noche, cuando has bebido demasiado.

—Ya… y ¿cómo va a hacerlo?

Burnham Wood sacó una lista:

—Lea. Estos son los destinos que va a visitar mi máquina para llevar a cabo su labor.

Me quedé mirando la lista antes de empezar a leerla.

—B. P. Schulberg, de la Paramount, ¿no?

—Eso es.

—Irving Thalberg, de la MGM, ¿no? Y Darryl Zanuck, de la Fox, ¿verdad?

—Verdad.

—¿Va a visitar usted a estas personas?

—Eso es.

—Aquí hay directores de varios estudios, rameras que trató, camareros de toda la creación… ¿Qué va a hacer usted con ellos?

—Dar con la forma de apartarlos de él, aunque sea untándolos o, si no hay otra manera, dándoles una buena paliza.

—Y ¿qué va a hacer con Irving Thalberg? Murió en 1936, ¿no?

—Pero, si hubiera vivido un poco más, habría sido una buena influencia para Scotty.

—Y ¿qué va a hacer si está muerto?

—Cuando Thalberg murió, no había sulfanilamida en el mundo. Pretendo colarme en la habitación de hospital en la que murió una semana antes de que falleciera y darle las medicinas que necesita para curarse y dejar que vuelva a la MGM un año más. Él habría contratado a Scotty para algo mejor de lo que estuvieron dándole.

—Esta lista es muy larga. Habla usted como si fuera a mover a esta gente como piezas de ajedrez.

Burnham Wood me enseñó un fajo de billetes de cien dólares.

—Voy a repartir de estos por todos lados. Algunas de estas personalidades poderosas podrían estar tentadas a actuar. Acérquese. Escuche.

Me acerqué a la gran máquina, que no dejaba de retumbar. En su interior oí gritos y disparos lejanos.

—Parece que ahí dentro… esté aconteciendo una revolución.

—La toma de la Bastilla.

—¿Por qué iba a estar ahí dentro la toma de la Bastilla?

—María Antonieta, de la MGM. Fitzgerald trabajó en ella.

—¡Dios mío, es cierto…! ¿Por qué escribiría algo así?

—Porque le gustaba mucho el cine… aunque el dinero le gustaba aún más. Escuche de nuevo.

Esta vez, los tiros se oían con más fuerza. Cuando las detonaciones terminaron, dije:

—Tres camaradas, Alemania, MGM, 1938.

Burnham Wood asintió.

Se oyó, de súbito, la risa de muchas mujeres. Cuando se quedaron calladas:

—Mujeres, Norma Shearer y Rosalind Russell, MGM, 1939.

Burnham Wood asintió una vez más.

Más risas, música a borbotones. Recité los nombres que recordaba de viejos libros llevados al cine.

—*Amor que mata*, con Joan Crawford. *Madame Curie*, con Greer Garson y guion de Huxley y F. Scott Fitzgerald. Dios mío… ¿por qué escribiría todo eso… y ¿por qué están todos esos sonidos dentro de su máquina?

—Las estoy haciendo pedazos. Las estoy destruyendo. Están todas dentro, en la mezcla. *Un diamante tan grande como el Ritz*, *A este lado del paraíso*, *Suave es la noche*. Están todas ahí dentro. Cuando juntas toda esa basura con lo realmente bueno, tienes la posibilidad de trazar una nueva carretera en algún lado del pasado para dar forma a un nuevo futuro.

Releí la lista.

—Son nombres de productores, directores y otros escritores de aquel período; alguno de la MGM, unos pocos de la Paramount y varios de Nueva York capital… al menos hasta el verano de 1939. ¿Qué pretende?

Me fijé en Burnham Wood y vi que miraba la máquina temblando de emoción.

—Voy a ir hasta allí con mi hormigonera metafórica y voy a hacerles zapatos de cemento a todos esos idiotas y, después, los llevaré a un mar de eternidad y los tiraré en él. Le abriré camino a Scotty, le haré el regalo del tiempo para que, así, ¡por favor, Dios!, acabe *El último magnate* y se publique.

—Pero… ¡eso es imposible!

—Yo lo voy a hacer… o moriré en el intento. Voy a encargarme de ellos, uno a uno, en días concretos de todos esos años. Voy a secuestrarlos para sacarlos de su entorno y dejarlos en otras ciudades en otros años, donde tendrán que abrirse camino como puedan, a

ciegas, teniendo en cuenta que habrán olvidado de dónde vienen y la terrible carga que le pusieron encima a Scotty.

Cerré los ojos y le di vueltas a aquella idea.

—Dios bendito… esto me recuerda a una película de George Arliss que vi cuando era niño: *El hombre que jugaba a ser Dios.*

Burnham Wood rio calmadamente.

—George Arliss, sí. Yo también me siento, en cierto modo, como el Creador, sí. Voy a atreverme a ser el salvador de nuestro querido, borrachín, tontaina e infantil Fitzgerald.

Acarició la máquina una vez más, que tembló y susurró. Casi era capaz de oír la sirena de los años apresurándose allí dentro, dando vueltas.

—Es la hora —dijo Burnham Wood—. Voy a subir, a girar los reóstatos y a hacer un truco de desaparición. Dentro de una hora vaya a la librería más cercana y consulte los libros que hay en las baldas para ver si ha habido algún cambio. No sé si regresaré alguna vez; podría quedarme atrapado en algún año durante una temporada. ¡Podría incluso quedar tan atrapado como la gente que pretendo secuestrar!

—Espero que no le importe que se lo diga… pero dudo que se pueda alterar el tiempo, por mucho que desee usted ser el coeditor de la última novela de F. Scott Fitzgerald.

Burnham Wood sacudió la cabeza y soltó:

—Son muchas las noches en las que he permanecido en la cama preocupándome por la muerte de muchos de mis escritores preferidos. El pobre Melville, el perdido Poe, Hemingway, que debería haber muerto en aquel accidente de avioneta en África… pero donde solo murió su capacidad para convertirse en un gran escritor. No puedo hacer nada respecto a todos esos, pero aquí, tan cerca de Hollywood, he de intentarlo. ¡He de intentarlo!

Burnham Wood se frotó las manos enérgicamente y me tendió la derecha para que se la estrechara. Así lo hice.

—Deséeme suerte.

—Suerte. ¿Hay algo que pueda decir para detenerlo?

—No lo intente. Mi gran elefante americano va a hacer del interior de sus tripas, que no contienen cemento, sino horas, días y años… ¡un recurso literario!

Subió a su Hormigonera para Mafiosos, hizo unos ajustes en un panel computarizado, se volvió y me estudió.

—¿Qué va a hacer usted dentro de una hora?

—Comprar un ejemplar del nuevo *El último magnate*.

—¡Estupendo! Échese para atrás. ¡Cuidado con la sacudida!

—¡Eso es de *La forma de lo que vendrá*!, ¿no es así?

—¡De H. G. Wells! —dijo Burnham Wood echándose a reír—. ¡Cuidado con la sacudida!

La tapa se cerró con un fuerte ruido. La gran Hormigonera para Mafiosos rugió, les dio vueltas a los años y, de repente, el garaje se quedó vacío.

Estuve esperando largo rato con la esperanza de que otra sacudida provocara que la gran bestia gris volviera a aparecer de súbito… pero el garaje permaneció vacío.

En la librería, una hora después, pregunté por una novela en particular. El vendedor me facilitó un ejemplar de *El último magnate*. Lo abrí y pasé las páginas. No pude evitar pegar un grito.

—¡Lo ha conseguido! —exclamé—. ¡Lo ha conseguido! ¡Hay cincuenta páginas más y el final no es el final que leí cuando el libro se publicó en su día! Por Dios… ¡lo ha conseguido!

Me eché a llorar.

—Son veinticuatro dólares y cincuenta centavos —me dijo el librero—. ¿Todo bien?

—Usted nunca lo sabrá… pero yo lo sé… ¡y le deseo todo lo mejor a Burnham Wood!

—¿A quién?

—Al hombre que ha jugado a ser Dios.

Las lágrimas me quemaban los ojos. Apreté el libro contra el corazón y salí de la tienda musitando:

—Sí… sí… el hombre que ha jugado a ser Dios…

Los fantasmas

Por la noche, los fantasmas flotaban como las semillas de algodoncillo en las praderas blancas. Desde lejos, alcanzabas a ver sus ojos brillando como linternas y una enardecida llamarada intermitente cuando se tropezaban unos con otros, como si alguien hubiera sacudido un brasero y las ascuas hubieran cobrado vida y cayeran como formando una cascada, pequeña pero feroz. Se acercaban a nuestras ventanas, por debajo de ellas, lo recuerdo bien, cada noche de verano durante tres semanas al año y, cada año, papá sellaba las ventanas del sur y nos pastoreaba a nosotras hasta una habitación del norte como si no fuéramos sino cachorrillos. Allí nos pasábamos las noches albergando la esperanza de que los fantasmas cambiaran de dirección y los viéramos alejándose prado abajo. Pero no, el suyo era el prado del sur.

—Deben de ser de Mabsbury —comentó nuestro padre, cuya voz nos llegaba desde las escaleras de la entrada hasta la cama en la que yacíamos las tres—, pero, cuando salgo con la escopeta, ¡por Jorge, han desaparecido!

También oímos la respuesta de nuestra madre:

—Venga, deja la escopeta, que tampoco deberías dispararlos.

Fue nuestro padre quien nos dijo que los fantasmas eran fantasmas. Asentía con cara de preocupación sin dejar de mirarnos a los ojos. Nos dijo que los fantasmas eran indecentes, porque se reían y presionaban la hierba de la pradera con su forma. Era fácil ver dónde habían estado tumbados la noche anterior, un hombre, una mujer. Siempre riéndose, pero suavemente. Nosotras nos despertábamos y abríamos ligeramente la ventana para dejar que el viento entrara y revolviera nuestro pelo, del color de los dientes de león. Y escuchábamos.

Cada año intentábamos esconderles la llegada de los fantasmas a nuestros padres. A veces lo conseguíamos durante cosa de una semana. Sobre el 8 de julio, no obstante, nuestro padre empezaba a ponerse nervioso. Se nos acercaba, nos miraba bien, atisbaba por entre las cortinas y nos preguntaba:

—Laura, Ann, Henrietta, ¿habéis… ya sabéis, por la noche… en la última semana o por ahí… habéis notado algo?

—¿A qué te refieres, papá?

—Me refiero a los fantasmas.

—¿A los fantasmas, papá?

—Ya sabéis, como el verano pasado y el anterior.

—Yo no he visto nada… ¿y tú, Henrietta?

—Yo tampoco. ¿Y tú, Ann?

—No, Laura, yo tampoco he visto nada.

—¡Parad! ¡Parad! —nos chillaba él—. Responded a una pregunta bien sencilla: ¿habéis oído algo?

—Yo oí un conejo.

—Yo vi un perro.

—Había un gato en…

—Si los fantasmas vuelven, tenéis que avisarme —decía muy serio antes de alejarse molesto.

—¿Por qué no quiere que veamos a los fantasmas? —preguntó Henrietta entre susurros—. Al fin y al cabo, es él quien dice que son fantasmas.

—A mí me gustan los fantasmas —comentó Ann—. Son diferentes.

Eso era cierto. Para tres niñas pequeñas, los fantasmas eran raros y maravillosos. Nuestros tutores conducían cada día para vernos y nos mantenían estrictamente atadas. Había fiestas de cumpleaños de vez en cuando, pero, en general, nuestra vida era tan insulsa como un bizcocho. Ansiábamos vivir aventuras. Los fantasmas nos salvaban, porque nos ponían la carne de gallina tantas veces que nos pasábamos el año entero acordándonos de ellos.

—¿Qué traerá por aquí a los fantasmas? —se preguntó Ann.

Lo desconocíamos.

Al parecer, nuestro padre, en cambio, sí que lo sabía. Oímos su voz flotando escaleras arriba una noche más.

—La calidad del musgo —le aseguró a nuestra madre.

—Estás exagerando.

—Creo que han vuelto.

—Pues las niñas no han dicho nada.

—Las niñas son un poco ladinas. Creo que haríamos bien en cambiarlas de habitación esta misma noche.

—Ay, cariño… —suspiró profundamente nuestra madre—. Esperemos hasta que estemos seguros. Ya sabes lo que pasa cuando las cambiamos de habitación. Se tiran una semana durmiendo mal y están enfurruñadas durante el día. Piensa en mí, Edward.

—De acuerdo —convino nuestro padre, pero había algo en su tono de voz que nos hizo pensar que urdía un plan.

A la mañana siguiente, las tres bajamos las escaleras

apresuradamente para desayunar al tiempo que jugábamos al pillapilla. «¡Pillada!», gritábamos. Abajo nos topamos con nuestro padre.

—Padre, ¿qué sucede? —le preguntamos.

Porque allí estaba él, con una pomada amarilla y vendas blancas en las manos. Tenía el cuello y la cara rojos, irritados.

—Nada —respondió mirando en lo más profundo de sus cereales, revolviéndolos como apesadumbrado.

—Pero… ¿qué te ha pasado?

Nos reunimos a su alrededor.

—Apartaos, niñas —nos pidió nuestra madre—, que vuestro padre ha tocado hiedra venenosa.

—¿Hiedra venenosa?

—¿Cómo ha sucedido, padre?

—Sentaos, hijas —nos advirtió nuestra madre al ver que nuestro padre empezaba a rechinar los dientes.

—¿Cómo se ha envenenado? —pregunté yo.

Nuestro padre salió de la estancia dando grandes pasos. No dijimos nada más. A la noche siguiente, los fantasmas se habían ido.

—¡Oh, no! —se lamentó Ann.

En nuestras camas, como ratones, esperamos la llegada de la media noche.

—¿Oyes algo? —pregunté susurrando mientras veía los ojos de muñeca de Henrietta mirando hacia abajo por la ventana.

—No —respondió.

—¿Qué hora es? —siseé un tiempo después.

—Las dos en punto.

—Yo creo que ya no vienen —comenté con pena.

—No, ya no vienen —dijeron ellas.

Nos quedamos oyendo nuestra respiración. La noche permaneció en silencio hasta el amanecer.

—¡Té para dos y dos para el té! —cantaba nuestro padre mientras se servía la susodicha bebida. Era evidente que estaba contento, satisfecho de sí mismo—. ¡Ja, ja, ja!

—Padre está feliz —le comentó Ann a mamá.

—Sí, cariño.

—A pesar de la hiedra venenosa.

—¡A pesar de la hiedra venenosa! —exclamó este entre risas—. ¡Soy mago! ¡Un exorcista!

—¿Un qué?

—E-x-o-r-c-i-s-t-a —deletreó—. ¿Quieres un té, esposa?

Henrietta y yo corrimos hasta la biblioteca y Ann se quedó jugando fuera.

—Exorcista… —leí en el diccionario—. ¡Aquí está! —y subrayé la palabra con el dedo—. «Aquel que exorciza fantasmas».

—¿Que les hace hacer ejercicio? —se preguntó Henrietta.

—¡No, tonta! E-xor-ci-zar. Eso es como eliminar, como hacer que algo se vaya.

—¿Como matar? —aulló Henrietta.

Ambas nos quedamos mirando el libro embargadas por la sorpresa.

—¿Habrá matado papá a nuestros fantasmas? —preguntó Henrietta mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Dudo que sea tan malo.

Durante media hora nos quedamos sentadas, estupefactas, sintiéndonos frías, vacías. Entonces, Ann entró en casa rascándose los brazos.

—Ahora ya sé dónde le pasó a papá lo de la hiedra venenosa —nos anunció—. ¿Queréis que os lo cuente?

—¿Dónde?

—En la loma que hay por debajo de nuestra ventana. Aquello está lleno de hiedra venenosa… ¡pero nunca la había habido!

Cerré el diccionario despacio.

—¡Vamos a ver!

Llegamos a la loma y, en efecto, estaba llena de hiedra venenosa, suelta, sin enraizar. Alguien debía de habérsela encontrado en el bosque, la había llevado en cestos hasta allí y la había extendido por la zona.

—¡Oh! —Henrietta se quedó sin aliento.

A todas nos vinieron a la cabeza las manos y la cara hinchadas de papá.

—Los fantasmas… —murmuré—. ¿Exorcizará la hiedra venenosa a los fantasmas?

—Fijaos en lo que le hizo a papá.

Asentimos todas.

—Chist —dije llevándome un dedo a la boca pidiendo silencio—. Tenemos que conseguir guantes y, cuando haya anochecido, nos la llevaremos. Nosotras exorcizaremos al exorcista.

—¡Hurra! —gritaron las demás.

La luz se había ido, la noche de verano estaba en calma y olía al dulce aroma de las flores. Esperamos en la cama, con los ojos brillando como los de un zorro en una cueva.

—Las nueve —susurró Ann.

Un rato después dijo:

—Las nueve y media.

—Espero que vengan —comentó Henrietta—, que nos ha costado mucho quitar la hiedra.

—¡Chist! ¡Escuchad!

Nos sentamos.

Desde las praderas iluminadas por la luz de la luna nos llegó un susurró y el frufrú del viento de mediados de verano, que retozaba con la hierba y ascendía hacia las estrellas que lucían en el cielo. Oímos como un restallido y una risa agradable. Corrimos sin zapatos, con las pisadas apagadas, hasta la ventana donde nos reunimos las tres y nos quedamos frías. Presas de un horror expectante, vimos una lluvia de chispas demoníacas en la loma herbosa y dos formas neblinosas que se movían tras la protección que les proporcionaban los arbustos.

—¡Oh! —exclamamos abrazándonos temblorosas—. ¡Han vuelto! ¡Han vuelto!

—¡Ay, como se entere papá!

—¡Pero no se ha enterado! ¡Chist!

La noche murmuró y se rio, y la hierba silbaba. Nos quedamos junto a la ventana largo rato y, en un momento dado, Ann dijo:

—Voy a bajar.

—¿Qué?

—Quiero saber.

Y se apartó de nosotras.

—Pero… ¡podrían matarte!

—Voy a bajar.

—¡Pero Ann… los fantasmas!

Oímos sus pies, muy rápidos, escaleras abajo y cómo abría la puerta principal en silencio. Pegamos la cara a la ventana. Ann, en camisón, como una polilla de terciopelo, apareció aleteando por el prado.

—Ay… que Dios cuide de ella —le deseé al ver que estaba acercándose a hurtadillas a los fantasmas.

—¡Aaah! —gritó Ann.

A aquel grito le siguieron otros. Varios. Henrietta y yo contuvimos el aliento. Ann corría por el prado. Los fantasmas se desvanecieron en un abrir y cerrar de ojos por la colina, como si fueran un viento.

—¡Mira lo que has conseguido! —le espetó Henrietta a Ann cuando nuestra hermana volvió a la habitación.

—¡No me hables! —le soltó Ann—. ¡Es terrible!

Se acercó a la ventana y la agarró con intención de bajarla, pero la detuve.

—Pero… ¿qué sucede? —le pregunté.

—Los fantasmas… —empezó a decir entre sollozos, enfadada y triste a un tiempo— se han ido para siempre. Papá los ha asustado. ¿Sabéis qué era lo que había ahí abajo? ¿Lo sabéis?

—¿El qué?

—¡Dos personas!¡Un hombre y una mujer asquerosos!

A Ann le corrían lágrimas por el rostro.

—¡Oh! —gemimos.

—¡Se acabaron los fantasmas para siempre! —insistió Ann—. ¡Odio a papá!

Y el resto de aquel verano, en las noches iluminadas por la luna, cuando el viento soplaba y formas blancas se movían en la penumbra de la pradera, las tres hacíamos exactamente lo mismo que habíamos hecho la noche anterior: nos levantábamos de la cama, cruzábamos la habitación y cerrábamos la ventana de golpe para dejar de oír a aquellas personas asquerosas. Luego, volvíamos a la cama, cerrábamos los ojos y soñábamos con los días en que los fantasmas se dejaban llevar por nuestra pradera, en los buenos tiempos, antes de que papá lo estropeara todo.

¿Dónde está mi sombrero? ¿Por qué tanta prisa?

—Dime, Alma, ¿cuándo fue la última vez que estuvimos en París?

—Ay, Dios, Carl, ¿es que no lo recuerdas? Hace dos años.

—Ah, sí —respondió él, y escribió algo en el bloc—, en 2002.

Levantó la vista y preguntó:

—Y ¿antes de eso?

—Pues en 2001, claro.

—¡Eso, eso, en 2001! Y también en 2000.

—¿Pero cómo has podido olvidarte del nuevo siglo?

—El falso nuevo siglo.

—La gente no podía esperar. Tenían que celebrarlo antes de tiempo.

—¡Qué bueno es hacer las cosas antes de tiempo! ¡Qué bueno es París! En el año 2000 —dijo mientras garabateaba.

Ella miró en derredor, se inclinó hacia delante y le preguntó:

—¿Qué estás haciendo?

—Recordando. Rememorando París. ¡Cuántas visitas!

—Qué bien.

La mujer se echó hacia atrás sonriendo.

—No necesariamente. ¿Estuvimos allí en 1999? Me parece recordar…

—La boda de Jane. La graduación de Sam. Ese año no fuimos.

—Nos perdimos París en 1999. Ya está —y subrayó la fecha.

—Fuimos en 1998, en 1997 y en 1996.

La mujer asintió las tres veces.

Él fue haciendo memoria año tras año hasta llegar a 1983.

Ella asentía y asentía.

Él escribió las fechas y, después, pasó un largo rato mirándolas.

Luego, hizo unos ajustes y garabateó unos comentarios junto a algunos de los datos y se quedó sentado un momento, pensativo.

Por fin, descolgó el teléfono y marcó un número. Cuando respondieron, preguntó:

—¿Viajes Aragón? Quiero dos billetes, uno a mi nombre y el otro sin nombre, para hoy, en el vuelo de la United de las cinco a París. Por favor, les agradecería que me confirmaran la compra lo antes posible.

Les dijo su nombre y les dio el número de su tarjeta de crédito.

Colgó.

—¿A París? No me habías dicho nada, no hay tiempo.

—Acabo de decidirlo hace unos minutos.

—¿Así, sin más? Pero…

—¿Es que no lo has oído? Un billete a mi nombre, pero el otro no es nominativo. El nombre lo daré más adelante.

—No te…

—Tú no vas.

—Pero si has pedido dos billetes…

—Uno para mí y otro para quien se presente voluntaria.

—¿Voluntaria?

—Voy a llamar a varias personas.

—Pero… con que esperes veinticuatro horas…

—No puedo esperar. Llevo veinte años esperando.

—¿Veinte años?

El hombre volvió a marcar un número de teléfono. A lo lejos, el teléfono sonó y, cuando respondieron, se oyó una voz aflautada.

—¿Estelle? Soy Carl. Sé que esto es muy improvisado, una tontería quizás, pero ¿tienes el pasaporte al día? ¿Sí? Bien… —se rio —. ¿Qué te parecería volar a París esta misma tarde, a las cinco en punto? —se quedó escuchando—. No, no es ninguna broma, es en serio. París, diez noches. Misma habitación. Misma cama. Tú y yo. Diez noches, gastos pagados —se quedó escuchando y asintió con los ojos cerrados—. Sí. Sí. Sí, vale. Claro, claro, lo comprendo. Tenía que intentarlo. Quizás la próxima vez. No, que lo comprendo. ¡Por supuesto! Claro. Hasta otra.

Colgó y se quedó mirando el teléfono.

—Era Estelle.

—Sí, ya.

—Que no puede, pero que no es personal.

—Pues no lo parecía.

—Espera.

—Espero, espero.

Marcó otro número de teléfono. Se oyó una voz más aguda.

—¿Ángela? Soy Carl. Sé que es una locura, pero ¿querrías reunirte conmigo en la United Airlines, hoy a las cinco? Nada, equipaje de mano. Destino: París. Diez noches. Champán y confesiones en el lecho. Cama y desayuno. Tú. Yo.

Se oyó un alarido al otro lado del teléfono.

—¡Lo tomaré como un sí! ¡Maravilloso!

Colgó. No podía parar de reír.

—Era Ángela —comentó en alto rebosante de energía.

—Eso me ha parecido.

—Sin discusiones.

—Le ha parecido bien. La cuestión…

—Espera.

El hombre dejó la habitación y volvió unos minutos después con una maleta muy pequeña y guardando la cartera y el pasaporte como podía en el bolsillo de la chaqueta.

Allí estaba, de pie, sonriente, delante de su esposa.

—Bueno, ¿y las explicaciones? —le dijo esta.

—Voy.

Le tendió la lista que había escrito hacía unos diez minutos.

—De 1980 a 2002. Nuestros viajes a París, ¿no es así?

La mujer miró la lista.

—Así es. ¿Y?

—¿Hemos estado en Francia juntos todas esas veces?

—Sí. Juntos. Todas esas veces —volvió a mirar la lista—. No entiendo…

—No, y nunca lo has entendido. Dime, ¿recuerdas, en nuestros viajes a París, cuántas veces hicimos el amor?

—Qué pregunta tan extraña.

—No, no tiene nada de extraño. ¿Cuántas?

La mujer estudió la lista como si el total estuviera allí.

—No puedes pretender que recuerde las veces exactas.

—La cuestión es que no puedes recordarlo.

—¿Que no puedo…?

—¡Ni aunque lo intentases!

—Pues unas…

—¡No, no, no, de unas nada! ¡Ni una sola noche de todas las que pasamos en París, la ciudad del amor, hicimos el amor!

—No creo que…

—Ni una sola. Lo has olvidado, pero yo lo recuerdo. Lo recuerdo a la perfección. Ni una sola vez. No nos acostamos ni una sola vez.

Se hizo un silencio que fue alargándose mientras ella miraba la lista y, finalmente, dejaba que se le cayera de entre los dedos. No miró a su marido.

—¿Lo entiendes ahora? —le preguntó él.

Ella asintió en silencio.

—Y ¿no te parece triste?

Ella volvió a asentir en silencio.

—¿Recuerdas aquella película encantadora que vimos hace tanto en la que Garbo y Melvyn Douglas miraban un reloj en París y eran casi las doce y él decía: «Ay, Ninotchka, Ninotchka, la manecilla larga y la corta casi se tocan. Casi se tocan en un momento en que medio

París le estará haciendo el amor al otro medio. Ay, Ninotchka, Ninotchka».

Su esposa asintió y en uno de sus ojos apareció una lágrima.

El hombre fue a la puerta, la abrió y dijo:

—¿Entiendes por qué tengo que irme? Porque puede que el año que viene sea muy mayor… o que ni siquiera siga en este mundo.

—Nunca es demasiado tarde…

—Para nosotros sí, lo es. Veinte años tarde en París. Veinte semanas y veinte noches del 14 de julio, día de la Bastilla. Todo ello… demasiado tarde. Dios, qué triste. Me dan ganas de llorar, pero ya lo hice en su momento. Adiós.

—Adiós —respondió ella susurrando.

El marido abrió la puerta y se quedó mirando el futuro.

—Ay, Ninotchka, Ninotchka —susurró antes de irse, asegurándose de no cerrar la puerta de golpe.

Fue la conmoción la que la sentó a ella de golpe en la silla.

La transformación

Antes de que a Steve le diera tiempo a levantarse siquiera de la silla, ellos habían entrado a saco en la habitación, lo habían sujetado, le habían tapado la boca con la mano y, ahora, se lo llevaban, renqueando, aterrado, de su pequeño apartamento amarillo. Steve se fijó en cómo el techo de escayola iba quedándose atrás. Empezó a girar la cabeza con violencia hasta que consiguió liberar la boca y, al instante, mientras ellos se esforzaban por sacarlo por la puerta, él vio las paredes de su retiro, llenas de fotos de forzudos salidos en el *Strength and Health* clavadas con chinchetas y en el suelo, desparramados debido al breve forcejeo, los ejemplares de *Flash Detective* que había estado leyendo cuando había oído los pasos de los atacantes al otro lado de la puerta.

Ahora, colgaba como un muerto entre los cuatro que lo llevaban en andas. Durante un buen rato estuvo tan aterrado por el miedo que era incapaz de moverse siquiera; era un peso muerto que aquellos cuatro llevaban en mitad de la noche. Steve pensó: «Esto es un error. Esto es el sur y yo soy blanco… como ellos… y han venido a mi casa y se me han llevado. Esto es imposible. Estas cosas no pasan. El mundo estaría enfermo si cosas así sucedieran».

Sentía una palma sudorosa en la boca mientras se lo llevaban trastabillando por el césped. Oyó una voz informal y risueña decir:

—Buenas noches, señorita Landriss. Es nuestro amigo Steve Nolan, que otra vez está borracho. ¡Como lo oye, señorita!

Y todos soltaron sus risotadas fingidas.

Lo tiraron a los asientos de atrás de un coche y un par de los abductores se sentaron junto a él, cada uno a un lado, muy pegados, y allí, en aquella calurosa noche de verano, se sintió como si fuera algo que metes entre las páginas de un libro. El coche se alejó de la acera como despedido. Oía voces que hablaban y la mano que le tapaba la boca dejó de tapársela. Steve Nolan se humedeció los labios y miró a quienes estaban en el coche con él con nerviosismo, con los ojos vidriosos.

—¿Qué… qué vais a hacer?

Se quedó sin aliento y pisó el suelo con muchísima fuerza, como si eso fuera a detener el coche.

—Stevie, Stevie —le dijo uno de los hombres, que, despacio,

movía la cabeza de un lado al otro.

—¿Qué queréis de mí?

—Ay, Stevie, tú ya sabes lo que queremos.

—¡Dejadme salir!

—¡Que no escape!

Se metieron a toda velocidad por una carretera secundaria, a oscuras. Oía los grillos a uno y otro lado del coche y no había luna, solo un gran número de estrellas en el negro cielo de aquella cálida noche.

—¡Yo no he hecho nada! ¡Os conozco! ¡Sois esos puñeteros liberales! ¡Sois comunistas! ¡Vais a matarme!

—Nunca se nos ocurriría —dijo uno de ellos mientras palmeaba la mejilla de Steve con suavidad, con afecto casi.

—Yo soy republicano. ¿Qué eres tú, Joe?

—¿Yo? Yo también soy republicano.

Ambos le pusieron una sonrisa gatuna. Steve tenía mucho frío.

—Si es por la negra esa… por Lavinia Walters…

—¿Quién ha dicho nada de Lavinia Walters?

Se miraban unos a otros, sorprendidos.

—Mack, ¿tú sabes qué pasa con Lavinia Walters?

—Yo no, ¿y tú?

—Pues hace poco he oído algo de que ha tenido un chaval. ¿Es a esa a la que te refieres, Steve?

—¡A ver, a ver, chicos… parad el coche! ¡Parad el coche, venga, y os cuento lo de Lavinia Walters!

La lengua de Steve se movía, temblaba por fuera de los labios. El hombre tenía los ojos abiertos de par en par, como congelados. Su cara había adquirido el tono del hueso limpio. Parecía un cadáver sujeto por los hombres sudorosos que tenía a los lados, fuera de lugar, ridículo, demacrado por el miedo.

—¡Por favor! ¡Por favor! —gritó al tiempo que reía de manera estridente—. ¡Somos del sur! ¡Los cinco! ¡Y los del sur tenemos que ayudarnos!, ¿no? ¿No? ¡Venga, no me digáis que no!

—Y nos estamos ayudando —se miraron unos a otros—. ¿Verdad, chicos?

—Esperad un momento… —dijo Steve mirándolos con los ojos entrecerrados—. Os conozco… Tú eres Mack Brown, conduces uno de los camiones de la feria que hay junto al río. Y tú eres Sam Nash, tú también trabajas en la feria. Sois todos de la feria o de la zona… no deberíais comportaros así. Venga, que es una bonita noche de verano, parad en la próxima intersección, me dejáis bajar y por Dios os juro que no diré nada de esto a nadie —dijo sonriendo con generosidad

desorbitada—. Lo sé… lo de la sangre caliente y todo eso… pero somos todos de aquí, ¿eh? Porque ¿quién es el que va delante, con Mack?

Un rostro se volvió en la penumbra a la única luz de un cigarrillo.

—Pero si tú eres…

—Bill Colum. Hola, Steve.

—¡Bill, tú y yo fuimos juntos a clase!

La expresión de Colum era dura.

—En su día no me caías bien, Steve… pero ahora me caes gordo.

—Si esto es por lo de Lavinia Walters… por la puta negra esa… es una bobada, de verdad… No le hice nada.

—Nada que no le hayas hecho a una decena de mujeres a lo largo de los años, ¿no?

Mack Brown, que iba al volante, habló y el cigarrillo le bailoteó en el labio inferior:

—Yo no sé de qué va esto. Se me olvidan las cosas. ¿Qué pasa con la tal Lavinia? Contádmelo otra vez.

—Pues era una mujer de color, una descarada —dijo Sam, que estaba en el asiento de atrás sujetando a Steve—. ¡Joder, pero si la tía hasta tuvo los ovarios de pasearse ayer por la calle Mayor con el bebé en los brazos! Y ¿sabes lo que decía la tía, Mack, lo que decía bien alto para que todos los blancos la oyeran? Decía: «¡Este bebé es hijo de Steve Nolan!».

—Eso no se hace, ¿eh?

Se metieron por otra carretera secundaria, en dirección a la feria. Una carretera con muchos baches.

—Y eso no es todo. Entró en todas esas tiendas en las que no ha entrado un negro en años y se acercaba a la gente y le decía: «Fijaos, este bebé es hijo de Steve Nolan. ¡De Steve Nolan!»

A Steve le corría el sudor por la cara y empezó a forcejear, pero Sam le apretó la garganta con fuerza y se calmó.

—Sigue con la historia —le pidió Mack.

—Por lo visto, la cosa fue que, un día, Steve estaba paseando por una carretera como estas en su Ford cuando vio a una preciosa chica de color, Lavinia Walters, que iba sola caminando. Se detuvo junto a ella y le dijo que o subía o le decía a la Policía que le había robado la cartera. Ella, como tenía miedo, subió y dejó que la llevara al pantano, donde estuvieron una hora.

—¿Eso sucedió?

Mack Brown se metió por detrás de las tiendas de la feria. Como era lunes por la noche, la feria estaba muerta, a oscuras, con el cálido viento batiendo suavemente las tiendas. En algún lado ardían unas

tenues linternas azuladas que iluminaban con un tono cadavérico los enormes carteles de las atracciones.

Sam Nash movió la mano por delante de la cara de Steve, le dio unas palmaditas en las mejillas, le pellizcó la barbilla, los brazos. Luego, puso cara de aprobación. Por primera vez, bajo aquella luz azul, Steve vio los tatuajes que Sam tenía en las manos y se dio cuenta de que ascendían mano arriba y le cubrían el cuerpo. Aquel hombre era el tatuador de la feria. Y allí sentados, con el coche en silencio, en el final del trayecto, todos ellos empapados en sudor, expectantes, Sam acabó de contar la historia.

—La cuestión es que Steve obligó a Lavinia a encontrarse con él dos veces a la semana en el pantano o, de lo contrario, la denunciaría. Como era de color negro, Lavinia sabía que poco podría hacer contra la palabra de un hombre blanco. Así, ayer tuvo las narices de recorrer la calle Mayor contándole a todo el mundo, a todo, que el padre de su bebé era Steve Nolan.

—A esa mujer habría que colgarla —comentó Mack Brown mientras se daba la vuelta y miraba a los que ocupaban el asiento de atrás.

—Y la colgaron, Mack —le aseguró Sam—, pero no adelantemos acontecimientos. Después de que fuera por el pueblo contándole algo tan terrible a todo el mundo, se detuvo delante de la charcutería de Simpson, en el porche, ya sabéis, donde acostumbran a sentarse los hombres, donde está el barril con agua de lluvia… y tomó al bebé y… y lo metió bajo el agua y se quedó mirando cómo salían burbujas. Y dijo una vez más: «Este bebé es hijo de Steve Nolan». Luego dio media vuelta y se marchó, con las manos vacías.

Y esa era la historia.

Steve Nolan se quedó esperando a que le pegaran un tiro. El humo de los cigarrillos vagaba a la deriva por el coche.

—Yo… yo no tuve nada que ver con eso de que la colgaran anoche… —se excusó Steve.

—Pero ¿la colgaron? —preguntó Mack.

Sam estrechó los hombros.

—La han encontrado esta mañana en su cabaña, donde vivía, junto al río. Algunos dicen que se suicidó, otros dicen que alguien fue a hacerle una visita y la ahorcó, pero hizo que pareciera un suicidio. Y tú, Steve —Sam le dio un golpecito suave en el pecho—, ¿cuál de las dos versiones crees que es la de verdad?

—¡Que se suicidó!

—Chist. No hables tan alto, que te oímos perfectamente —le pidió con amabilidad.

—Pues, Steve —empezó a decir Bill Colum—, nosotros pensamos que te enfureciste cuando Lavinia tuvo las narices de ir pronunciando tu nombre por la calle Mayor y de ahogar a tu bebé, así que la mataste pensando que nadie te diría nunca nada.

—Debería daros vergüenza.

De repente, Steve era un valentón, o, más bien, aparentaba serlo.

—¡Tú no eres del sur, Sam Nash! ¡Soltadme, me cago en…!

—Steve, voy a decirte una cosa —Sam le agarró de la pechera y le arrancó los botones de la camisa con un mero movimiento de la mano —. Somos unos sureños la hostia de raros. Unos sureños a los que no les gusta la gente como tú. Llevamos observándote y pensando en ti mucho tiempo, Steve, y esta noche ya no podíamos aguantar más —y le arrancó el resto de la camisa.

—¿Vais a azotarme? —preguntó Steve mientras se miraba el pecho desnudo.

—No. Vamos a hacerte algo mucho mejor —respondió Sam inclinando la cabeza—. Llevadlo a la tienda.

—¡No!

Pero tiraron de él y lo metieron en una tienda oscura en la que enseguida encendieron una luz que hizo que las sombras escaparan tambaleándose en todas direcciones. Lo ataron a una mesa y lo miraron sonrientes, pensativos. En un cartel, Steve leyó: «¡Tatuajes! ¡Cualquier diseño! ¡Cualquier color!», y empezó a ponerse malo.

—¿Sabes lo que voy a hacerte, Steve?

Sam empezó a enrollarse las mangas de la camisa y quedaron a la vista las largas serpientes rojas que tenía dibujadas en sus peludos brazos. Se oyó un tintineo de instrumentos, el sonido de un líquido al removerlo. Los hombres miraban a Steve con interés benévolo. Steve parpadeaba y el cartel donde decía lo de los tatuajes temblaba y desaparecía en la cálida tienda. Steve se quedó mirando fijamente el cartel. Tatuajes. Cualquier color. Tatuajes. Cualquier color.

—¡No! —gritó—. ¡No!

Le soltaron las piernas y le cortaron las perneras del pantalón con unas tijeras bien grandes. Lo desnudaron.

—Sí, Steve, claro que sí.

—¡No puedes hacer esto!

Sabía lo que le iban a hacer. Empezó a chillar.

En silencio, con suavidad, Sam le tapó la boca con cinta adhesiva justo después de que Steve gritara:

—¡Socorro!

Steve vio la brillante y argentina aguja de tatuar en la mano de Sam.

Sam se inclinó sobre Steve. Muy íntimo. Le hablaba serio, en voz baja, como cuando le cuentas un secreto a un niño pequeño.

—Mira, Steve, voy a hacerte lo siguiente. Primero, voy a tatuarte de negro las manos y los brazos. Luego voy a tatuarte el cuerpo. También de negro. Seguiré por las piernas y, para acabar, Steve, amigo, te tatuaré la cara. De negro. El negro más negro que hay, Steve. Negro como la tinta. Negro como la noche.

—¡Mmm! —gritaba Steve por detrás de la cinta adhesiva.

El grito salió amortiguado por sus fosas nasales. Sus pulmones lo bombearon. Su corazón lo bombeó también.

—Y, cuando hayamos acabado contigo esta noche, volverás a tu apartamento. Y, una vez allí, te llevarás tus cosas y te marcharás. Nadie quiere a negros viviendo allí… independientemente de cómo hayas llegado a serlo. Quieto, quieto, no te muevas, que tampoco te va a doler tanto. Ya te veo, Steve, mudándote al barrio de los negros, ¿eh? Viviendo solo. Porque tu casero no va a querer saber nada de ti; sus otros inquilinos podrían pensar que eras negro y que has estado mintiendo acerca del color de tu piel. Un casero no se puede arriesgar a perder inquilinos, así que vas a tener que irte. Podrías mudarte al norte. Buscar trabajo. Pero no un trabajo como el que tienes ahora, vendiendo billetes en el ferrocarril, no. De mozo de estación, quizás. O de limpiabotas, ¿eh, Steve, qué te parece?

De nuevo el grito y vómito que salió como a reacción por sus fosas nasales.

—¡Quitadle la cinta adhesiva, que se va a ahogar! —ordenó Sam.

Le quitaron la cinta adhesiva. Le dolió.

Cuando dejó de sentirse mal, le taparon la boca de nuevo.

—Es tarde —dijo Sam consultando el reloj—. Será mejor que empecemos si queremos acabar esta noche.

Los cuatro se inclinaron sobre la mesa con la cara sudorosa. Empezó a oírse el ronroneo eléctrico de la aguja.

—¿No os parecería gracioso que un día mataran a Steve de un tiro tras acusarlo de violación? —comentó Sam por encima de Steve, trabajando con la aguja en el pecho del retenido, cosiéndolo con tinta negra. Se despidió de Steve con la mano—. ¡Adiós, Steve! ¡Ahora vas a tener que sentarte en la parte de atrás del tranvía!

La voz fue desvaneciéndose. Steve cerró los ojos. Por dentro estaba aullando. Oyó voces murmurando en la noche de verano. Vio a Lavinia Walters caminando por la calle Mayor, en el pasado, con un bebé en brazos, vio burbujas subiendo a la superficie y algo colgando de una viga. Sintió la aguja mordisqueando su piel una y otra vez, sin parar y sin visos de que fuera a hacerlo. Cerró los ojos con más fuerza

para enfrentarse al pánico y, de repente, se dio cuenta de que había dos cosas que estaban muy claras: que al día siguiente tendría que comprar un par de guantes blancos y que, después… después tendría que romper todos los espejos de su apartamento.

Permaneció tumbado en la mesa toda la noche, llorando.

Sesenta y seis

Voy a contarte una historia y no te la vas a creer, pero voy a contártela de todos modos. Es una especie de asesinato misterioso. Aunque, por otro lado, puede que se trate de una historia sobre un viaje en el tiempo… y, ahora que lo pienso, puede que sea también una historia sobre la venganza aderezada con un par de fantasmas y… hala, ¡listo!

Soy agente de la Policía motorizada de Oklahoma y patrullo entre Kansas y Oklahoma capital, lo que antes se llamaba Ruta 66. La cuestión es que, durante el último mes, se han producido una serie de descubrimientos muy extraños a lo largo de la ruta.

A principios de octubre descubrí los cadáveres de un hombre, de una mujer, de un joven y de dos niños en diferentes campos que hay a lo largo de la ruta. Los cadáveres estaban desperdigados por una zona de más de ciento cincuenta kilómetros, pero, a pesar de ello, y por la forma en la que estaban vestidos, daba la sensación, al menos a mí me la dio, de que tenían alguna relación. Daba la sensación de que cada una de las personas había muerto víctima de algún tipo de estrangulamiento, pero eso no ha quedado confirmado. No hay marcas en los cadáveres, pero todo indica que los asesinaron y que los abandonaron a propósito cerca de la carretera.

La ropa que llevaban las víctimas no era de esta época. De hecho, sería imposible encontrar esa ropa en ninguna tienda hoy en día. Daba la impresión de que el hombre fuera un granjero, dado que iba vestido con ropa de trabajo: vaqueros, una camisa harapienta y un sombrero maltrecho. La mujer parecía un espantapájaros raído y muerto de hambre. El joven también estaba vestido como un granjero, pero con la diferencia de que parecía que hubiera viajado ocho mil kilómetros envuelto en una tormenta de polvo. Los dos niños, un chico y una chica de unos doce años, también tenían aspecto de haber estado vagando por carreteras, tanto bajo lluvias severas como bajo soles de justicia, y de que hubieran muerto por el camino.

Cuando pienso en el Dust Bowl, que hace referencia a una tierra desértica por el efecto de la erosión del viento, me vienen a la cabeza unos recuerdos que no me pertenecen. Mi madre y mi padre nacieron a principios de los años veinte del siglo XX y vivieron la Gran Depresión, de la que llevo oyendo hablar toda la vida. Los que

vivíamos aquí, en el centro de los Estados Unidos, sufrimos aquella pesadilla que todos hemos visto en las películas: el polvo soplando en enormes torbellinos por la tierra, destruyendo graneros y arrasando los cultivos.

He oído la historia y la he visto tan a menudo que me siento como si la hubiera vivido. Esta es una de las razones por las que el hecho de que encontrara esos cadáveres me resulta tan extraño.

Hace unas noches me desperté sobre las tres de la mañana y me di cuenta de que había estado llorando, pero no sabía por qué. Me senté en la cama y recordé que había estado soñando con los cadáveres que había encontrado a lo largo de la carretera, de Kansas capital a la frontera de Oklahoma.

Decidí levantarme y mirar en algunos libros antiguos que me dejaron mis padres y encontré fotografías de los okis, gente que había decidido mudarse al oeste y que quedó inmortalizada en *Las uvas de la ira* de Steinbeck. Cuanto más miraba las fotografías, mayor era la necesidad que sentía de llorar. Tuve que dejar los libros y volver a la cama. Empecé a llorar y no me pude dormir hasta que salió el sol.

He decidido contarte la versión larga de la historia porque, para mí, todo esto ha sido muy doloroso.

Encontré el cadáver del hombre en un campo de maíz vacío, tirado en una acequia, con la ropa quemada por el sol y reseca como una cosecha agostada. Llamé al forense del condado y seguí investigando. Tenía la incómoda sensación de que iba a encontrar más cadáveres. Sigue suponiéndome un completo misterio por qué me invadió esa sensación.

Encontré a la mujer a unos cuarenta y cinco kilómetros de allí, bajo una alcantarilla. Ella, en cambio, no mostraba signos de violencia, sino que parecía que la hubiera matado un rayo en mitad de la noche, sin dejar rastro.

Unos sesenta y cinco kilómetros más allá di con los cadáveres de los niños y del joven.

Cuando estuvieron todos reunidos, como las piezas de un rompecabezas, en la oficina del forense, los estudiamos embargados por una tremenda sensación de pérdida a pesar de que no los conocíamos de nada. Teníamos la sensación de que los habíamos visto en algún lado, de que los conocíamos bien… y lloramos su muerte.

Este caso podría haber seguido siendo un increíble misterio para siempre. Muchas semanas después, sin embargo, una tarde, mientras esperaba en el barbero a que me cortaran el pelo, me entretuve hojeando una pila de revistas. En un momento dado abrí una antigua y llegué a una página de fotografías que me llevó a pegar un salto y a

tirar la revista contra la pared, pero la volví a tomar de inmediato a la voz de: «¡Ay, por Dios! ¡Ay, por Dios!». La así con fuerza y salí de allí a todo correr. Porque, por Dios… los okis que salían en aquellas fotografías… ¡eran los okis que había encontrado desperdigados por la carretera! No obstante, cuando la miré con más atención, leí que aquellas fotos las habían hecho hacía unas semanas en Nueva York y que no se trataba sino de personas vestidas como okis.

La ropa que vestían era nueva, pero envejecida, y, si querías comprarla, bastaba con que fueras a unos grandes almacenes, donde te la venderían por el precio de lo que te habría costado nueva, pero con la sensación de haber vuelto atrás en el tiempo unos sesenta años.

No sé lo que sucedió a continuación. Tengo la impresión de que me embargó una ira ciega, porque de pronto oí a alguien gritando y resultó que era yo mismo: «¡Maldita sea! ¡Por Dios!».

Arrugué la revista y me quedé mirando mi motocicleta. Era una noche fría, pero se apoderó de mí la sensación de que tenía que tomar la moto e ir a algún lado. Conduje con aquel clima de otoño durante un buen rato, pero iba deteniéndome aquí y allí. No sabía dónde estaba, pero tampoco me importaba.

Y ahora voy a contarte otra cosa que no vas a creer, aunque, quizás, cuando haya acabado, sí que la creas.

¿Alguna vez has estado en mitad de un vendaval? De una tormenta de viento como las que recorrieron Kansas y vaciaron Oklahoma en los años de la erosión del Dust Bowl. Cuando ves las fotos y oyes hablar de aquella época, resulta complicado imaginar cómo era que la gente que estaba dentro de los grandes vientos no pudiera ver el horizonte y no supiera ni siquiera qué momento del día era. El viento soplaba con tantísima fuerza que tiraba abajo las granjas o les arrancaba el tejado y abatía los molinos de viento. Estropeó numerosas carreteras de pueblo que, a decir verdad, eran poco más que caminos de barro.

En cualquier caso, te pierdes en mitad de una tormenta así y el polvo te quema los ojos y se te mete por las orejas y te olvidas de qué día es, de qué año es, y te preguntas si va a pasar algo terrible, aunque tienes la esperanza de que no sea tan malo, pero lo es.

Este gran viento rugía y yo estaba en la carretera, con la moto, cuando me alcanzó. Era incapaz de ver, así que me detuve. Me quedé allí, con el sol apagándose por efecto de la tormenta y el viento aullando y, por primera vez, sentí miedo. A decir verdad, no sabía qué era lo que me provocaba ese miedo, pero esperé con la moto y, después de mucho rato, fue como si el viento muriera y, entonces, por la Ruta 66, desde el horizonte oriental, muy muy despacio, apareció

una tartana, un vehículo abierto con fardos en la parte de atrás y una bolsa de agua en un lado, con vapor saliendo del radiador y con tanto barro incrustado en el parabrisas que quien fuera que lo conducía tenía que ponerse medio de pie para ver la carretera.

El vehículo se acercó como sin ganas y, de pronto, fue como si se quedara sin combustible. El hombre que iba al volante me miró y yo lo miré a él. Era alto, tenía la cara huesuda y las manos, que rodeaban el volante, también eran huesudas. Llevaba un sombrero arrugado y tenía barba de tres días. Aquella mirada suya hacía que pareciera que había pasado toda la vida inmerso en una tormenta nocturna.

Se quedó esperando a que fuera yo quien hablara.

Me acerqué y lo único que se me ocurrió fue:

—¿Está usted perdido?

Se me quedó mirando fijamente con aquellos ojos grises que tenía. No movió la cabeza, sino los labios:

—No, ahora no. ¿Esto es por el Dust Bowl?

Me eché un poco hacia atrás y dije:

—No había oído esas palabras desde que era niño… pero sí, lo es.

—Y ¿es esta la Ruta 66?

Asentí.

—Lo que imaginaba. Entonces, si sigo recto, ¿llegaré a mi destino?

—Y ¿cuál es su destino?

Se fijó en mi uniforme y enarcó los hombros.

—Estaba buscando… una comisaría de Policía.

—¿Por qué?

—Porque… porque creo que quiero entregarme.

—Bueno, yo podría ponerle bajo arresto. Ahora bien, ¿por qué quiere entregarse?

—Pues… porque creo que he matado a unas personas.

Miré hacia allí de donde venía el hombre. El polvo se estaba asentando.

—¿Por allí? —le pregunté.

Miró por encima del hombro muy despacio y asintió.

—Sí, por allí.

De nuevo se levantó viento y volvió la polvareda.

—Y ¿hace cuánto?

Cerró los ojos.

—Pues… en algún momento de estas últimas semanas.

—A dicho usted que ha matado a unas personas. ¿A cuántas?

Abrió los ojos con fuerza y le temblaron las pestañas.

—A cuatro. ¡No, a cinco! Sí, a cinco. ¡Qué alivio! ¿Me entrego ya?

Dudé porque algo no encajaba.

—Su historia es muy vaga. Cuénteme algo más.

—Bueno, pues… a ver… no sé cómo explicarlo… pero es que llevo conduciendo por esta carretera muchísimo tiempo. ¡Se me hacen años!

«Años», pensé. Así me lo parecía a mí también; daba la sensación de que aquel hombre llevara años conduciendo.

—¿Y qué ha pasado?

—Es como si esa gente se me hubiera puesto delante de repente. Uno de ellos parecía mi padre y otra parecía mi madre cuando era muy joven, y el tercero se parecía a mi hermano, pero es que hace tiempo que murió. También tenía otros dos hermanos, un chico y una chica, y ellos también estaban allí. Fue muy raro, la verdad.

—Así que cinco personas. Cinco, ¿eh?

Me acordé de lo que me había pasado hacía unos días, de las cinco personas que había encontrado entre Kansas capital y Oklahoma.

Asintió.

—Eso es.

—Bueno y ¿qué le hicieron? ¿Por qué decidió usted matarlas?

—No, estaban en la carretera. No sé qué hacían allí, pero, por la manera en que iban vestidas y por el aspecto que tenían, había algo que no encajaba… y me sentí obligado a detenerme y a matarlos uno a uno… a quitarles la vida. Tuve que hacerlo.

Se miró las manos, aún alrededor del volante, sujetándolo con fuerza.

—¿Eran autoestopistas?

—No, no exactamente. Eran algo peor. Los autoestopistas no tienen nada de malo, van a algún lado. Sin embargo, estas personas… yo diría que eran furtivos. Bandidos, criminales, ladrones, no sé. Es difícil saberlo.

Volvió a mirar la carretera; el polvo empezaba a agitarse de nuevo.

—¿Alguna vez ha salido de la iglesia el domingo a mediodía sintiéndose limpio, como si tuviera otra oportunidad para vaya usted a saber qué… y está usted ahí, de pie, renacido, rodeado de gente embargada por la felicidad, como dice el reverendo, y, entonces, en mitad de ese mediodía, unas personas del otro lado del pueblo llegan en coche, con sus trajes negros y se la quedan… me refiero a que se quedan tu felicidad con esas sonrisas demoníacas, y tú estás allí con la gente y sientes cómo tu felicidad se va derritiendo como el hielo en primavera y, entonces, en cuanto ven que han conseguido arrebatarte

la dicha, se marchan de nuevo con su particular y pecaminosa idea de la felicidad?

El conductor se quedó callado, cerró los ojos como si estuviera pensando en algo y, al cabo de un instante, exhaló y añadió:

—¿No es eso una especie de… no sé… —y buscó la palabra hasta que dio con ella— de blasfemia?

Pensé en lo que acababa de decir y respondí:

—Esa es la palabra, sí.

—No estábamos haciendo nada, tan solo estábamos allí, recién salidos del servicio, renacidos, y ellos llegaron y nos prometieron la salvación.

—Qué blasfemia.

—Yo solo tenía diez años, pero aquella fue la primera vez en la que sentí ganas de agarrar una azada y roturar una sonrisa. Pero ahí estás… que te sientes desnudo… Te han robado lo mejor del domingo. ¿No cree usted que tenía yo derecho a pedirles que me lo devolvieran, que me lo entregaran, «yo me quedo el abrigo, quítate esos pantalones y también el sombrero, sí, el sombrero»?

—Cinco personas. Un hombre adulto, una mujer, un joven y dos niños. Me resulta familiar.

—En ese caso, ya sabe a lo que me refiero. Llevaban esa ropa. Es curioso… con esa ropa que llevaban… es que parecía que acabaran de salir del Dust Bowl, pero que hubieran pasado en él mucho tiempo, incluso que hubieran vivido al descubierto y dormido por la noche con el viento soplando y su ropa llenándose de polvo y sus caras recrudeciéndose y… y los miré uno a uno y le dije al hombre: «Tú no eres mi padre». Él no supo qué decir. Miré a la mujer y le dije: «Tú no eres mi madre», y ella tampoco respondió. Luego miré a mi hermano y a mis otros dos hermanos, a los pequeños, y les dije: «No os conozco de nada. Parece que lo seáis, pero hay algo en vosotros que no encaja. ¿Qué hacéis en esta carretera?». Ellos tampoco dijeron nada. Debían de estar… no sé… avergonzados, quizás… pero no se apartaban del camino. Estaban delante del coche, de pie, y me quedó claro que, si no hacía algo, no me permitirían llegar a la ciudad de Oklahoma. ¿Sabe qué hice entonces?

—Les puso punto final.

—Es una buena manera de decirlo. «Arráncales la ropa», pensé para mí. «No se merecen llevar esa ropa». «Arráncales la piel», pensé también, «porque no se merecen parecerse a tu madre, a tu padre y a tus hermanos». Así que pisé el acelerador, pero ellos no se movieron y no podían hablar porque estaban avergonzados, y se levantó viento y el vehículo se movió. Mientras se movía, ellos fueron cayendo delante

de él, yo seguí recto y, cuando miré atrás, albergué la esperanza de que la parte de abajo del vehículo les hubiera hecho jirones la ropa, pero no, seguían estando completamente vestidos, algo que no se merecían. Estaban allí, tirados en la carretera y no sé si estaban muertos, la verdad, pero esperaba que, en efecto, lo estuvieran. Bajé entonces, fui hasta donde estaban y, uno a uno, los agarré, los puse en la parte de atrás y me los llevé de allí con el viento soplando cada vez con más fuerza y los dejé uno aquí, el otro allí… y, para ese momento, ya no se parecían en nada a mi familia. Es una historia peculiar, ¿no le parece?

—Es peculiar.

—Bueno, pues ya está, ya se lo he contado todo. ¿Me entrego ya?

Lo miré a los ojos y miré la carretera y pensé en que los cadáveres aún estaban en la oficina del forense, en Topeka.

—Me lo pensaré.

—¿A qué se refiere? Se lo he contado todo. Soy culpable. Les he puesto punto final.

Me quedé esperando. El viento cada vez era más fuerte y cada vez había más polvo.

—No. Es extraño, pero no creo que sea usted culpable. No me pregunte por qué, pero no lo creo.

—Bueno, que se hace tarde. ¿Quiere usted ver mi carné de identidad?

—Si quiere usted mostrármelo.

Sacó una cartera ajada del bolsillo y me la entregó. Dentro no había carné de conducir, solo una vieja tarjeta con un nombre que me costó bastante leer, pero que me resultó familiar, como algo sacado de uno de los periódicos de antes de que yo hubiera nacido. Sentí un escalofrío en la nuca y le pregunté:

—¿Adónde va a ir ahora?

—Pues no lo sé… pero me siento mejor que cuando he iniciado mi viaje. ¿Qué me espera en ese lado de la carretera?

—Lo de siempre: California, postales, naranjas y limones, puede que campos gubernamentales, mares de bungalós… —le respondí devolviéndole la cartera con la tarjeta en ella—. Encontrará una comisaría de Policía como a unos quince kilómetros. Si, para cuando llegue allí, sigue teniendo la necesidad de entregarse, hágalo, pero no seré yo quien lo detenga.

—¿Y eso? —preguntó con sus ojos grises callados y quietos.

—Yo solo sé que, en ocasiones, algunas personas no merecen llevar la ropa que llevan o las caras que llevan. Algunas personas… se interponen.

—Yo iba muy despacio.

—Y ellos no se movieron.

—No. Les pasé por encima y ya está… y me sentí bien. Bueno, pues creo que voy a seguir mi camino.

Me aparté y dejé que el hombre siguiera adelante. El vehículo siguió su curso, con el conductor inclinado sobre el volante, asiéndolo con fuerza, y el viento siguiéndolo a medida que se hacía más pequeño y desaparecía en el crepúsculo.

Me quedé observándolo, no más de cinco minutos, hasta que dejé de verlo. Para entonces, el viento era fuerte y el polvo se me metía en los ojos. No sabía ni dónde estaba ni si estaba llorando. Volví a la moto, me monté, pisé el acelerador y salí en dirección contraria.

Cuestión de gustos

Me encontraba cerca del cielo cuando vimos llegar la nave plateada. Yo me movía por entre los altos árboles en la gran tela matinal y todos mis amigos me acompañaban. Nuestros días siempre eran iguales, siempre eran buenos, y nosotros siempre estábamos felices, pero también nos alegramos al ver el transporte argento llegar desde el espacio, probablemente porque significaba un cambio, si bien no un cambio irracional, en nuestro tapiz, y sentíamos que no nos costaría adaptarnos al patrón, igual que nos habíamos ajustado a una maraña de situaciones a lo largo de un millón de años.

Somos una raza antigua y sabia. En un momento de la historia nos planteamos el viaje espacial, pero desistimos. Y desistimos porque implicaba que el refinamiento que buscábamos para nuestra vida se rompería como una telaraña en una tormenta y que interrumpiríamos cien mil años de filosofía justo cuando estaba dando sus frutos más maduros y sabrosos. Así, decidimos quedarnos en este planeta de lluvias y de selvas y vivir en paz.

En ese momento, sin embargo, aquel navío plateado volvió a despertar en nosotros nuestro sentido aventurero. Aquí llegaban viajeros de otro planeta que habían tomado una decisión diametralmente opuesta a la nuestra. La noche, como se suele decir, tiene mucho que enseñarle al día, y el sol, que es como sigue el refrán, enciende la luna. Así que, feliz, igual que todos mis amigos, descendí, como en un sueño agradable, hacia el claro en el que se encontraba el transporte del color de la plata.

Me siento obligado a describir la tarde: las grandes ciudades-red relucían con la fría lluvia, recién limpios los árboles gracias al agua caída y, ahora, el sol brillaba. Ese día había participado en una comida especialmente suculenta y el buen vino de la zumbona abeja de la jungla y una cálida lasitud atemperaban mi excitación y hacían que disfrutara aún más de ella.

Pero se dio una situación curiosa… Mientras que todos, puede que un millar en total, nos reuníamos alrededor de la nave con actitud amistosa, la aeronave no hizo nada; permaneció firmemente ensimismada. Sus portales no se abrían. Por un instante me pareció ver una criatura en un puertito superior, pero es probable que me hubiera equivocado.

—Por alguna razón —me dirigí a mis amigos—, los habitantes de este precioso navío no se aventuran al exterior.

Nos pusimos a hablar al respecto. Llegamos a la conclusión de que, quizás, el raciocinio de los animales de otros planetas fuera de una naturaleza diferente al nuestro; que era probable que se sintieran abrumados por nuestro amplio comité de bienvenida. No creíamos que esas fueran a ser las verdaderas razones, pero, aun así, transmití este sentimiento a cuantos me rodeaban y en menos de un segundo la jungla tembló, la gran tela dorada tiritó y me quedé solo junto a la nave.

De inmediato, avancé hasta el puerto y dije en voz alta:

—¡Os damos la bienvenida a nuestras ciudades y tierras!

Enseguida oí una maquinaria que se movía en la nave y me sentí contento. Un minuto después, se abrió el portón.

No había nadie.

Les hablé con voz muy amistosa.

Nadie me respondió, pero oí una conversación rápida en el interior de la nave. No entendía nada, como es normal, porque se trataba de un idioma extranjero. En cualquier caso, lo que me transmitió aquella conversación fue desconcierto, cierto enfado y, por mucho que a mí me resultara extraño, un tremendo miedo.

Tengo una memoria precisa. Recuerdo la conversación, que no significaba nada para mí entonces y que sigue sin tener significado, pero cuyas palabras sigo guardando en la cabeza. Tan solo tengo que extraerlas y ofrecértelas:

«¡Ve tú, Freeman!»

«¡No, tú!»

Un titubeo de indecisión seguido de una mezcla de aprensión. Estaba a punto de repetir mi invitación amistosa cuando una única criatura salió con cuidado de la nave y se me quedó mirando. Curiosamente, la criatura temblaba como si tuviera pavor.

Enseguida sentí preocupación. Era incapaz de entender aquel pánico sin sentido. Como es normal, soy un individuo suave y honorable. No albergaba ningún mal sentimiento contra aquel visitante, de hecho, hacía mucho tiempo que la maquinaria de la malicia se había oxidado en nuestro planeta. Aun así, allí estaba la criatura, apuntándome con lo que me pareció un arma metálica y temblando. En el cerebro de aquella criatura estaba la idea de matar.

La calmé de inmediato.

—Soy tu amigo —y lo repetí como pensamiento, como emoción.

Recuerdo que imbuí mi pensamiento de calidez, de amor, de la promesa de una vida larga y feliz, y que eso fue lo que le envié al

visitante.

Bueno, pues si no había respondido a la palabra hablada, respondió, claramente, a la telepatía, porque se relajó. Oí que decía:

—Bien.

Esa fue la palabra. La recuerdo a la perfección. Una palabra sin sentido, pero el cerebro de la criatura resultaba más cálido por detrás de aquel símbolo.

Disculpa, pero es el momento de que describa a mi invitada.

Era bastante pequeña. Yo diría que andaba por el metro ochenta, con una cabeza encima de un tallo corto, solo cuatro extremidades, dos de las cuales, al parecer, utilizaba exclusivamente para caminar, si bien daba la sensación de que las otras no sirvieran para caminar, solo para sujetar objetos ¡o para hacer gestos! Me fascinó que carecieran de más pares de extremidades, que tan útiles y necesarias nos resultaban a nosotros. No obstante, por lo visto, aquella criatura se sentía muy cómoda con su cuerpo, así que decidí aceptarla tal y como se aceptaba ella.

La criatura, que tenía un color pálido y que carecía de pelo casi por completo, tenía unos rasgos de una estética muy peculiar, la boca en especial, y con los ojos hundidos, si bien resultaban sorprendentes, artísticos, como el mar del mediodía. En general, me parecía una construcción extraña, pero, como curiosidad, como aventura, era de lo más emocionante. Ponía a prueba mis gustos y mi filosofía.

Hice los ajustes de inmediato.

Le envié los siguientes pensamientos a mi nuevo amigo:

«Somos vuestros padres y vuestros hijos. Os damos la bienvenida a nuestras grandes ciudades de los árboles, a nuestra vida-catedral, a nuestras tranquilas costumbres y a nuestros pensamientos. Entre nosotros siempre estaréis en paz. No tenéis nada que temer».

Oí que decía en alto:

—¡Dios mío… es monstruosa! ¡Una araña de más de dos metros de alto!

Fue entonces cuando se apropió de él una especie de conjuro, un paroxismo, y un fluido salió de su boca como un torrente, haciendo que se estremeciera con violencia.

Sentí compasión, pena y tristeza. Algo estaba poniendo mala a aquella pobre criatura. Se cayó y su rostro, que ya era blanco de por sí, se puso aún más blanco. Respiraba con dificultad y temblaba.

Me acerqué para ayudarla. Al hacerlo, debí de alarmar a los de la nave con mi velocidad porque, mientras tomaba a la criatura caída para ofrecerle mi ayuda, en la nave se abrió de golpe una puerta interior. Otros iguales que mi amigo salieron a toda prisa, gritando,

confundidos, asustados, moviendo a uno y otro lado unas armas plateadas.

—¡Tiene a Freeman!

—¡No dispares, idiota, que podrías darle a Freeman!

—¡Cuidado!

—¡Por Dios!

Aquellas fueron las palabras, que siguen sin tener para mí significado alguno hoy en día, pero que recuerdo bien. Sentí, no obstante, el miedo con el que las pronunciaban. Quemaba el aire. Me quemaba el cerebro.

Soy capaz de pensar muy rápido. Al instante, me adelanté, célere, deposité a la criatura donde los suyos pudieran acceder a ella y me retiré de su alrededor sin hacer ruido y enviándoles el siguiente pensamiento: «Es vuestra. Es mi amiga. Todas vosotras sois mis amigas. No temáis. Os ayudaré a ella y a vosotras si es que puedo. Está enferma. Cuidad bien de ella».

Estaban fascinadas. Permanecieron de pie y su pensamiento era como una mezcla de asombro y conmoción. Llevaron a su amiga y la metieron en la nave. Después, se asomaron para mirarme. Les envié mi amistad como si fuera una cálida brisa marina. Les sonreí.

Luego volví a la ciudad de tela enjoyada, a nuestra buena ciudad entre los altos árboles, debajo del sol, en el fresco cielo. Estaba empezando a llover una lluvia nueva. Mientras alcanzaba el hogar de mis hijos y de los hijos de mis hijos, oí unas palabras que me llegaron de muy abajo y vi a las criaturas en la puerta de su nave, mirándome. Sus palabras fueron las siguientes:

—Amistosas… Por Dios… arañas amistosas…

—¿Cómo es posible?

Sintiéndome muy bien, empecé este tapiz y esta narración, para lo que utilicé ciruelas de lima y melocotones y naranjas silvestres cosiéndolos a la tela dorada. El patrón era precioso.

Pasó una noche. Cayeron las lluvias frescas que limpiaron nuestras ciudades y las decoraron con joyas cristalinas. Les dije a mis amigos que dejáramos que la nave permaneciera allí, sola, que permitiéramos que aquellas criaturas se acostumbraran a nuestro mundo, que ya se atreverían a salir antes o después y que seríamos amigos y que su miedo desaparecería como desaparecen todos los miedos, con amor y amistad. Nuestras culturas tendrían mucho que aprender la una de la otra. Ellas, nuevas y valientes como para aventurarse por el espacio en vainas de metal, y nosotros, ancestrales, acomodados y colgando en nuestras ciudades a media noche, sintiendo cómo la lluvia caía sobre

nosotros con benevolencia. Nosotros les enseñaríamos la filosofía del viento y de las estrellas y cómo lo verde crece hacia arriba y cómo es el cielo cuando es azul y cálido a mediodía. Seguro que ellas querrían saber todo eso. Y ellas, a cambio, nos proporcionarían aire nuevo con las historias sobre su planeta, puede que incluso de sus guerras y conflictos, para recordarnos nuestro propio pasado y lo que, con sentido común, habíamos dejado atrás, como si no fueran sino juguetes inútiles, en el mar. Teníamos que dejarlas estar y tener paciencia. En unos pocos días estarían bien.

Desde luego, me resultó interesante el aire de confusión y horror que pesó sobre la nave durante toda una semana. Una y otra vez, desde nuestros confortables hogares de los árboles, en el cielo, veíamos cómo las criaturas nos observaban. Centré mi mente en su nave y oí sus palabras, incapaz de descifrar su significado, pero sintiéndome bien emocionalmente:

—¡Arañas! ¡Dios mío!

—¡Y son enormes! Es tu turno, Negley. Te toca salir a ti.

—¡No, a mí no!

Era la tarde del séptimo día cuando una de las criaturas se aventuró fuera de la nave, sola, desarmada, y me llamó desde allí abajo. Yo respondí a la llamada enviándole amistad, una amistad cálida y bienintencionada. En un instante me acerqué hasta la visitante y la gran ciudad enjoyada quedó por detrás de mí temblando al sol.

Debería haberme dado cuenta. La criatura se asustó y salió huyendo a todo correr. Me detuve en seco, pero sin dejar de enviarle mis mejores deseos y pensamientos. Se calmó y regresó. Percibí que tenían una especie de voluntariado o competición y que aquella era la criatura a la que habían elegido.

«No tiembles», pensé.

«No», pensó ella en mi propio idioma.

Entonces fui yo quien se sorprendió, pero me encantó.

—He aprendido vuestro lenguaje —me dijo muy despacio, en alto, con los ojos desorbitados y la boca temblándole—. Con máquinas. A lo largo de esta semana. Sois amistosas, ¿verdad?

—¡Por supuesto!

Me agaché para ponerme a su altura, para estar al mismo nivel. Debíamos de estar a algo menos de dos metros el uno del otro. Ella se echaba para atrás. Sonreí.

—¿Por qué tienes miedo? A mí no será.

—¡Oh, no, no, no! —respondió ella a toda prisa.

Oí su corazón latir en el aire, como un tambor; un murmullo cálido, rápido y profundo.

En su mente, sin saber que yo podía leérsela, pensó en nuestro propio lenguaje: «Bueno… si me mata… la nave solo habrá perdido un tripulante. Mejor perder solo a uno… ¡que a todos!».

—¡Matarte! —grité sorprendida y preocupada porque tuviera aquel pensamiento, aunque también me divirtió—. En este planeta hace cien mil años que nadie muere por culpa de la violencia. Por favor, deja a un lado esa idea. Seamos amigos.

La criatura tragó saliva.

—Hemos estado estudiándoos con instrumental. Con máquinas telepáticas. Hemos hecho mediciones… Esto es una civilización, ¿verdad?

—Tal y como puedes ver.

—Vuestro coeficiente intelectual… nos ha dejado asombrados. Por lo que vemos y oímos… ¡está por encima del doscientos!

El término era ligeramente ambiguo, pero, una vez más, me resultó divertido y le envié un pensamiento de júbilo y placer.

—Sí —respondí.

—Soy el ayudante del capitán —comentó la criatura, y me ofreció lo que me di cuenta de que era su sonrisa. La diferencia era que él sonreía en horizontal en vez de en vertical, como hacemos los miembros de la ciudad de los árboles.

—Y ¿dónde está el capitán?

—Enfermo… enfermo desde el día en que llegamos.

—Me gustaría conocerlo.

—Me temo que no va a ser posible.

—No sabes cuánto me apena oír eso.

Envié mi mente a la nave y allí estaba el capitán, tendido en una especie de cama, musitando. Estaba muy enfermo. De vez en cuando gritaba. Cerró los ojos y se protegió con los brazos como si estuviera teniendo una visión agitada. «¡Ay, Dios! ¡Dios!», repetía una y otra vez en su lengua.

—¿Acaso tiene miedo de algo vuestro capitán? —pregunté con educación.

—No, no… no es eso. Está enfermo —respondió el ayudante nervioso—. Hemos tenido que elegir a un nuevo capitán, que saldrá más tarde —y se apartó de mí—. Bueno… pues… adiós.

—Permíteme que te escolte por nuestra ciudad mañana. Estáis todos invitados.

Todo el tiempo que había estado allí, todo el tiempo que habíamos pasado hablando, no dejó de temblar. Temblaba, temblaba y

temblaba.

—¿También tú estás enfermo?

—No, no —respondió antes de salir corriendo hasta la nave.

Una vez dentro, constaté que estaba muy enfermo.

Volví a nuestra ciudad en el cielo, entre los árboles, perplejo. «Qué curioso… —me dije—, qué nerviosos son estos visitantes».

Al anochecer, mientras seguía trabajando en el tapiz de ciruelas y naranjas, me llegó una palabra como si viniera a la deriva: «¡Araña!».

Pero no le presté atención, porque era hora de subir a lo alto de la ciudad a esperar el primer viento del mar, a estar allí, sentado entre amigos, en paz, disfrutando del olor y de la bondad de la vida a lo largo de la noche.

En mitad de la noche les pregunté a las progenitoras de mis hijos:

—¿Qué sucede? ¿De qué tienen miedo? ¿Qué les aterra así? ¿Acaso no soy una criatura inteligente y de carácter amistoso?

Todas respondieron que, en efecto, lo era.

—Entonces, ¿a qué vienen tantos temblores, por qué enferman, por qué pegan esos alaridos?

—No sé… puede que tenga que ver con su apariencia —dijo mi esposa—. Yo, por ejemplo, los encuentro raros.

—Sí, yo también.

—Y extraños.

—¡Por supuesto!

—Y me da un poco de miedo su apariencia. Cada vez que los miro… me siento incómoda. Son tan diferentes…

—Pero, si te paras a pensar en ello, si te lo planteas con inteligencia, esos pensamientos se desvanecen —les dije—. Es cuestión de estética. Sencillamente, estamos acostumbrados a nosotros mismos. Nosotros tenemos ocho patas y ellos solo tienen cuatro, dos de las cuales ni siquiera utilizan como patas. Es curioso, raro, resulta inquietante en un primer momento, sí… pero yo lo acepté prácticamente de inmediato. Nuestra estética es resistente.

—Quizás la suya no lo sea. Puede que a ellos no les guste nuestro aspecto.

Me eché a reír.

—¿Insinúas que van a tener miedo de la apariencia? ¡Cómo va a ser eso!

—Sí… tienes razón. Tiene que ser otra cosa.

—Me encantaría saber el qué —comenté—. Me encantaría. Ojalá pudiera lograr que se tranquilizasen.

—Olvídate de eso —me pidió mi esposa—, que hay un nuevo

viento. Escucha. Escucha.

Al día siguiente llevé al nuevo capitán a dar un paseo por la ciudad. Estuvimos horas hablando. Nuestras mentes se encontraron. Él era, precisamente, un doctor de la mente. Se trataba de una criatura inteligente; menos inteligente que nosotros, sí, pero no hay que tener prejuicios. Me pareció una criatura ingeniosa, con buen humor, con muchos conocimientos y, a decir verdad, pocos prejuicios. Aun así, pasó toda la tarde, todo el rato en que le estuve enseñando la ciudad de los cielos, intentando ocultar un temblor que no cesaba.

Por educación, no volví a sacar el tema.

De vez en cuando, el nuevo capitán tomaba una serie de pastillas.

—¿Qué son? —le pregunté.

—Son para los nervios —respondió a toda prisa—. Nada más.

Lo llevé a todas partes y, tan a menudo como era posible, dejaba que descansara en alguna rama. Una de las veces, cuando consideré que era hora de ponerse en marcha de nuevo, lo toqué y se estremeció, y su rostro se contrajo a su manera.

—Somos amigos, ¿no? —le pregunté preocupado.

—Sí, amigos. ¿Qué? —dijo como si me oyera por primera vez—. Por supuesto… amigos. La vuestra es una raza espléndida y esta ciudad es encantadora.

Hablamos de arte y de belleza, del tiempo y de la lluvia y de la ciudad. Él mantenía los ojos cerrados. Los mantenía cerrados y nos llevábamos cada vez mejor. Entonces se animó mientras hablábamos y se rio; se sentía feliz y me hizo un cumplido sobre mi ingenio y mi inteligencia. Es raro, pero tengo la sensación de que me llevaba mejor con él cuando miraba al cielo que cuando lo miraba a él. Me resulta curioso haber notado algo así. Él, con los ojos cerrados, hablando de mentes e historia, de viejas guerras y problemas, a lo que yo le respondía rápidamente.

Solo cuando abría los ojos, se volvía, casi de inmediato, distante. Aquello me ponía triste. Me daba la sensación de que él también estaba triste, porque cerraba los ojos rápidamente y hablaba y, en un minuto, nuestra buena relación se reestablecía, su temblor desparecía.

—Sí —me respondió con los ojos cerrados—, de hecho, somos muy buenos amigos.

—Me alegro de que así sea.

Lo acompañé de vuelta a la nave. Nos deseamos buenas noches, pero volvía a temblar y una vez entró en la nave no fue capaz de cenar. Lo sé porque mi mente estaba allí dentro. Y volví con mi familia, emocionado porque había pasado un buen día, si bien estaba

teñido por una tristeza que nunca había sentido hasta entonces.

Mi historia está a punto de terminar. La nave se quedó con nosotros una semana más. Me veía con el nuevo capitán a diario. Lo pasábamos de maravilla, hablábamos, él mirando hacia otro lado o con los ojos cerrados. Decía que nuestros planetas se entenderían bien. Yo me mostraba conforme. Todo se llevaría a cabo de acuerdo con un gran espíritu de amistad. Paseé a varios miembros de la tripulación por la ciudad, pero algunos se quedaban tan pasmados, por una u otra razón, turbados, que tenía que devolverlos a la nave pidiendo disculpas. Todos ellos parecían estar más delgados que cuando habían aterrizado. Todos tenían pesadillas por la noche. Sus pesadillas me llegaban de una u otra manera, como a la deriva, envueltas por una niebla cálida, bien entrada la noche, a oscuras.

Recuerdo ahora una conversación que escuché, mentalmente, entre varios de los miembros de aquella nave la última de las noches que estuvieron aquí. Como tengo una gran memoria, la recuerdo perfectamente, palabra por palabra, que, aunque no significa nada ahora, algún día podría significar algo para mis descendientes. Puede que esté enfermo. Esta noche me siento un poco triste, pero desconozco la razón. Aún hay pensamientos de muerte y terror en la nave. No sé qué sucederá mañana, pero, desde luego, no quiero creer que estas criaturas nos deseen ningún mal… a pesar de sus pensamientos, tan torturados y confusos. Puse esta conversación suya en el tapiz por si acaso sucedía algún incidente increíble. El tapiz lo enterraría en un túmulo del bosque para la posteridad. La conversación decía así:

«¿Qué vamos a hacer, capitán?».

«¿Con ellas? ¿A ellas te refieres?».

«A las arañas. A las arañas, sí. ¿Qué vamos a hacer?».

«No lo sé… ¡Ay, Dios!, mira que he estado intentando llegar a alguna conclusión… Son amistosas. Tienen una mentalidad magnífica. Son buenas. Esto no es una conspiración suya. Estoy convencido de que, si quisiéramos quedarnos aquí, utilizar sus minerales, navegar por sus mares, volar por su cielo… nos lo permitirían con amor y caridad…».

«En eso estamos de acuerdo, capitán».

«Pero… cuando pienso en traer aquí a mi esposa y a mis hijos…».

Se estremeció.

«No saldría bien».

«Jamás».

Temblores y más temblores.

«No sé qué hacer para no ir mañana con ellas. No podría soportar otro día con esos… bichos».

«Cuando era niño… recuerdo… una araña en el establo…».

«¡Jesús!».

«Pero somos seres humanos, ¿no? ¡Seres humanos fuertes! ¿Acaso no tenemos agallas? ¿Qué somos? ¿Cobardes?».

«Esto no es la razón… sino el instinto, la estética… llamadlo como queráis. ¿Queréis salir ahí y hablar con el grandote ese… ese tan peludo… con sus ocho patas… tan alto…? ¡Joder!».

«¡No!».

«El capitán aún está estupefacto. Ninguno de nosotros come. ¿Cómo estarían nuestras esposas e hijos si nosotros estamos tan débiles?».

«Pero son buenas. Son generosas. Son lo que nosotros no llegaremos a ser jamás. Se quieren las unas a las otras y nos quieren a nosotros. Nos ofrecieron ayuda. Nos han dejado entrar en su casa».

«Y tenemos que volver por muchas y buenas razones, ya sean comerciales o de otro tipo».

«¡Son nuestras amigas!».

«¡Sí, Dios, lo sé!».

Temblores, temblores y más temblores.

«Pero es que es imposible que salga bien. No son seres humanos».

Y aquí estoy ahora, en este cielo nocturno, con el tapiz casi terminado. Ansío que llegue mañana, cuando el capitán venga y hablemos. Ansío que vengan estas buenas criaturas que ahora están confundidas y alarmadas, pero que aprenderán con el tiempo a amar y a que las amen, a vivir con nosotras y a ser nuestras buenas amigas. Espero que, mañana, el capitán y yo hablemos de la lluvia, del cielo, de las flores y de lo magnífico que es que dos criaturas diferentes se entiendan. Ya he terminado el tapiz. Lo he terminado con una última frase en su lengua, extraída de las voces de las criaturas de la nave, esas voces que me trae el azulado viento nocturno. Voces que parecían más calmadas y que aceptaban las circunstancias y que ya no tenían miedo. Así acaba mi tapiz:

«Entonces, capitán, ¿ya se ha decidido?».

«Solo podemos hacer una cosa, señor».

«Sí… solo podemos hacer una cosa».

—¡No es venenosa! —gritó la esposa.

—¡Pero…!

El esposo pegó un salto, levantó el pie y la pisó tres veces con fuerza sobre la alfombra, tembloroso.

Luego, se quedó mirando la mancha negra.
Dejó de temblar.

Cuando llueve me pongo triste (Recuerdo)

Hay una noche en la vida de toda persona que tiene que ver con momentos concretos, con recuerdos, con canciones. Tiene que darse espontáneamente y acabarse por sí misma, y nunca se repetirá de la misma manera. Buscar que se produzca no sirve sino para que el intento fracase. No obstante, cuando sucede, es tal maravilla que la recuerdas toda la vida.

Una de esas noches me ocurrió a mí y a algunos de mis amigos escritores… ¡hace unos treinta y cinco o cuarenta años! Todo empezó con una canción titulada *I Get the Blues When It Rains* (Cuando llueve me pongo triste). ¿Te suena? Debería si eres de los más mayores. Si eres joven ¡deja de leer ahora mismo!, porque la mayor parte de lo que te voy a ofrecer a partir de ahora pertenece a una época en la que aún no habías nacido y tiene que ver con toda la basura que abandonamos en el ático de nuestra cabeza y de la que nunca nos deshacemos hasta esas noches especiales en las que los recuerdos merodean los baúles y abren las roñadas cerraduras y dejan salir todas esas palabras viejas y mediocres pero que, por alguna razón, son adorables o inútiles melodías que, de repente, se han convertido en tonadas de un valor incalculable.

Nos habíamos reunido en la casa de mi amigo Dolph Sharp, en las colinas de Hollywood, para pasar la noche leyendo en alto nuestros relatos cortos, poesías y novelas. Esa noche había allí escritores como Sanora Babb, Esther McCoy, Joseph Petracca, Wilma Shore y media docena más que habían publicado sus primeras historias o novelas a finales de la década de los cuarenta o a principios de la de los cincuenta. Cada uno de ellos llegaba esa noche con un nuevo manuscrito y estaba ansioso por leerlo.

Pero algo raro sucedió cuando cruzábamos el salón de Dolph Sharp.

Elliot Grennard, uno de los escritores más curtidos del grupo y en su día músico de *jazz*, se acercó al piano, acarició las teclas, hizo una pausa y tocó un acorde. Y luego, otro. Y a continuación dejó su manuscrito a un lado y pulsó el bajo con la mano izquierda y empezó a tocar una canción antigua.

Todos levantamos la vista. Elliot nos miró y nos guiñó el ojo mientras seguía tocando con suavidad y gran soltura.

—¿La conocéis? —nos preguntó.

—¡Ay, Dios… hacía años que no la oía! —comenté.

Y empecé a cantar con Elliot. Sanora se nos unió y Joe también:

—*I get the blues when it rains…*

Nos sonreímos los unos a los otros y las palabras nos salieron a mayor volumen:

—*The blues I can't lose when it rains…*

Nos sabíamos toda la letra y la cantamos y, cuando acabó la canción, nos reímos, y Elliot empezó a tocar *I Found a Million Dollar Baby in a Five and Ten Cent Store* y enseguida nos dimos cuenta de que de esa también nos la sabíamos entera.

Y a continuación cantamos *China Town, My China Town* y después *Singin' in the Rain* —sí, esa, la que dice «cantando bajo la lluvia, qué sensación tan magnífica, vuelvo a ser feliz».

Entonces alguien recordó *In a Little Spanish Town*:

—*'Twas on a night like this, stars were peek-a-booing down, 'twas on a night like this…*

Y Dolph siguió:

—*I met her in Monterrey a long time ago, I met her in Monterrey, in old Mexico…*

Y Joe aulló:

—*Yes, we have no bananas, we have no bananas today!* —que interrumpió el sentimiento como unos dos minutos, pero desembocó, casi inevitablemente, en *The Beer Barrel Polka* y en *Hey, Mama, the Butcher Boy for Me*.

Nadie recuerda quién sacó el vino, pero, desde luego, alguien lo sacó, y nos emborrachamos… bueno, no, bebimos la cantidad adecuada, porque lo importante eran las canciones y cantarlas. Era cuanto nos importaba.

Estuvimos cantando desde las nueve hasta las diez, momento en que Joe Petracca soltó:

—¡Haceos a un lado, dejad que el espagueti cante *Figaro*!

Y nos hicimos a un lado y el espagueti cantó *Figaro*. Nos quedamos muy callados, escuchándole, porque nos dimos cuenta justo en ese momento de que tenía una voz destacable y dulce. En solitario, Joe cantó partes de *La Traviata*, un poco de *Tosca*, y acabó con *Un bel dì*. No abrió los ojos hasta que no acabó de cantar. Cuando los abrió, se sorprendió, porque todos lo estábamos mirando, y nos dijo:

—¡Por amor de Dios, esto se está poniendo muy serio! ¿Quién sabe *By a Waterfall*, de los Golddiggers, la del 33?

Sanora hizo de Ruby Keeler en esa canción y no recuerdo quién, pero alguien hizo las veces de Dick Powell. Empezamos a registrar la

casa en busca de más botellas, así que la esposa de Dolph decidió tomar el coche e ir colina abajo en busca de algo de alcohol porque éramos conscientes de que, si seguíamos cantando, también seguiríamos bebiendo.

Desanduvimos el camino hasta: *You were meant for me, I was meant for you… Angels patterned you and when they were done, you were all the sweet things rolled up in one…* y para media noche habíamos desgranado todas las melodías de Broadway, tanto las viejas como las nuevas, la mitad de los musicales de la 20th Century-Fox, algunos de la Warner Bros., con pedacitos de *Yes, sir, that's my baby, no, sir, I don't mean maybe* mezclados con *You're Blasé* y *Just a Gigolo*, tras lo que cambiamos completamente de registro y nos pusimos a entonar canciones sureñas, más de una docena de tonaditas dulzonas que nosotros, no obstante, cantamos con sensibilidad fingida. No me preguntes por qué, pero hasta lo malo sonaba bien; mientras que lo bueno sonaba genial. Lo que siempre nos había parecido maravilloso era ahora soberbio hasta el punto de enloquecernos.

Para la una de la mañana habíamos dejado el piano y habíamos salido a cantar al patio, donde, a capela, Joe cantó más Puccini y Esther y Dolph nos regalaron un dueto que empezaba *Ain't she sweet, see her comin' down the street, now I ask you very confidentially…*

A partir de la una y cuarto, en voz baja, porque los vecinos habían telefoneado y nos habían pedido que bajáramos la voz, fue el momento de Gershwin: *I Love That Funny Face y Puttin' on the Ritz*.

A las dos estábamos bebiendo champán y, de pronto, recordamos la canción que nuestros padres cantaban en los sótanos de las casas decorados para las fiestas de cumpleaños en 1928 o que tarareaban en las cálidas noches de verano, en el porche, cuando la mayoría de nosotros andábamos por los diez años: *There's a Long, Long Trail a-Winding into the Land of My Dreams*.

Luego Esther recordó que su amigó Theodore Dreiser había escrito todo un clásico: *O the moon is bright tonight along the Wabash, from the fields there comes the scent of new-mown hay. Through the sycamores the candlelight is gleaming… on the banks of the Wabash, far away…*

Y después: *Nights are long since you went away…*

Y: *Smile the while I bid you sad adieu, when the years roll by I'll come to you…*

Y: *Jeanine, I dream of lilac time…*

Y: *Gee, but I'd give the world to see that old gang of mine…*

Y: *Those wedding bells are breaking up that old gang of mine…*

Y, por fin, cómo no: *Should auld acquaintance be forgot…*

Para entonces todas las botellas estaban vacías y habíamos vuelto a *I Get the Blues When It Rains*, y el reloj dio las tres y la esposa de Dolph estaba de pie en la puerta principal con nuestras chaquetas en la mano, así que fuimos a por ellas, nos las pusimos y salimos a la noche cantando aún en susurros.

No recuerdo quién me llevó a casa ni cómo llegamos. Tan solo recuerdo que las lágrimas se me secaban en el rostro porque aquellas horas habían sido muy especiales, mucho, algo que no nos había sucedido nunca y que nunca volvería a sucedernos, al menos de aquella manera.

Han pasado los años y hace tiempo que Joe y Elliot han muerto, que el resto de nosotros estamos ya más allá de la mediana edad, que hemos amado y que hemos perdido en nuestra profesión… y que a veces hemos ganado, y seguimos reuniéndonos de vez en cuando y les leemos nuestras historias a Sanora o a Dolph, y hay algunas caras nuevas entre nosotros, y al menos una vez al año recordamos a Elliot al piano, tocando aquella noche que ojalá hubiera durado para siempre, esa noche, magnífica y cálida, en la que todas aquellas canciones sensibleras no significaban nada y, al mismo tiempo, lo significaban todo. Fue tan tonto y dulce, tan reverencial y encantador como cuando Bogie dice eso de: «Tócala otra vez, Sam» y Sam toca y canta: *You must remember this, a kiss is just a kiss, a sigh is just a sigh…*

No debería funcionar. No debería ser mágico. No deberías llorar de felicidad, de pena después y de felicidad nuevamente.

Pero lo haces. Como yo. Todos lo hacemos.

Un último recuerdo.

Una noche, cosa de dos meses después de aquella velada tan especial, reunidos en la misma casa, Elliot pasó junto al piano y lo miró con incredulidad.

—Toca I *Get the Blues When It Rains* —le pedí.

Y la tocó.

Pero no fue lo mismo. La noche de hacía un par de meses se había ido para siempre. Lo que fuera que había tenido aquella noche no lo tenía esta. La misma gente, el mismo lugar, los mismos recuerdos, las mismas canciones de haberlo querido, pero… esta no era especial. La otra, en cambio, siempre lo sería. Así que, con muy buena cabeza, lo dejamos. Elliot se sentó y tomó su manuscrito. Después de un largo momento de silencio, tras mirar una única vez el piano, se aclaró la garganta y nos leyó el título de su nuevo relato.

Yo fui el siguiente en leer. Mientras lo hacía, la esposa de Dolph pasó de puntillas por detrás de nosotros hasta el piano y bajó la tapa frontal.

Todos mis enemigos están muertos

Allí estaba la esquela, en la página siete: «Timothy Sullivan. Genio de los ordenadores. 77. Cáncer. Funeral privado. Entierro en Sacramento».

—¡Ay, por Dios! —exclamó Walter Gripp—. ¡Y ya está…! ¡Fin! ¡Se acabó!

—¿Qué se ha acabado? —le pregunté.

—De qué sirve vivir. Lee —dijo acercándome el periódico por la esquela.

—¿Y?

—Todos mis enemigos han muerto.

—¡Aleluya! —exclamé echándome a reír—. Llevas esperando mucho tiempo a que ese hijo de puta…

—Cabrón.

—Cabrón, sí… a que ese cabrón la diñara. ¡Alégrate!

—¿Que me alegre? ¡Y una mierda! Ahora… ahora no tengo razones para vivir.

—¿Y eso?

—No lo entiendes. Tim Sullivan era un hijoputa de campeonato. Lo odiaba con toda mi sangre, mis tripas, mi ser…

—¿Y?

—No me estás prestando atención, está claro. Ahora que ha muerto… la luz se ha apagado.

Walter se puso pálido.

—¿Qué luz, no me jodas?

—¡El fuego, coño!, en mi pecho, en mi corazón, en mis ganglios. Ardía por él. Él hacía que yo siguiera adelante. Todas las noches me acostaba feliz porque tenía alguien a quien odiar. Me despertaba por las mañanas animado por desayunar mi necesidad, mi necesidad de matarlo una y otra vez entre la comida y la cena… pero ahora… ¡ahora lo ha estropeado todo! ¡Ha apagado la llama!

—¿Eso te ha hecho? Su último acto… ¡ha consistido en provocarte con su muerte!

—Se podría decir que sí.

—¡Sí, es que acabo de decirlo!

—Venga, llévame a la cama, que quiero recaer en mi necesidad.

—No seas gilipollas. Siéntate y bebe tu ginebra. ¿Qué haces?

—Lo que ves: acostarme. Esta podría ser la última vez que lo haga.

—¡Venga, no digas tonterías!

—La muerte es una tontería, un insulto… un truco barato eso de morirse antes que yo.

—Así que lo ha hecho a propósito.

—Conociéndolo, no lo descartaría. ¡Él era así! Llama al depósito de cadáveres, enséñame una serie de lápidas. La piedra nada más, nada de ánge
les. ¿Adónde vas?

—Afuera. Necesito aire fresco.

—¡Podría haber muerto para cuando vuelvas!

—¡Tú espera, que necesito hablar con alguien cuerdo!

—¿Con quién?

—¡Conmigo mismo!

Salí y me quedé al sol.

«Esto no puede estar sucediendo», pensé.

«¿Que no?» —me respondí—. «¡Claro que está sucediendo!».

«Aún no. ¿Qué vamos a hacer?».

«A mí no me preguntes —me contestó mi otro yo—, pero, como muera él, morimos nosotros. Si se acaba el trabajo… se acaba la pasta. Hablemos de otra cosa. ¿Es esa su libreta de direcciones?».

«Es su libreta de direcciones».

«Busca. Tiene que quedar alguien vivo».

«Vale». Y busqué. Busqué en las aes, en las bes y en las ces… ¡Todos muertos! Miré en las des, en las es, en las efes y en las ges.

«¡Todos muertos!».

Cerré la libreta de golpe, como la tapa de un ataúd.

Tenía razón: sus amigos, sus enemigos… Aquel era un libro de muertos.

«Qué bonito. ¿Por qué no lo escribes?».

«¡Bonito… por Dios! ¡Piensa algo!».

«Espera… ¿Cómo hace que me sienta ahora mismo todo esto? ¡Eso es! ¡Date prisa! ¡Adentro!».

Abrí la puerta y asomé la cabeza.

—¿Aún te estás muriendo?

—¿A ti qué te parece?

—Qué cabezota eres.

Entré, me acerqué a él y permanecí a su lado cuan alto era.

—¿Mejor de cerca? —me preguntó.

—No, cabezota. Mezquino. Espera, que te escupo.

—Espero, pero date prisa, que me muero.

—¡No caerá esa breva! Escúchame.

—No te acerques tanto, que noto tu aliento.

—No tengo intención de hacerte el boca a boca, solo de hacer una comprobación. ¡Escucha, coño!

Walter parpadeó.

—¿Es ese mi viejo amigote, mi colega? —preguntó mientras una sombra le cruzaba el rostro.

—No, no es tu viejo amigote, no es tu colega.

Walter sonrió abiertamente.

—¡Claro que eres tú, viejo amigo!

—Como casi estás muerto, es momento de que me confiese.

—Yo debería ser el primero en confesarse.

—¡No, yo!

Walter cerró los ojos y se mantuvo a la espera.

—Venga, pues di —acabó por decir.

—¿Recuerdas aquel dinero que te faltó en el 69 y que pensaste que Sam Willis se lo había llevado a México?

—Sí, claro que fue Sam.

—Pues no… fui yo.

—¿Cómo dices?

—Que fui yo. Yo te lo quité. Sam se largó con una jovencita. Yo te robé la pasta y le eché la culpa a él. ¡Fui yo!

—No es para tanto. Te perdono.

—Espera, espera, que hay más.

—Espero —dijo riéndose por lo bajo.

—¿Te acuerdas del baile de graduación del instituto, en el 58?

—Menuda noche aciaga… Conseguí a Dica-Ann Frisbie, pero quería a Mary-Jane Caruso.

—Y podrías haberla tenido… pero le conté que eras un donjuán y le hice un listado de tus conquistas.

—¿Que hiciste qué? —Walter abrió los ojos como platos—. Por eso se enrolló contigo esa noche…

—Pues sí.

Walter se quedó mirándome fijamente un rato. Luego, apartó la vista.

—Bueno —empezó a decir—, eso es agua pasada. ¿Has acabado?

—Ni mucho menos.

—¡Joooder! Esto se pone interesante. Venga, sigue.

Walter le pegó un puñetazo a la almohada y apoyó un codo en ella para incorporarse.

—Lo de Henrietta Jordan.

—¡Dios, Henrietta! ¡Qué belleza! ¡Qué gran verano!

—Fui yo quien le puso fin a tan dichoso verano.

—¿A qué te refieres?

—Te dejó, ¿no? Te vino con que su madre se estaba muriendo y con que quería pasar tiempo con ella, ¿verdad?

—¿También te liaste con Henrietta?

—En efecto. Siguiente: ¿recuerdas cuando te empujé a que vendieras las Ironworks a pesar de que dieran pérdidas? A la semana siguiente las compré yo, cuando empezaban a subir.

—Bueno, no es para tanto —dijo Walter tragando saliva.

Seguí.

—Siguiente: en Barcelona, en el 69, te dije que tenía migraña y me fui pronto a la cama… ¡pero con Christina López!

—A menudo me he preguntado por ella.

—No levantes la voz.

—¿La estoy levantando?

—Y con tu esposa… jugaba a pillar.

—¿A pillar?

—Una… dos… ¡mil veces! ¡A pillar!

—¡Un momento…! —interrumpió Walter echándose para atrás asiendo la sábana con fuerza.

—Y atiende… mientras estabas en Panamá, ¡Abbey y yo nos divertíamos de lo lindo!

—Me habría enterado.

—¡Qué se van a enterar los maridos! ¿Recuerdas su viaje vitícola por la Provenza?

—Sí…

—Pues de viaje nada. ¡Estaba en París, bebiendo champán en mis zapatos de golf!

—¿En tus zapatos de golf?

—¡París era nuestro hoyo diecinueve! ¡El campeonato del mundo! ¡Y luego a Marruecos!

—¡Pero si no fue!

—¡Claro que fue! ¡Y a Roma! Y ¿sabes quién era su guía turístico? ¡Y en Tokio! ¡Y en Estocolmo!

—¡Pero si sus padres eran suecos!

—¡Pues yo le entregué el Premio Nobel! ¡Y Bruselas, Moscú, Shanghái, Boston, el Cairo, Oslo, Denver, Dayton!

—¡Para, por Dios! ¡Para de una vez!

Paré y, como en las películas antiguas, me acerqué a la ventana y encendí un cigarrillo.

Oía a Walter llorando. Me volví y me fijé en que se había girado y en que las lágrimas le corrían por la nariz y caían al suelo.

—Eres un hijo de puta… —dijo resollando.
—Lo soy.
—¡Un cabrón!
—También.
—¡Monstruo!
—Sí.
—Mejor amigo… ¡te voy a matar!
—¡Primero tendrás que atraparme!
—¡Y despertaré al día siguiente y volveré a matarte!
—¿Qué estás haciendo?
—¡Pues salir de la cama, no te jode! ¡Ven aquí!
—Ni loco —abrí la puerta y miré afuera—. Adiós.
—¡Te mataré aunque me lleve años!
—¡Ja! ¡Mira lo que dice: «años»!
—¡Aunque tarde una eternidad!
—Una eternidad… ¡qué gracia! ¡Hasta la vista, tenista!
—¡Quieto ahí, me cago en…! —Walter se lanzó hacia delante—. ¡Hijo de puta!
—Eso es.
—¡Cabrón!
—¡Aleluya! ¡Feliz Año Nuevo!
—¿Qué?
—¡Salud! ¡Chinchín! ¿Qué fui yo en su día?
—¡Un amigo!
—¡Eso mismo!
Me reí como se ríe un físico, un doctor, un médico.
—¡Cabronazo! —me insultó Walter.
—¡Que sí, que sí! ¡Que sí!
Salí por la puerta y la cerré de golpe.

El completista

Fue en un barco en mitad del Atlántico y en pleno verano de 1948 cuando conocimos al completista, así era como se hacía llamar él.

Se trataba de un abogado de Schenectady bien vestido que insistió en invitarnos a las bebidas cuando nos encontramos por accidente antes de la cena. Después se aseguró de que nos sentábamos a cenar con él en vez de en la mesa en que lo hacíamos habitualmente.

Habló y siguió hablando durante la cena, contando historias maravillosas, chistes excelentes. Lo rodeaba un aire simpático, cordial, cosmopolita e inteligente.

En ningún momento nos permitió hablar, pero mi esposa y yo estábamos entretenidos, intrigados y dispuestos a permanecer en silencio a cambio de que aquel hombre tan ameno describiera el mundo por el que había viajado, de continente en continente, de país en país y de ciudad en ciudad, coleccionando libros, dando forma a bibliotecas y contentando su alma.

Nos explicó que había oído hablar de una colección fabulosa en Praga y que había pasado casi un mes entero cruzando el mundo en barco y en tren para encontrar y hacerse con ella y llevarla a su enorme casa de Schenectady.

Había estado en París, en Roma, en Londres y en Moscú, y había enviado a su hogar decenas de miles de excepcionales volúmenes, que se podía permitir gracias a que ejercía la abogacía.

Cuando hablaba de todo aquello, sus ojos relucían y su rostro se bañaba de un color que ningún licor es capaz de inducir.

No resultaba jactancioso aquel abogado, sencillamente, describía una carta, un mapa de lugares, situaciones y momentos, igual que lo haría un cartógrafo, como si no pudiera evitarlo.

Mientras hacía esto no pidió comida alguna que pudiera distraer su atención. Ni miró prácticamente la inmensa ensalada que tenía delante y se limitaba a deglutir a toda prisa una tenedorada de vez en cuando y a seguir a toda prisa con la descripción de lugares y colecciones de todo el mundo.

Cada vez que mi esposa y yo intentábamos meter baza en sus exclamaciones, nos apuntaba con el tenedor y cerraba los ojos para silenciarnos mientras su boca empezaba a proclamar otra maravilla.

—¿Conocen ustedes la obra de sir John Soane, el gran arquitecto

británico? —nos preguntó.

Antes de que nos diera tiempo a responder, siguió él.

—Reconstruyó todo Londres en su cabeza y en los dibujos que hizo el señor Ginty, un artista amigo suyo, de acuerdo con las especificaciones del primero. Algunos de sus sueños de Londres se construyeron y otros también se construyeron, pero acabaron destruidos y otros nunca pasaron de ser producto de su increíble imaginación.

»Yo he dado con alguno de esos sueños y he trabajado con los nietos de sus ingenieros arquitectónicos para construir en mi mansión lo que se podría considerar una universidad de los obstáculos, como los de una carrera. De edificio a edificio, en mi gran finca de las afueras de Schenectady, he dispuesto magníficos faros de educación.

»Paseando por mis praderas, o mejor aún… ¡y qué romántico!… visitándolas a caballo, de campo en campo, llegas a la mayor biblioteca de conocimientos médicos del mundo. Lo digo porque di con esta biblioteca en Yorkshire, compré sus diez mil volúmenes y los envié a casa para que estuvieran bien vigilados, bajo mis atentos cuidados. Grandes médicos y cirujanos vienen a visitarme y se alojan en la biblioteca durante días, semanas ¡e incluso meses!

»Además, en otras zonas de mi finca están las pequeñas bibliotecas-faro con las mejores novelas de todos y cada uno de los países del mundo.

»Y, más allá todavía, un entorno italiano que habría hecho que Bernard Berenson, el gran historiador de arte del Renacimiento italiano, se muriera de envidia.

»Mi mansión, esta universidad, consiste en una serie de edificios diseminados por cuarenta hectáreas de las que no tendrías por qué salir ¡en la vida!

»Los fines de semana, por costumbre, recibo a directores de universidad, catedráticos y demás, ya sea de Praga, Florencia, Glasgow o Vancouver, que vienen para disfrutar de los menús de mi jefe de cocina, de mis vinos y de mis libros.

Siguió describiendo el cuero en el que estaban encuadernados muchos de los libros, la calidad superior de la encuadernación en sí, el papel utilizado y los tipos de letra.

Además, describía lo maravilloso que era que pudieras visitar sus centros de conocimiento multitudinarios y caminar por las praderas y sentarte y leer en un entorno que era propicio al vasto aprendizaje.

—Pues sí. Ahora voy camino de París, donde tomaré un tren en dirección sur y un barco para cruzar el Canal de Suez y llegar a la India, a Hong Kong y a Tokio. Otros veinte mil volúmenes de historia

del arte, filosofía y viajes que me esperan en estos lugares remotos. Me siento como un colegial, estoy nervioso, esperando el mañana, esperando el momento en que le ponga las manos encima a esos tesoros.

Por fin pareció que nuestro amigo el abogado hubiera acabado.

La ensalada había desaparecido, de los postres habíamos dado buena cuenta y nos habíamos bebido todo el vino.

Se nos quedó mirando, como si se preguntase si teníamos algo que decir. De hecho, era mucha la información que nos había dado y esperábamos nuestra oportunidad de hablar. Sin embargo, antes de que pudiéramos abrir la boca, el abogado llamó al camarero y pidió tres brandis dobles. Mi esposa y yo objetamos, pero él nos impidió hablar moviendo la mano. Nos sirvieron los brandis.

El abogado se levantó, estudió la cuenta, la pagó y se quedó de pie un buen rato, mientras iba quedándose pálido.

—Hay una última cosa que me gustaría saber —soltó por fin.

Cerró los ojos un momento y, cuando los abrió, la luz había desaparecido de ellos y parecía como si estuviera mirando un lugar que se encontrara a miles de kilómetros, en su imaginación.

Agarró su brandi doble, lo sostuvo un rato en la mano y nos dijo:

—Explíquenme una última cosa.

Hizo una pausa antes de continuar.

—¿Por qué mi hijo, con treinta y cinco años, asesinó a su esposa, destruyó luego a su hija y, para acabar, se ahorcó?

Acto seguido, apuró el brandi, dio media vuelta y, sin decir nada más, se marchó del comedor del barco.

Mi esposa y yo nos quedamos allí sentados largo rato, con los ojos cerrados, y entonces, sin pensarlo, adelantamos la mano hasta el brandi que nos estaba esperando en la mesa.

Epílogo: El eterno Orient Express de R. B., G. K. C. y G. B. S.

Y, cuando muera, ¿este sueño de verdad cumpliré
y a un tren con Shaw y Chesterton subiré?
¡Ay, Dios glorioso, por favor, deja que así sea!
Y convierte a la eternidad en nuestra remera.
Inclinados hacia delante, charlando todo el camino,
Sin siquiera dormir, hablando, interminable nuestro destino:
El Nocturno de Chesterton, el Expreso de Shaw,
Vestidos de londinenses, cerebros de reunión,
Surcando uno a uno los ferroviarios vapores.
Para circunnavegar mis sueños de día y de noche.
Shaw llega primero y me tiende una lata de galletas:
«¡Toma, muchacho! ¡Toma! —me grita—. ¡Toma y entra!
Su voz es pura fuerza vital, la creadora de la humanidad.
G. K. sube y pronto Shaw al revisor deja atrás.
Por la vía llega Dickens al trote, al paso lo sigue Twain.
«¡Esperad! —gritan Mark y Dickens—: ¡Parad ese tren!».
«¡Se ha detenido! —resopla Shaw—. ¡A bordo! ¿Tenéis listo el cerebro?».
Y lo pregunta como si fuera del Señor un mandamiento.
Nos zarandeamos para vernos bien la cara,
Shaw entre todos está sentado como una estatua
Y, dispuesto a empezar el juego, divaga con la lengua
Si ya solo con su tos cojos literarios nos revela.
Ahora llega Poe con pieles, vestido para la nevada,
Allí adonde va lo siguen traviesas ráfagas heladas,
Desde lejos su ancha frente se parece a la pálida luna,
La que sale a mediodía pero se hunde cuando el alba despunta.
Twain chilla: «¡Por Dios!». Charles Dickens está estupefacto.
¿G. Shaw y G. K.? Ciegos, ahora que la muerte ha arribado.
Solo yo de todos ellos oye de Edgar la tonada.
Su pálido latido sembla el eco de una canción alocada.
Wilde llega como planeando y púrpura trae el atabal,
Mientras, artero y taimado, se encamina hacia este lugar.
Ahora decide acechar a Melville, a Rudyard Kipling también.

La ballena de Herman es blanca, el tono de Kim indio es,
Lord Russell, que es un sagaz enano, sube al tren ahora,
Su cerebro casi no cabe en su altísimo sombrero de copa,
Y trastea Poe con sus sombreros, sosegado, con mala cara,
Para convencerlos de su política o la de ellos enmendar
Y con *El País de los Ciegos* de Kipling el vapor avivar.
¡Atención! Es oro, no carbón, lo que han charlado.
¿Aburrido? ¡Jamás! ¡Dios prevenga ese pecado!
Que las musas afinen sus lenguas con ingenio afilado
Para que Shaw despotrique con lord Russell, junto a él sentado
Y el ratón modesto que mantiene cerrada la boca yo soy
Que a lo largo del viaje en silencio y callado voy,
Entre estos cerebros escondido, resguardado de mil amores,
Trenes de ideas que en locomoción se pasan la noche,
Unos cerrados a otros, cada cual un vagón más brillante.
Son como una nova, como el viejo cometa Halley,
Que a la velocidad de la luz pasa frente a nosotros,
De nuestras nocturnas escuelas ferroviarias maestro honroso.
Recojo sus migajas filosóficas y las devoro,
¡Hasta el hipar de Shaw, por Dios, es un tesoro!
Mientras Poe se va calmando, los demás son tormenta,
Indiferente su lengua, pálidas ya sus nevadas cejas,
Pero me alegro, porque mientras ellos pían,
Los ojos de Poe con los míos intercambian cierta ironía.
Veo al Gato Negro escondido donde las costuras se agrietan,
Su pecho es un Pozo, un Péndulo es su cabeza.
Mientras a mi alrededor, mis autores favoritos beben,
En los ojos mudos de Poe veo yo cómo los Usher mueren,
Shaw y G. K. se meten en faena a voz en cuello,
Del barril de amontillado les ofrece Poe un tiento.
Mientras mezclo el mortero, el gorro de cascabeles sujeta,
Que a estos locos les estoy haciendo de ladrillo la celda.
Apenado, como sea, mantén mi paz,
Mientras estas almas angelicales baten sus alas y se van.
Estas cabras aéreas los aires van surcando,
Trepan y saltan, música en su garganta está sonando.
¡Qué dulces encantamientos! A su charla presto atención,
Sus truenos locomotores sacuden nuestro vagón.
Menuda mezcolanza alejándose de la estación
Los seis gloriosos, sin duda, estruendosos son.
Su conversación me baña de palabras
Hasta que Shaw los calla a todos y la verdad señala,

Luego sobre lo grande que es Chesterton declama,
No calla ni para el té y las pastas con mermelada.
Poe sigue en silencio entre todos los demás.
¿Soñará con que lo encuentren muerto en la nieve invernal?
Mientras Wilde, empobrecido, en París muere de hambre
y Melville fallece en tierra sin que la crítica lo alabe.
¡Ay, malditas almas supervivientes! ¿Por qué habrá sucedido esto?
¿Porque personas tan sabias pasaran por alto lo que nosotros sabemos?
¿Creerse dignos de medir una ballena sin haber visto una en la vida
Y dignarse a hablar de Poe sin darle la alabanza merecida?
¿Riéndose de Wilde, que es quien de ellos se ríe ahora?
A menudo me pregunto qué es lo que la crítica adora.
Tengo claro que leen, pero ¿piensan?
Yo sorbo el vino, ellos dejan la barrica seca.
¿Puede ser que de la misma fuente provenga
Pero que sea yo quien la sabiduría obtenga?
Los libros que he leído se alejan, se marchan volando,
Hasta el día de la resurrección quedarán enterrados.
¿Qué llama a estos amigos de su tumba literaria?
Una voz, un amor, una noche, una habitación solitaria.
Pasando páginas con ardiente deseo,
Corriendo para sacar sus libros chamuscados del fuego.
Ay, que no existió mi querido Poe y Wilde tampoco,
Aunque con Dorian me asustara cuando era un mocoso
Y con sus historias abominables me satisficiera,
Igual que hizo Herman al escribir sobre la ballena.
No pretendo desdén ni chanza alguna,
Ni matar a la gran ballena blanca con cínica duda.
En el vagón de equipajes, lona fantasmal, Dorian espera,
Mientras Shaw proclama y Wilde en el té se muerde la lengua.
Entonces salta Oscar con la palabra justa y nos quita el aliento
Y la risa resuena y lo envuelve como en una ráfaga de viento.
Los autores ladran de felicidad, les brilla la cara,
Hablan y beben cerveza, Wilde es vino lo que cata.
Por fin el buen Edgar carraspea y se digna a hablar,
Su voz de Usher es invierno, es debilidad.
En nuestro vagón su oscuro corazón late bajo el suelo,
«Nunca más» parece que diga el humo igual que el cuervo.
Miramos todos a Melville y buscamos su ballena.
¿Qué es aquello? ¡Un minúsculo pez! ¡Arría la vela!
Es lo que los críticos dicen, pero ¿Melville se ha enterado?

Se entera y evita el mar y el ataúd también lo ha evitado.
Este tren de medianoche, que se aproxima a la curva,
Su motor pálido fantasma, temor, desconfianza pura.
Te lo aseguro, no está todo perdido ni en el mar ni en la tierra,
Se une a la caza y pregunta por mí Moby la vieja.
Dudamos, pero a espiar corremos a la ventana
Esa blancura locomotriz, ¿oyes cómo clama?
Junto con los fuegos de San Elmo, ¡oh, qué sonido!
El mar, como Dios, suena cercano, en él nos hundimos.
Mientras por el sendero nocturno vamos bramando,
Tren de congoja, la buena de Moby de nosotros va tirando.
Shaw se sienta para calmarnos y «¡Bobadas!», exclama,
«¡Es la Revolución Industrial lo que por la vía avanza!».
Mucho mejor que la Bestia, nos sentamos a comer.
Toma galletas, bollitos, dulces *brioches* o té.
Mientras Kipling a los recuerdos se entrega
Su Kim una y otra vez en el polvo tamborilea,
Y Kaa es envidiada como monarca serpiente
y Mowgli aúlla con los lobos y miedo nos mete.
La luna acompaña al tren y nuestro corazón se pone a cantar:
¡Sí, Kipling fue el hombre que pudo reinar!
Entonces, de pronto, el sol arde al amanecer,
No hay tiempo de compartir bostezos, no se puede al sueño reprender,
Ya se ha acabado, no tienes más que fijarte a la vuelta de la esquina,
¡Es la parada final, la estación donde los libros terminan!
Y los autores bajan, se despiden, se van ya,
En cuanto me doy cuenta, me echo a llorar.
Con crujido de mimbre se levantan los dioses,
Su gloria me arde en el pecho y mis ojos recorre.
El apagado chuchú del tren va cesando, como un latido,
En paz por fin en la Estación del Fin del Mundo y el Tiempo Perdido.
Donde el otro aliento de nuestra vida son las palabras,
Ahora los árboles se llenan de literatura con alas.
Shaw baja el primero, Chesterton le sigue de cerca
Y Kipling enjuaga las lágrimas que por mis mejillas ruedan.
Ahora es Poe quien llega, funeral solitario,
Melville, ahora, vestido de blanco, el rostro pálido.
Poe no se despide ni con un adiós o con un nunca más,
sino que me toma la mano, se desvanece y se va.
Y Oscar, que es el último, sigue sentado
Al tiempo que su ingenio poco a poco va empacando,
«Este es un momento especial» asegura. «Intentemos

Decirnos adiós como si fuera despedirnos de lo que queremos».
Llega como el sol Twain y me toca la barbilla,
«Que Dios te bendiga», me dice entre risas.
Por el largo andén de la estación se alejan ya,
Está claro que Melville no es de tierra, sino de mar.
Pero ¿dónde estamos? ¿Una librería junto al océano?
¡Pues sí! ¡Maravilloso! ¡La alegría arde en mí como el fuego!
Ni están perdidos ni están muertos porque mañana
Será otro niño quien con ellos de viaje se vaya
En este tren nocturno que solo se detiene
Allí donde los autores mucho que decir tienen
Y parlamentan la noche entera y te cuentan de todo.
¿Que por qué lo sé? No es porque lo diga yo solo.
Mis amigos se han ido, pero me quedo aún un momento,
Mirando cómo sus pisadas en la orilla se van perdiendo,
Me despido de las sombras y me subo a mi tren.
Lloro porque como ellos no los volverá a haber.
Pero una cosa tengo bien clara, aquí, junto al mar rugiendo:
Sus muertes me dejan huérfano, sus palabras son mi alimento.
Ahora bien, mientras viajo por la orilla en un solitario vagón,
De par en par abro sus libros ¡y de inmediato aquí son!

El signo del gato

Copyright © 2004 by Ray Bradbury
Originally published as *The Cat's Pajamas*

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2005 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Víctor Manuel García de Isusi, 2023

ISBN: 978-84-450-1563-6 (epub)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Inscríbete en nuestra newsletter en:
www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!